



DR. LES THOMPSON **LA**
SANTA
TRINIDAD

"Un libro extraordinario... ¡Lo recomiendo!"

—Dr. Alberto H. Mottes

LA
SANTA
TRINIDAD



Por el
Rev. Les Thompson, Ph.D.

Editorial Portavoz
Grand Rapids, Michigan

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas en su vida espiritual y servicio cristiano.

La Santa Trinidad © 2008 por Leslie Thompson
Publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications,
Grand Rapids, Michigan 49501.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Editor: Luis Nahum Sáez
Diseño textual: Ark Productions
Portada: Meredith Bozek
Ilustraciones: Earl Lam Mendieta

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin autorización previa, y por escrito, de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas. Todos los derechos reservados.

Visítenos en www.portavoz.com
Comuníquese con el autor en www.logoi.org

ISBN 10: 0-8254-1675-0
ISBN 13: 978-0-8254-1675-0

DEDICATORIA

A mis queridos y muy apreciados pastores
que llenaron los salones donde dicté tantas conferencias,
y que —por sus preguntas y deseos de saber—
me obligaron a acudir a la Biblia
y a recibir de Dios auxilio.
Gracias por enriquecer mi vida
mucho más de lo que pensé.
Jamás pude hacer tanto por ustedes.

Agradecimientos

ES OPORTUNO reconocer a aquellos que hicieron su aporte a esta obra. Ante todo, al personal de oficina, siempre a las órdenes para prestar cuanta ayuda se requiera. Sin embargo, debo agradecer a algunos en particular:

Gracias a Ana Mayorga, por su asistencia en la investigación. Ana, literalmente me ahorraste horas de trabajo y confirmaste que lo contado fuera fiel a los acontecimientos narrados.

Gracias Patty Torrelío por tu ayuda, por mantener mi agenda en orden y por ayudarme a sacarle el mayor provecho a mi tiempo y a mi equipo técnico. ¿Qué haríamos sin estos modernos aparatos? Aunque a veces son tan tercos.

Gracias Angie Torres Moure por tu ayuda editorial. Revisaste cada página con mucha paciencia y cuidado. Aunque hice mis propias correcciones, le añadiste la sazón castellana, haciendo que cada concepto fuese más claro.

Gracias Meredith Bozek. Tu arte y tu diseño siempre hacen más interesante y eficaz lo escrito. Y a este tema, en particular, le pusiste el toque vitalizador del diseño, que magnifica esta obra.

A mi ilustrador Earl Lam Mendieta. Bien se ha dicho que los filósofos articulan los conceptos más profundos, pero son los artistas quienes los hacen entendibles a la humanidad.

A mi gran amigo de años, Nahum Sáez, nuevamente te agradezco tu trabajo editorial. Sabes cómo eliminar mis anglicismos y ajustar mi sintaxis. El resultado es una lectura fácil y amena.

También quiero agradecer a mis colegas Juan Medina y Rogelio Aracena por las sugerencias doctrinales y el continuo estímulo en el proceso de escribir esta obra. A Juan y a su esposa Ana María, le debo el cuidado de confirmar la corrección de cada cita bíblica y a Rogelio su valiosa ayuda con las preguntas al final de cada capítulo.

Finalmente, tengo que mencionar a mi querida esposa Carolina. Cuando me pongo a escribir un libro me concentro tanto en el tema que ignoro la cortesía y los detalles. Por supuesto, ella es la que más lo siente. Carolina: No tengo palabras para expresarte mi gratitud por tu comprensión y tu capacidad para perdonar.

Por último, aunque no menos relevante, doy gracias a Dios por todos los que a través de las edades se han dedicado al cuidadoso estudio de la persona de Dios. En la bibliografía incluyo la lista de las obras consultadas. Sin el gran aporte de ellos habría sido imposible hacer realidad este libro.

Contenido

Dedicatoria	3
Agradecimientos	5
Contenido	7
Introducción	11
¿Cuántos dioses hay?	17
¿Habrá manera de probar que hay solo un Dios?	20
La prueba del profeta Elías	21
¿Será el Dios de la Biblia el único Dios?	23
¿Qué diremos ante los muchos dioses del mundo?	26
La oposición divina a las imágenes falsas	29
Si solo hay un Dios, ¿cómo llegamos a conocerle?	30
Preguntas de Estudio	38
Solo hay un Dios	40
Un solo Dios	44
Uno solo Dios, pero en tres personas	45
Tras el misterio	46
Interpretaciones erróneas	48
La antigua herejía todavía vive	49
Otro desvío más moderno	50
Cómo resumirlo todo	55
Preguntas de Estudio	59
Tres personas que son Dios	60
El Nuevo Testamento proclama la Trinidad	65
La importancia personal de un Dios Trino	67
Algunos beneficios trinitarios	69
La Trinidad en el Antiguo Testamento	72
La Trinidad en la Biblia	76
Preguntas de Estudio	80

Dios nuestro Padre	82
El amor del Padre al Hijo.....	88
Creados a imagen de Dios.....	92
Cómo llega Dios a ser Padre nuestro.....	96
La parte que juega el Espíritu Santo.....	100
A modo de conclusión.....	105
Preguntas de Estudio.....	106
Jesucristo También es Dios	108
Las preguntas sobre Jesús siguen.....	111
¿Qué lugar ocupa Jesucristo?.....	114
Nuestras bases bíblicas.....	116
El primero pasaje es Filipenses 2:5-11.....	116
El segundo pasaje es Colosenses 1:15-20.....	119
El tercer pasaje es Juan 1:1-5.....	123
El cuarto texto es Hebreos 1:1-4.....	126
El último pasaje es 2 Timoteo 2:11-13.....	128
El incomparable Jesús.....	132
Jesucristo es Yahweh.....	133
Jesús, personificación de la gracia de Dios.....	135
Lista de ideas, enseñanzas y doctrinas falsas.....	138
Preguntas de Estudio.....	141
El Espíritu Santo es Dios	142
El gran regalo de Dios.....	148
El Espíritu Santo como el “soplo” de Dios.....	149
El Espíritu Santo es Dios.....	153
Nombres que explican la función del Espíritu.....	154
Otro aspecto importante de la obra del Espíritu Santo.....	158
Del Pentecostés en adelante.....	162
El congénere silencioso y eficiente Espíritu.....	165
Preguntas de Estudio.....	167

Posdata	168
La gracia del Señor Jesucristo.....	170
El amor de Dios.....	171
La comunión del Espíritu Santo.....	172
Una reflexión final.....	174
Bibliografía	177

Introducción

PRETENDEMOS en este volumen tratar el más glorioso y sublime tema que ser humano jamás puede trazar: ¿quién y cómo es Dios? Nuestra tarea es complicadísima, ya que, como bien indica Job: *He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos* (36:26); y como nos dice Isaías que el mismo Dios inquiera: *¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis?, dice el Santo* (40:25). A la vez, nuestra tarea no necesita ser complicada, puesto que Dios quiso revelarse y lo hizo. En la naturaleza y en la Biblia se ha dado a conocer. Solo se necesitan dos cosas, de acuerdo a Hebreos 11:6: *Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.*

Notaremos muy temprano que a Dios no se le conoce por medio de conceptos dogmáticos difíciles de entender, se le conoce mediante una diligente búsqueda de su Santa

Palabra. Es allí, a través de todas las variadas y expresivas páginas de la Biblia, que encontramos la fuente maravillosa de nuestra información acerca de Dios. Luego de recoger de esas páginas esos ricos conceptos, nos toca resumirlos y expresarlos en lenguaje nuestro, en palabras que lo hagan entendible.

Me apresuro a añadir que al indicar que intentaremos dar explicaciones acerca de Dios en nuestro lenguaje, no estoy diciendo que las mismas declaraciones de la Biblia no deban ser tomadas como autoritativas. Al contrario, por ser la Palabra de Dios, cada palabra en ella nos ata autoritativamente a lo que declara. Pero eso no impide que no podamos declarar esas grandiosas ideas y conceptos en palabras propias y con expresiones personales. Por ejemplo, estaremos hablando de la “Santa Trinidad” para expresar que Dios es tres en uno. Cierto es que la palabra “trinidad” no se encuentra en la Biblia, pero igualmente es cierto que el concepto trinitario es totalmente bíblico.

Lo que sí procuraremos es la absoluta fidelidad a lo expresado en la Escritura. Nadie tiene derecho de añadirle otro sentido ni de introducir interpretaciones extrañas o ajenas al texto. Puesto que eso es un peligro (esta tendencia fue evidenciada por algunos en la teología medieval, dado que al añadirle explicaciones al texto bíblico se sacrificó y hasta perdió el intento de lo escrito en la Biblia), procuraremos evitarlo. Sin embargo, advertimos que con el fin de aclarar y comprender cosas complicadas acerca de Dios —cosas que caben bajo la calificación de misterio— usaremos expresiones y daremos ilustraciones que no se encuentran como tales

en la Biblia. Lo que procuraremos en toda instancia es que, al hacerlo, de ninguna manera perdamos la interpretación autoritativa de lo que afirma la Sagrada Palabra de Dios.

Para tratar este tema de la Santa Trinidad he desarrollado seis capítulos:

1. ¿Cuántos dioses hay?
2. Sólo hay un Dios
3. Tres personas que son Dios
4. Dios, nuestro Padre
5. Jesucristo es Dios
6. El Espíritu Santo es Dios

A esos capítulos he añadido esta breve introducción y, al final, una posdata.

No he escrito para satisfacer a los eruditos, lo he hecho para aquellos que como yo buscan algo directo y claro sobre la persona de Dios. De una vez el lector debe saber que este escrito no es de ninguna manera exhaustivo, más bien diría que representa una sencilla introducción al tema de la persona de Dios, asunto sobre el cual bibliotecas enteras se han llenado. El fin que persigo es abrirle el apetito de Dios al que se tome el tiempo de leerlo. Espero que al probar algunos de estos deleitosos bocados el lector salga en busca del verdadero banquete ofrecido por Dios, quien prometió: *He aquí yo estoy a la puerta y llamo, si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a el y cenaré con él y él conmigo* (Apocalipsis 3:20).

Me falta contestar la pregunta: “¿Qué te llevó a escribir un libro sobre este tema?” Dos fueron mis razones, la primera fue descubrir cuán poco conoce de Dios el cristiano promedio. Se sabe mucho más del diablo que de Dios.

He oído a personas dar toda una serie de clasificaciones acerca de los demonios: nombres, categorías, dominios, oficios, peculiaridades y regiones donde ejercen control. Pero esas mismas personas, creo, serían incapaces de nombrar diez de los atributos de Dios. Claro, es mucho más fácil conocer a Satanás y los demonios, ya que como humanos y pecadores que somos nos identificamos con muchas de sus características. Al contrario, Dios en su augusta y santa persona nos es extraño. Él se mueve en una esfera muy distinta a la de los pecadores.

Lo segundo que me motivó a escribir es la convicción de que a pesar de que nos consideramos pueblo de Dios hay una ignorancia imperdonable acerca de cómo y quién es Dios. Hemos perdido ese sentido de majestad que debe acompañar todo concepto de Él. Ya no hay temor de Dios, ya no hay asombro por Dios. Ya no hay conciencia de Dios. Ya no hay búsqueda de Dios. Ya no se sabe lo que quiere decir: *Estad quietos, y conoced que yo soy Dios* (Salmo 46:10). La evidencia de la ausencia del conocimiento de Dios está en las muchas extrañas y nocivas doctrinas que se están esparciendo por toda la iglesia; sin referencia a la persona y el carácter de Dios y sin base en la Biblia. Por último, la desaparición de la ética y la moral bíblicas que antes servían como guías del cristiano promedio. Si nuestra iglesia evangélica latina ha de sobrevivir, desesperada y urgentemente necesita conocer a Dios.

Necesitamos salir de la oscuridad doctrinal en que nos hemos permitido descender para buscar la gloriosa luz y el resplandor que rodea al Dios verdadero. Como decía el gran cristiano de la Alianza Cristiana y Misionera, A.W. Tozer: “Un dios creado en las sombras de un corazón caído por natura-

leza no será nada parecido al Dios verdadero de la Biblia”. Dejemos a un lado esas nociones modernas de un dios permisivo y humanizado para buscar al verdadero Dios.

Con reconocimiento sincero de mis muchas limitaciones me he atrevido a poner en palabras las glorias que he descubierto en mi búsqueda personal de Dios. No las he escrito para satisfacer las demandas de los eruditos, más bien las he agrupado en estas hojas pensando en aquellos que como yo han querido obtener aunque sea un rayo de luz acerca del *único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.* (1 Timoteo 6:16). Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Les Thompson

Noviembre 30, 2007

Sólo hay un Dios

Los dioses hechos por manos humanas no oyen, no ven, no saben, no entienden. Sólo viven en la imaginación de sus creadores.





Capítulo 1

¿Cuántos dioses hay?

EL QUE ESTUDIA LA BIBLIA pronto reconoce que ella claramente presenta a Jehová como el único Dios verdadero. Por ejemplo, leemos en Éxodo 15:11:

*¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses?
¿Quién como tú, magnífico en santidad, Terrible en
maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?*

La idea bíblica es que sólo Jehová es el ser supremo, que sólo Él merece nuestra adoración. Si leemos los textos cuidadosamente, descubriremos que la Biblia afirma que todos los otros dioses son impostores y que, aparte de Jehová, no hay otros. ¿Serán estos meramente reclamos de fanáticos religiosos irracionales, o tendrá la Biblia fundamento seguro

para hacer tal declaración? Veamos con qué claridad se da a conocer esta enseñanza en el siguiente relato: la historia de Elías y los profetas de Baal:^[1]

Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra... Entonces Elías dijo a los profetas de Baal: Escoged un buey, y preparadlo vosotros primero, pues que sois los más; e invocad el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo.

Y ellos tomaron el buey que les fue dado y lo prepararon, e invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: ¡Baal, respóndenos! Pero no había voz, ni quien respondiese; entre tanto, ellos andaban saltando cerca del altar que habían hecho.

Y aconteció al mediodía, que Elías se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz, porque dios es; quizá está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle. Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos. Pasó el mediodía, y ellos siguieron gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecerse el sacrificio, pero no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase.

Entonces dijo Elías a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo

[1] Excavando cerca de la ciudad de Tel-Aviv, algunos arqueólogos en el año 2001 descubrieron un altar a Baal, cuya antigüedad se estima ser del 1500 a.C. Estudiantes de la Biblia datan el encuentro de Elías con los profetas de Baal en el año 906 a.C. Baal, dios de la fertilidad, era una de las deidades más populares de los cananeos.

el pueblo se le acercó; y él arregló el altar de Jehová que estaba arruinado. Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, Israel será tu nombre, edificó con las piedras un altar en el nombre de Jehová; después hizo una zanja alrededor del altar, en que cupieran dos medidas de grano. Preparó luego la leña, y cortó el buey en pedazos, y lo puso sobre la leña. Y dijo: Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo: Hacedlo otra vez; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: Hacedlo la tercera vez; y lo hicieron la tercera vez, de manera que el agua corría alrededor del altar, y también se había llenado de agua la zanja.

Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, se acercó el profeta Elías y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos.

Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios! Entonces Elías les dijo: Prended a los profetas de Baal, para que no

escape ninguno. Y ellos los prendieron; y los llevó Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló (1 Reyes 18:20-40).

¿Habrà manera de probar que hay un solo Dios?

A pesar de que ocurrió hace unos 2.913 años, lo que hace que la historia leída sea tan dramática es que ese evento eleva a un punto crítico la pregunta que toda persona religiosa debe plantearse: ¿Tiene el dios al que sirvo en mi religión el poder real para contestarme y manifestarse poderosamente ante mis necesidades?

Por cierto, cuando eso ocurrió —906 años antes de la venida de Cristo— pareciera que los dioses que se adoraban eran servidos con mucho más entusiasmo que lo que vemos en la actualidad. Hoy cada uno anda con su creencia más o menos privadamente, y nadie parece inquietarse por la religión del prójimo, no importa cuán contradictoria sea. Pero parece que en los días del profeta Elías, la bulla, el escándalo y la devoción de los devotos de Baal eran para verse.

Tan seguros estaban esos seguidores que Baal era dios que aceptaron sin vacilar el reto de Elías. El desafío no era complicado para ellos. Cada uno prepararía un buey para sacrificar a su dios, sin prenderle fuego al altar. El dios que prendiera el fuego sería el Dios verdadero.

Al leer la historia nos damos cuenta con cuánta seriedad y devoción hacían sus súplicas los seguidores de Baal:

Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos. Pasó el mediodía, y ellos siguieron gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecerse el sacrificio [a las tres de la tarde].

Desesperadamente demandaban a su dios que les respondiera. Sabían que si no había respuesta de Baal, eso indicaría no sólo la impotencia de ese dios, peor aun, efectivamente declararían su inexistencia. Ningún seguidor de Baal quería tal veredicto. A Baal habían sacrificado tesoros; a Baal habían sacrificado sus propios hijos; a Baal habían comprometido sus vidas y dedicado su devoción. Espantoso sería ahora descubrir su inexistencia al haberlo intercambiado por Jehová. Ese era el momento crítico. Al llegar la hora del sacrificio, cuando supuestamente Baal tenía que actuar, el pueblo esperaba con ansiedad. El silencio era sepulcral. Todos los ojos estaban pegados a la leña debajo del sacrificio. Tenía que encenderse. ¡Baal lo haría! Pero llegó la hora y pasó y, como dice el texto, *no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase*.

El momento es gracioso y a la vez patético. ¿Quién no se ríe imaginándose a los profetas de Baal totalmente frustrados por su incapacidad para lograr respuesta de su dios? A la vez es patético porque ante quienes ocurre todo ese evento en el Monte Carmelo son los mismísimos cuya historia estaba repleta de las incomparables demostraciones del omnipotente Dios de Israel. ¿Cómo es posible que los hijos de Abraham, Isaac y Jacob le dieran las espaldas a Jehová para adorar a Baal? Y ahora, ante todos, la evidencia es abrumadora: Baal no podía oír. Baal no podía actuar. Baal no era dios. Sólo existía en la imaginación de sus seguidores.

La prueba del profeta Elías

Pero, ¡entonces le toca a Elías probar al Dios de Israel! Interesantes son sus preparativos. Cada uno apunta al gran

error que habían cometido al abandonar a Jehová para cambiarlo por Baal. Veamos lo que hizo Elías:

1. Llama al pueblo a acercarse a él —allí, a su lado, debían haber estado, y no al lado de los profetas de Baal, ya que él era un profeta legítimo del Dios de Israel.
2. Arregla el altar de Dios, altar que ellos descuidaron y abandonaron, con doce piedras, representando las doce tribus de Israel con las que Jehová había hecho pacto, y que aun constituían el pueblo de Dios.
3. Abre una zanja profunda alrededor del altar, la cual luego llenaría de agua para comprobar que Dios está por encima de todo elemento.
4. Prepara la leña sobre el altar, corta al buey del sacrificio en pedazos, y lo coloca sobre el altar exactamente cómo Dios había instruido a su pueblo.
5. Manda a cubrir todo el altar, incluso la leña, con doce barriles (cántaros) de agua. Para que se sepa que ¡el fuego que Dios mandarían no era por coincidencia!
6. Hace una sencilla y breve oración al Dios de Israel: *Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos.*

El Dios verdadero no demora en responder. Él no está en un país lejano donde no puede oír (como se decía de Baal cuando no contestaba). Él no está de vacaciones ni tomando una siesta. Tampoco demanda vigiliias, ni ayunos, ni gritos,

ni demostraciones agonizantes y frenéticas. Dice el salmista (34:17): *Claman los justos y Jehová oye y los libera de todas sus angustias.*

Cuenta la historia que inmediatamente *cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja.* No hubo duda alguna. El Dios del cielo había escuchado la petición de Elías y había quemado el sacrificio. Ahí, ante todos, estaba la evidencia de su persona, de su poder y de la atención que presta a sus hijos. Pero, ¡cuán triste historia! El pueblo que permite que se rieguen falsos conceptos del Dios verdadero pronto se encuentra adorando a dioses que no existen, que son meras fantasías, inútiles e ¡inexistentes!

¿Será el Dios de la Biblia el único Dios?

Al oír esta historia surge una pregunta importante: si Baal era un invento, un dios ficticio, ¿qué con los miles de dioses que son creídos, celebrados y adorados por millones en todas partes de la tierra? ¿Habrá en realidad otros dioses aparte del Dios de la Biblia? ¿Existirá el dios Ra, máxima divinidad de los egipcios? ¿Existirá el dios Osiris, señor del mundo subterráneo? ¿Existirá la diosa Asherat-del-mar, consorte del dios el de los cananeos? ¿Existirá uno, siquiera, de los miles de otros dioses adorados en el mundo del pasado y del presente?

¿Qué nos dice la Biblia? Después de todo, creemos que ella es la fuente de toda verdad. El primer texto que citaremos nos lo dice con suprema claridad:

Porque pregunta ahora si en los tiempos pasados que han sido antes de ti, desde el día que creó Dios al hombre sobre la tierra, si desde un extremo del cielo al otro se ha hecho cosa semejante a esta gran cosa, o se haya oído otra como ella. ¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer? ¿O ha intentado Dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra nación, con pruebas, con señales, con milagros y con guerra, y mano poderosa y brazo extendido, y hechos aterradores como todo lo que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en Egipto ante tus ojos? A ti te fue mostrado, para que supieses que Jehová es Dios, y no hay otro fuera de él (Deuteronomio 4:32-35).

Hay otros textos que no sólo respaldan esa misma declaración, sino que muestran que no hay Dios aparte de Jehová, el Dios que es proclamado a través de la Biblia:

Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.

¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir. No temáis, ni os amedrentéis; ¿no te lo hice oír desde la antigüedad, y te lo dije? Luego vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo. No hay Fuerte; no conozco ninguno (Isaías 44:6-8).

¿Y qué afirma el Nuevo Testamento? ¿Respaldan sus

escritores la misma verdad? Pablo nos dice:
*Porque **hay un solo Dios**, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre (1 Timoteo 2:5).*

A los romanos, el apóstol les dice: *¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles. Porque **Dios es uno**, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión (Romanos 3:29-30).*

*Y el mediador no lo es de uno solo; pero **Dios es uno** (Gálatas 3:20).*

*Sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que **no hay más que un Dios** (1 Corintios 8:4).*

Aparte de esos pasajes, hay muchos otros en toda la Biblia. Veamos los siguientes:

*Tú te has engrandecido, Jehová Dios; por cuanto no hay como tú, **ni hay Dios fuera de ti**, conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos (2 Samuel 7:22).*

*Que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que **no hay otro** (1 Reyes 8:60).*

*Yo soy Jehová, y **ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí**. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste, para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que **no hay más que yo**; yo Jehová, y **ninguno más que yo** (Isaías 45:5-6).*

Porque ¿quién es Dios sino sólo Jehová? ¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios? (Salmo 18:31).

Mas Jehová es el Dios verdadero; Él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación (Jeremías 10:10).

¿Qué diremos ante los muchos dioses del mundo?

La Biblia rechaza la idea de que existan otros seres que puedan llamarse Dios. Como hemos visto, ella indica que esos llamados dioses son ficticios. Entonces, ¿cómo explicamos el hecho de que por todas partes del mundo se encuentren cantidades de dioses con millones de adoradores? En 1 Corintios 10:20 san Pablo explica: *Antes digo que lo que los gentiles sacrifican [a sus dioses], a los demonios lo sacrifican, y no a Dios.* Con artimañas de todo tipo Satanás y sus demonios engañan a la gente para que crean que sus ídolos de madera y piedra tienen poder. En cambio, nosotros tenemos que unirnos a lo que dice la Biblia, puesto que esos objetos que la gente adora no merecen ser considerados como dioses, ni adorados como si tuvieran poder.

Isaías dedica un capítulo para hablar de esas falsas deidades, indicando que son objetos fabricados con manos humanas. ¿Cómo puede un hombre con sus manos crear a un ser divino? Dice:

Los que dan forma a un ídolo, todos ellos son nada [meros humanos], y sus cosas más preciadas [los ídolos que fabrican] de nada sirven; aun sus propios testigos [los dioses que fabrican] no ven ni entienden, por eso [los

que los fabrican] *serán avergonzados. ¿Quién ha dado forma a un dios o fundido un ídolo para no tener ganancia? He aquí, todos sus compañeros serán avergonzados [porque esos dioses no oyen ni les ayudan], pues los artífices son sólo hombres. Que se reúnan todos, que se levanten, que tiemblen, que sean a una avergonzados [por lo que han pretendido hacer].*

El herrero hace un instrumento cortante; lo trabaja sobre las brasas, lo forma con martillos y lo forja con su brazo fuerte. Después siente hambre y flaquean sus fuerzas; no bebe agua, y desfallece [porque el mismo dios que fabricó no lo pudo ayudar]. El carpintero extiende el cordel de medir, traza el diseño con tiza roja, lo labra con gubias, lo traza con el compás y le da forma de hombre y belleza humana para colocarlo en una casa.

Corta cedros para sí, toma un ciprés o una encina, y hace que sea fuerte entre los árboles del bosque; planta un pino y la lluvia lo hace crecer. Luego sirve para que el hombre haga fuego, y toma uno y se calienta; también hace fuego para cocer pan; [pero del mismo árbol] hace un dios y lo adora; hace de él una imagen tallada, y se postra delante de ella. [No tiene sentido que de] la mitad del leño quema en el fuego; sobre esta mitad prepara un asado, come carne y se sacia. También se calienta, y dice: ¡Ah!, me he calentado, he visto la llama, [y que entonces] del resto hace un dios, su ídolo. Se postra delante de él, lo adora, y le ruega, diciendo: Líbrame, pues mi dios eres tú.

Ellos no saben ni entienden, porque Él [el Dios de la Biblia] ha cerrado sus ojos para que no vean y su corazón para que no comprendan. Ninguno reflexiona; no tienen conocimiento ni inteligencia para decir: He quemado la mitad [de mi dios] en el fuego, y también he cocido pan sobre sus brasas. He asado carne y la he comido; y del resto ¿haré una abominación [un dios]? ¿Me postraré ante un pedazo de madera? Se alimenta de cenizas; el corazón engañado le ha extraviado. A sí mismo no se puede librar, ni decir: ¿No es mentira [este dios que he fabricado] que tengo en mi diestra? (Isaías 44:9-20, Biblia de las Américas).

Pablo declara que como todos esos ídolos son creados y fabricados por manos humanas, *por naturaleza no son dioses* (Gálatas 4:8). La diferencia entre el verdadero y poderoso Dios —que nadie ha creado— y esos miserables ídolos creados por manos humanas es abismal. ¿Cómo es posible que la gente se incline ante ellos y los estime? Son un insulto al Dios de los cielos. Por eso en el segundo mandamiento leemos: *No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso* (Éxodo 20:4-6).

¿Significará todo eso que no hay imágenes legítimas del Dios verdadero? ¿O será más bien que Dios quiere protegernos de todo aquello que conlleve una idea falsa, distorsionada y equivocada de su persona? Dios no es un pedazo de

madera tallada, no es una figura formada de barro, una imagen esculpida de piedra, una figura pintada en lienzo o cubierta con oro y plata.

La oposición divina a las imágenes falsas

Dios es tan infinitamente superior a los ídolos que las pretensiones de que esas figuras son Dios son ridículas. Preguntamos: ¿cuál es el punto de prueba entre estos “diositos” de otras religiones y el Dios de la Biblia? Como dice el Salmo 115:

Los ídolos de ellos son plata y oro, obra de manos de hombres.

*Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven;
Orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen;
Manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan.*

El Dios de la Biblia tiene vida real, tiene boca y habla, tiene ojos y ve, tiene oídos y nos escucha. Recordemos al pueblo de Israel ante el Monte Sinaí —los truenos, los relámpagos, la espesa nube de la presencia divina, Moisés hablando y Dios respondiendo con voz resonante, y el pueblo temblando como una hoja ante un ciclón. De Génesis a Apocalipsis Dios se revela con sus asombrosas obras.

Estudie las religiones del mundo, busque evidencias del poder y de las acciones de sus dioses. Encontrará toda clase de relatos en cuanto a cómo comenzó la religión. Describirán a su dios y hablarán de su grandeza. Mostrarán cómo la religión fue creciendo. Pero, ¿dónde están las pruebas y evidencias de las espléndidas actividades divinas que confirman la existencia de la deidad que adoran?

¿Cuál de sus dioses ha caminado sobre el agua? ¿Cuál ha dado de comer a 15.000 personas dividiendo dos panes y cinco pececillos? ¿Cuál ha abierto un mar para dejar cruzar sobre tierra seca a dos millones de sus fieles? ¿Cuál dios ha sacado un río de agua de una roca en el centro del desierto? ¿Cuál ha ido a la cruz para ser crucificado en lugar de sus seguidores para que ellos no tengan que sufrir el castigo merecido por sus pecados?

Diversas agrupaciones religiosas en el mundo tendrán millones de seguidores, magníficos templos, exhibirán impresionantes rituales, y se servirán de innumerables fieles dispuestos a morir por sus creencias, pero ¿qué ha hecho uno de sus dioses para comprobar su divinidad? He aquí una sencilla comparación. Tómese el Salmo 104, que describe las obras del Dios de la Biblia en la naturaleza, y úsense esas evidencias como pruebas de la divinidad. Luego siga con el Salmo 105 donde se cuentan las obras de Dios a favor de su pueblo. ¿Hay otro dios del cual se pueda decir lo mismo? ¿Hay quien pueda comprobar con hazañas reales que así obra su dios? La Biblia desafía a cualquiera que proclame ser dios a comprobarlo con sus obras.

Si solo hay un Dios, ¿cómo llegamos a conocerle?

Regresemos al Dios de la Biblia. Se nos dice que es trascendente, incomparable, incomprensible. Que entre Él y la criatura hay una distancia infinita. Es tan sublime que no tenemos forma de describirle adecuadamente. Entre Él y nosotros existe un abismo enorme. Siendo esto cierto, ¿qué puente podemos encontrar que nos acerque a su presencia? ¿Cómo será este Dios? ¿Cómo será en su modo de actuar?

¿Cómo podemos esperar que actúe en relación con nosotros?
 ¿Cómo reconocerle si es que se da a conocer?

Es interesante observar que, Dios —el que *habita en luz inaccesible* (1 Timoteo 6:16) a cuenta de su gloria y exaltación— es quien ha dado los pasos necesarios para hacerse conocido. Aquí hay cinco maneras en que aprendemos algo de su persona:

- ▲ La primera la encontramos al principio de la Biblia, donde se nos informa que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26-27; 5:1; 9:6; 1 Corintios 11:7; Santiago 3:9). La manera en que el hombre actúa, piensa y logra grandes cosas nos da a saber que Dios es un ser pensante, poderoso y laborioso.
- ▲ La segunda la encontramos en las muchas descripciones de su persona en la Biblia: es santo, es tan glorioso que sobrepasa nuestro entendimiento, es amoroso, es justo, recto, odia el pecado, es poderoso, todo lo sabe, nada ni nadie se esconde de Él.
- ▲ La tercera la encontramos en los evangelios, en los que se nos dice que Jesucristo, aun de manera más exacta, es la imagen perfecta de Dios (2 Corintios 4:4; Filipenses 2:6; Colosenses 1:15; Hebreos 1:3). Ciertamente cuando estudiamos las perfecciones de Jesucristo podemos visualizar las de Dios.
- ▲ Una cuarta manera la hallamos en el centro de las epístolas de Pablo. Nos dice que como cristianos seremos perfeccionados hasta llegar a la imagen de Cristo (Romanos 8:29; 1 Corintios 15:49; Colosenses 3:10). Es decir, un fiel cristiano por su modo de ser, por

su conducta, por su amabilidad y sus virtudes también da evidencia de las perfecciones del Altísimo.

- ▲ Por último, hay una manera que es inhumana, pero muy especial. Es por medio de la naturaleza que Dios también es reflejado: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos* (Salmo 19:1, véase también Romanos 1:20).

Inesperadamente llegué a apreciar esta última verdad en el aeropuerto de Ciudad México esperando un vuelo a Miami. Pasadas varias horas de espera, entré al restaurante del Hotel Hilton. Allí había un señor estadounidense tratando de hacerse entender por la mesera. A pesar de ser dueño de tres doctorados científicos, no podía pedir un sencillo flan. Después que lo ayudé, vino y se sentó en mi mesa. Preguntó cómo era que alguien con aspecto norteamericano supiese español. Cuando le dije que había nacido y crecido en Cuba, quiso saber lo que hacía. Le conté que mi trabajo era enseñar la Biblia y ayudar a los pastores en toda América Latina. Me dijo: “¡Qué interesante! Por tiempo he estado buscando a alguien como usted. Soy científico. Trabajo con la NASA. Tengo tres doctorados. En mis estudios acerca del espacio y de la naturaleza he llegado a la conclusión de que las maravillas que he visto no pueden haber venido de la nada. Tiene que haber un Dios, un diseñador. Ya que usted dice conocer la Biblia, ¿quién es Dios?”

¿Cómo podemos hablar con certidumbre acerca de Dios? Necesitamos más que meramente reconocer las perfecciones de la naturaleza que apuntan a un Creador. Igual que con ese científico, necesitamos descubrir con

certeza quién es ese Dios. Para eso necesitamos dos cosas, lenguaje para explicarlo, y una fuente fidedigna para saber con certeza que la descripción que damos es cierta.

Creemos que todas las cosas que tenemos han sido dadas por Dios; incluso el lenguaje que usamos. Por medio de las palabras podemos comunicar pensamientos, ideas y describir conceptos. Pero, cuando se trata de Dios, ¿cómo sabemos que son ciertas? Por ahí hay personas que nos cuentan que han visto a Dios, que Dios les ha hablado, que tienen la verdad en cuanto a Dios. Dicen que Él es así o asá. Preguntamos, ¿será esa comunicación verídica? Ese sueño o visión que dicen haber tenido, ¿cómo sabemos si de veras vino de Dios? ¿No puede haber venido de la imaginación? ¿No pueden haberlo inventado? ¿Quién sabe lo que comieron que les hizo soñar? ¿Y si fue un demonio el que le dio esa visión?

Cuando se trata de algo tan relevante como Dios, un concepto errado puede ser fatal. No se puede creer en nadie, incluso los que pretenden ser muy espirituales. En lo que tiene que ver con Dios no podemos equivocarnos. Por eso la Biblia es tan importante. Ella es la revelación de Dios; es nuestra autoridad. Si queremos conocer la verdad, tenemos que ir a ella: *Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra* (2 Timoteo 3:15).^[2] En la Biblia, mediante palabras como las que usamos todos los días, Dios se ha definido, explicado y exhibido. En ese bendito libro, por encima de todo otro medio, Dios nos da a entender sin lugar a dudas los innumerables atributos de su

^[2] Véanse también 2 Pedro 1:20-21 y Romanos 15:4.

gloriosa persona. Por lo que ella afirma llegamos a comprender cuán grande, sublime, venerable e incomparable es nuestro Dios. Aquí hay algunas cosas importantes que ella nos enseña:

La Biblia nos cuenta acerca del **señorío de Dios** sobre todo lo que ha creado. Quizás el pasaje que más gloriosamente expresa esta verdad es el Salmo 104 (me encanta leerlo), no hay aspecto de la creación ni de la preservación de ella que no se mencione con vívido detalle. Con qué minuciosidad cuida, protege y gobierna sobre toda la naturaleza. El interesado puede leer pasajes como Génesis 1; Job 38-41; Isaías 40:1-6; Juan 1:1-3; Romanos 1:18-25; Colosenses 1:15-17 y ver otras descripciones de la grandeza de nuestro Creador para apreciar la manera tan cuidadosa en que por su providencia cuida y mantiene todo lo que ha creado.

También nos enseña que **Dios es nuestro Rey**. Este es uno de los grandes énfasis de la Biblia, comenzando en Éxodo 15:18. Léanse los Salmos 93 al 99 en los que se declara que Dios reina sobre todo. Muy en particular es Rey de su pueblo (véase 1 Samuel 8:5-7), y como Señor y Rey habla y controla su imperio con autoridad (Éxodo 15:18, Salmo 99:1; Isaías 6:1-5). Jesús decía a menudo que en Él el reino de Dios había llegado a la tierra (Mateo 22:41-46; 4:17; 28:18). La Biblia termina declarando a Jesucristo Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 19:16).

En la Biblia también vemos a Dios como **el guerrero**, que defiende a su pueblo de sus enemigos (Éxodo 15:3; Deuteronomio 33:26; Salmo 68:5). Cuando su pueblo le es

fiel y obediente, no tiene que preocuparse por armamentos, puesto que Dios pelea por ellos (Deuteronomio 20; Jueces 7:1-8; 1 Samuel 7:10-13). Además, nos da su armadura especial para vencer a Satanás y a las huestes malignas (Efesios 6:11, 13). Cuando venga la peor prueba que pasará el pueblo de Dios en la última batalla al fin del mundo, Jesucristo —el que nos libró de la pena del pecado— es el que vemos montado sobre un caballo blanco asegurándonos la victoria final (Apocalipsis 19:11).

También es importante reconocer que la Biblia lo presenta como **Dios nuestro juez**. En el capítulo 18 de Génesis, Abraham se hace una pregunta clave en cuanto a Dios: *¿Destruirá también al justo con el impío* (v. 23)? Y responde: *El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo* (v. 25)? Dios evalúa todo correctamente, incluso a cada persona en el mundo, dándole a cada uno lo que le corresponde. Castiga a los impíos y perdona a los que han obtenido justicia en Cristo. Igualmente juzga a los dioses falsos (Isaías 41:21), revelando su ineptitud y falsedad (1 Samuel 5:1-5). También, Él es quien mantiene los “libros” sobre todos los que son suyos. Es a ese libro que Pablo se refiere cuando habla de sus colegas: *cuyos nombres están en el libro de la vida* (Filipenses 4:3). Véanse en Apocalipsis 3:5; 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27 y 22:19 las varias menciones que se hacen del libro de la vida. Cual Juez que es, Dios mantiene sus libros con absoluta precisión.

Al mismo tiempo la Biblia lo revela como **Dios nuestro abogado**. Primero nos enteramos que es nuestro *fiscal acusador*, que a través de los profetas trae las acusaciones

contra todos los que han quebrantado sus pactos (Isaías 1-3). En Apocalipsis 2:1-3:22 vemos con qué cuidado juzga a las siete iglesias. Gracias a Dios que también es nuestro *abogado defensor*. En la persona de Jesucristo y la del Espíritu Santo tenemos nuestra fuerte defensa (1 Juan 2:1; Juan 14:16, 2; 15:26).

Adicionalmente, lo vemos como **Dios nuestro legislador**. Desde el principio Dios es el que establece las leyes para la humanidad. En Génesis 2 le dice a Adán: *De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*. En Éxodo 20 nos da, escrito por el mismo dedo de Dios, los Diez Mandamientos. En Mateo 5 al 7 nos da nuestra constitución. Vemos en pasajes como estos la manera en que Jehová, que nos dio vida y nos ampara con su amor, tiene todo derecho de legislar nuestra conducta.

Con preeminencia aprendemos en la Biblia que **Dios es nuestro Padre**. Es nuestro protector, proveedor y guía (Deuteronomio 1:31). Somos objetos de su amor, compasión y redención (Salmo 103:13 e Isaías 63:16). Él es el Padre amante de quien habla el evangelio, contándonos que nos recibe —aun como pródigos— con brazos abiertos, con infalible perdón y alegre fiesta (Lucas 15:11-32). A su vez, como Padre fiel que es, amorosamente nos disciplina (Hebreos 12:8). Grande es la verdad de que es nuestro Padre amado, cuyos oídos están prestos para escuchar nuestras sinceras peticiones (Lucas 11:11-13). Por ser esto verdad, tenemos el supremo privilegio de levantar nuestros ojos al cielo al decir: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

¡Qué asombroso es este Dios nuestro! *¿Quién es Dios sino sólo Jehová? ¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?* (Salmo 18:31). Gracias a Dios que no tenemos que andar por este mundo ciegamente buscando si este o aquel dios es el que debemos seguir. El Dios de la Biblia se ha revelado. Sabemos quién es y nos gloriamos en todo lo que es. Con el salmista decimos: *Alabad a Jehová, naciones todas; pueblos todos, alabadle. Porque ha engrandecido sobre nosotros su misericordia, y la fidelidad de Jehová es para siempre. Aleluya. ¡Amén!*

Podemos concluir el capítulo como lo comenzamos, citando a Éxodo 15:11:

¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses?

¿Quién como tú, magnífico en santidad,

Terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?

Preguntas de estudio

1. ¿Qué concepto distinto a los profetas de Baal tenía Elías de Jehová?
2. ¿Qué explicación da el autor para la falta de fervor religioso en la actualidad?
3. Nombre algunos de los preparativos que tomó Elías antes de pedir de Dios su intervención.
4. Si Jehová el Dios de la Biblia es el único Dios, ¿cómo se explica la adoración de otros dioses?
5. ¿Cuál es la gran diferencia entre el Dios de la Biblia y los dioses creados por los hombres?
6. ¿Qué necesitamos para poder hablar con certeza acerca de Dios?
7. A la luz de lo estudiado en este capítulo, mencione algunos elementos del carácter de Dios que le dan certeza acerca del Dios único de la Biblia.

Símbolo antiguo para ilustrar a Dios



El círculo denota que hay un solo Dios; que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad.



Capítulo 2

Solo hay un Dios

Hay una historia bíblica muy conocida que normalmente se la contamos a los niños. Sin embargo, fue escrita para adultos.^[1] Cuenta lo que sucede cuando las personas dejan de confiar en Dios para confiar en su propia fuerza y sus habilidades. En esa historia, el ejército israelí se enfrenta al de los filisteos. Parecen parejos, hasta que inesperadamente aparece el poderoso gigante llamado Goliat.

Goliat mide casi tres metros de altura. Cuando viste su armadura filisteá, es figura que asusta (nos hace pensar en Darth Vader, de la Guerra de las galaxias). Cuando habla, nos imaginamos que su poderosa voz rebota por el valle

^[1] Esta historia se encuentra en 1 Samuel 17:1-50.

entero, creando pánico en todos los soldados judíos. Cuando el presumido valentón se ofrece para el duelo cuyo resultado decidiría la batalla, nadie se atreve a aventurarse ante tan formidable guerrero.

Es en uno de esos momentos en que Goliat riega su terror que aparece David. Es apenas un muchacho. No tiene aspecto de héroe. No tiene edad para ser soldado. No tiene barba todavía, ni apenas suficiente musculatura para usar armadura. Ha llegado para llevar a tres de sus hermanos mayores unos panes y unos quesos de parte de su padre. Pero esa misión es interrumpida por el sonar de las trompetas filisteas anunciando al temible paladín que desafía al ejército de Israel. David se acerca para ver el espectáculo. Escuchando las bravatas de Goliat y observando la reacción de los soldados, el joven no puede creer aquello. ¿No era Jehová el poderoso guardián de los israelitas? Estaba seguro que el más insignificativo israelita con Jehová a su lado fácilmente podría vencer a diez gigantes.

En su mente Goliat no era ni más ni menos que una de las fieras que él había matado. Si de la misma boca de un león había rescatado a una oveja, y de las garras de un poderoso oso había librado a una herida ovejita, ¿qué sería de un gigante filisteo incircunciso? ¿No era a Dios que el gigante había desafiado? El que debiera estar temblando era Goliat. Sin pensarlo dos veces, David se ofrece para pelear contra él.

Lo llevan ante el rey. Saúl, incrédulo, oye a David repetir su deseo de pelear contra el gigante, y le oye hablar confiadamente de la victoria. Asombrado ante la valentía y confianza del muchacho, Saúl —ya entre la espada y la pared— determina aceptar la oferta, pase lo que pase. Nos imaginamos que por la mente del rey pasó como una

película el recuerdo de su propia juventud, especialmente la manera inesperada en que Dios le escogió para ser rey. ¿Sería que Dios ahora estaba eligiendo a ese muchacho para salvar a su pueblo?

Saúl manda a traer su armadura. Los soldados visten a David con la cota de malla. Le colocan la coraza encima. Le ponen el casco. Le ciñen la espada y le traen la lanza y el escudo del rey. Con toda esa armadura encima, David se siente incómodo, ¡si lo viera ahora su mamá! Hace un par de cabriolas. ¡Qué mal se siente! Dándose cuenta de que está metido en camisa de once varas, y que si así se enfrentara a Goliat haría la payasada de un quijote, pide que le quiten todo. No quiere la armadura, ni la espada ni la lanza ni el escudo. Con bravura increíble, sale al encuentro del temible gigante con solo su cayado, una sencilla flecha y cinco pequeñas piedras que encuentra en el camino.

Es interesante leer que cuando Goliat vio a David *le tuvo en poco; porque era muchacho, y rubio, y de hermoso parecer*. Maldiciéndolo por sus dioses, grita: *¿Soy yo perro, para que vengas a mí con palos?* Y se le vino encima con intención de acabarlo con el blandir de su espada.

¿Qué tiene David que le distingue de todo otro hombre en Israel? ¿Qué es lo que le da la valentía para enfrentarse ante el temible Goliat cuando nadie más se atreve? Un texto en Daniel 11:32 nos da la respuesta: *El pueblo que conoce a su Dios se mostrará fuerte y actuará*. David igualmente lo explica cuando toma su pequeña honda, le coloca una piedra y, alzándola, corre sin miedo hacia el enorme gigante: *Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado* (1 Samuel 17:45).

¿Quién es ese Jehová de los ejércitos que toma esa

piedra de la honda de David y la dirige exactamente al agujero en el casco de Goliat —el único punto vulnerable en toda su armadura? ¿Quién es ese Dios que pone tal fe en el corazón de un muchacho que no sólo se enfrenta con audacia ante el temible gigante, sino que lo vence espectacularmente?

La grandeza de Dios —todo lo que es y lo que representa— excede en mucho nuestra capacidad para comprender y explicarlo. La Biblia está llena de expresiones que celebran su gloria; de principio a fin habla de la incomparable grandeza del Todopoderoso. Tan superlativo es nuestro Dios que Pablo quiere *que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios* (Efesios 3:17-19).

Un solo Dios

Nos toca ahora una tarea difícil, aunque llena de delicias: intentar acercarnos a la presencia augusta, aunque misteriosa, de nuestro Dios. Sabemos que lo que conocemos de Él nos ha sido revelado directamente por su Palabra.

La primera gran verdad que la Biblia declara repetidamente es que hay un solo Dios; a pesar de que, como veremos, lo componen tres personas divinas: *Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es* (Deuteronomio 6:4). También nos dice Deuteronomio 32:39: *Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo*. No son tres roles que una sola persona cumple, ni tres dioses juntos para aparecer como uno. Es un solo Dios del cual podemos hablar como “él” o como “ellos”.

Tres personas que forman un Dios, siempre unidos, siempre cooperando: el Padre iniciando, el Hijo consintiendo y el Espíritu ejecutando.

Todo el Antiguo Testamento (la porción más extensa de la Biblia) lo repite una vez tras otra: “¡Dios es uno!” De múltiples maneras lo repite:

Por cuanto no hay como tú, ni hay Dios fuera de ti (2 Samuel 7:22).

Jehová, no hay semejante a ti, ni hay Dios sino tú, según todas las cosas que hemos oído con nuestros oídos (1 Crónicas 17:20).

Y conozcan que tu nombre es Jehová; Tú solo Altísimo sobre toda la tierra (Salmo 83:18).

Porque tú eres grande, y hacedor de maravillas; sólo tú eres Dios (Salmo 86:10).

Un solo Dios, pero en tres personas

Por toda esta repetición nos damos cuenta de que se está afirmando una verdad muy importante y esencial: ¡Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son un solo Dios! ¡No tres dioses!

Obviamente podemos distinguir a cada una de las tres personas. Podemos imaginarnos a una que se llama Padre, otra que se llama Hijo y una tercera que se llama Espíritu Santo. Lo difícil viene cuando se nos declara que no son tres dioses, que ¡solo hay un Dios!

Para decirlo con algo de precisión: la Biblia enseña que hay tres claras sustancias o personas (veremos los

textos en el próximo capítulo), pero lo que aclaramos en este capítulo es que las tres forman una sola esencia divina indivisible que es Dios, y de la cual, las tres participan igualmente. Tan es así que cuando tratamos con una de ellas, descubrimos que también están presentes las otras dos. No hay manera de separarlas, puesto que Dios es indivisible. Por difícil que sea entenderlo, aceptamos este misterio ya que la Biblia lo declara.

Aunque ninguna ilustración sea adecuada (no hay nada parecido a Dios), tomemos al sol como ilustración. El sol es una sola entidad, sin embargo de esa sola esencia encontramos tres cosas: primero, la unidad entera que está encendida, luego los rayos de luz que emite, y finalmente el calor que irradia. Son tres cosas distinguibles que forman una sola entidad que llamamos “sol”. Cada una es reconocible, pero por pertenecer a una sola esencia, están entrelazadas, son interdependientes e indivisibles. Otro ejemplo más simple es un huevo. Es una sola entidad, pero compuesto de tres elementos: la cáscara, la clara y la yema. Estas ilustraciones sólo nos ayudan a entender que tres cosas pueden ser una, pero no tienen comparación con la incomparable grandeza de Dios.

Tras el misterio

Dios, por tanto —numéricamente hablando—, es uno. ¡No hay más que un Dios! Pero en el Nuevo Testamento se nos presenta a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Puesto que *Padre*, *Hijo* y *Espíritu* no son sinónimos, y cada uno de estos nombres nos dice algo distinto y especial de Dios, entender que estas tres personas componen un conjunto unificado es sumamente complicado. Como hemos indicado,

lo aceptamos porque es lo que nos enseña la Biblia y no porque lo comprendamos por completo. Obviamente estamos ante un profundo misterio, misterio que porque amamos a Dios queremos desenmarañar para conocerlo mejor.

Hagamos una comparación. Como en la teología, la ciencia también ha procurado entender cosas escondidas y misteriosas. Durante todo este siglo pasado hemos visto cómo los científicos han buscado entender los misterios del átomo. La historia es larga.

Cien años antes de Aristóteles dos griegos, Leucipo y Demócrito, llegaron a la conclusión de que todo objeto era formado de material infinitamente pequeño e invisible a la vista natural. Como esas ideas fueron descartadas por el sabio Aristóteles, nadie las persiguió. Pero en 1897 un físico inglés llamado José Thompson (1856-1940) descubrió que aquellos antiguos griegos tenían razón. Además, descubrió que había cosas todavía más pequeñas que el átomo. Con sus experimentos pudo demostrar que un átomo está compuesto de pequeñísimas cargas negativas llamadas *electrones*. Luego, entre 1909 y 1911, el científico Ernest Rutherford (trabajando con los descubrimientos de Thompson) pudo demostrar que la masa de un átomo es formada por un núcleo compuesto de protones y neutrones halados por una fuerza electromagnética que pone en órbita a los electrones alrededor del núcleo. Mostró que esa fuerza electromagnética hala a los electrones y los hace orbitar alrededor del núcleo, muy parecido a las fuerzas gravitacionales que atraen a los planetas alrededor del sol.

Poco a poco los físicos comenzaron a entender más y más acerca de los átomos, haciendo posible no sólo la bomba atómica, sino también los microchips que permiten comprimir increíbles cantidades de datos para operar cosas

tan conocidas como nuestras computadoras, teléfonos celulares y cámaras electrónicas modernas.

Los que amamos a Dios de forma parecida hemos querido explorar los misterios que rodean a su divina persona. A Dios no lo podemos poner debajo de un microscopio —ni observarle por medio de un telescopio— nuestro único recurso como cristianos es buscar entender lo que nos ha revelado de sí mismo, sea en la naturaleza, en la Biblia y en la persona de Jesucristo. Como veremos a continuación, los que no siguen estas fuentes y procuran entender a Dios por su propio raciocinio, llegarán a conclusiones erradas.

Interpretaciones erróneas

Por lo complicado del tema, no nos sorprende que a través de las edades se hayan identificado errores de interpretación que no cuadran con la revelación bíblica. El error más común nació en Asia Menor a principios del tercer siglo. Lleva varios nombres: *modalismo*, *monarquianismo*, *patripasianismo* o *sabelianismo*. La idea es que Dios por cierto es uno, pero que se revela en varias modalidades, a veces como Padre, otras como Hijo y finalmente como Espíritu Santo. Es fascinante notar cómo la Iglesia cristiana en los primeros siglos, apegándose fielmente a la Biblia, reconoció los errores y los censuró.

Fue un fiel intérprete de la Biblia llamado Hipólito en su libro *Tradiciones Apostólicas* (escrito en el sexto siglo) quien identificó a los autores de esa interesante pero errónea enseñanza. Cuenta que a fines del segundo siglo un tal Noetus, de la ciudad de Esmirna (la misma mencionada en Apocalipsis 2:8-11), fue el que primero salió con esa herejía.^[2] De manera exagerada Noetus identificaba al Hijo con el Padre —no los separaba—, declarando que eran uno. Tanto

^[2] La palabra herejía proviene de “hairesis” y se refiere a una escuela de pensamiento. En el cristianismo se llama herejía a una enseñanza que se aparta de lo que la Palabra de Dios claramente enseña o establece.

así que afirmaba que cuando el Hijo murió en la cruz, también murió el Padre (por eso a la herejía se le llama *patriparsianismo*).

Hipólito nos sigue contando que un discípulo de Noetus, llamado Epígono, llevó esas herejías a Roma, donde fueron recogidas por Praxeas y popularizadas por un maestro llamado Sabelio. Fijémonos en la fuerte crítica del gran cristiano Tertuliano (160-215) al escribir que Praxeas “echó fuera la profecía [la Biblia] y en su lugar metió la herejía; quiso destruir al Parákletos [el Espíritu Santo] y a la vez crucificar al Padre”.

Sin duda el más renombrado de esos herejes^[3] fue Sabelio. Buscando explicación al misterio de la Trinidad, negó que literalmente hubiera tres personas en la deidad. Declaró que Dios era una sola persona, pero que a veces aparecía en distintas manifestaciones: en unas como Padre, en otras como Hijo y en otras como el Espíritu Santo. De ahí el nombre sabelianismo para identificar tal herejía.

La antigua herejía todavía vive

Esta enseñanza errónea ha persistido a través de las edades en agrupaciones de iglesias que se llaman cristianas pero que rechazan la doctrina de la Santa Trinidad. Son la iglesia de los Pentecostales Unidos, Iglesia del Señor Jesucristo de la Fe Apostólica y las Asambleas Pentecostales del Mundo. Además, hay más de cien agrupaciones que se proclaman como los Sólo Jesús.

Uno de los evangelistas (frecuentemente aparece en la televisión cristiana) que sigue la línea de los Sólo Jesús es el conocido T.D. Jakes (autor de los libros *T.D. Jakes habla a las mujeres* y *T.D. Jakes habla a los hombres*). Él suscribe esas

^[3] Hereje es la persona que insiste en enseñar una doctrina que no es respaldada por la Biblia.

mismas creencias sabelianas o modalistas. Por radio, en 1998, explicó su punto de vista sobre la Santa Trinidad. Dijo:

“Tenemos un Dios, que en la creación es Padre, en la redención es Hijo y en la regeneración es Espíritu Santo”. Es decir, la misma persona que se revela de tres formas distintas. En la declaración de creencias de su ministerio proclama: “Hay un Dios, Creador de todas las cosas, infinito, perfecto, y que eternamente existe en tres manifestaciones: Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

Las declaraciones parecen buenas y satisfactorias, hasta que las analizamos. Enseguida nos damos cuenta de que T.D. Jakes no habla de un Dios en tres *personas*, sino que (igual que Sabelio) declara que Dios se *manifiesta* primero como Padre, luego como Hijo y finalmente como Espíritu Santo. Niega así la doctrina de la Trinidad.

Si hemos de ser fieles a la Biblia, nuestra obligación es atenernos a sus declaraciones en cuanto a la persona de Dios. Si aceptamos otras variantes de esa doctrina, ya abandonamos al Dios verdadero y servimos a uno que no existe, que hemos fabricado en nuestra imaginación (como vimos en el capítulo uno). Además, porque algo en la Biblia nos parezca complicado, o difícil de explicar o comprender, no quiere decir que no sea cierto. En el caso de Dios, recordemos que Él es inefable, tan glorioso, incomparable, sublime y majestuoso, que no hay manera de describirlo aparte de lo que nos dice la Biblia. Por tanto, aceptamos lo que ella nos dice que Él es. Aunque la enseñanza de un Dios en tres personas sea un misterio, por fe lo aceptamos puesto que así Él se ha dado a conocer.

Otro desvío más moderno

En algunas iglesias en nuestros días, el desvío no consiste en

negar la existencia de las tres personas de la Trinidad, sino en la exaltación del Espíritu Santo como la persona divina de más importancia. Hablan del Espíritu, alaban al Espíritu, celebran al Espíritu, oran al Espíritu, aman al Espíritu y adoran al Espíritu. De paso, este tipo de celebración y adoración al Espíritu se conoció en tiempos pasados.

Este énfasis no es nuevo ni exclusivo de nuestra era. Alrededor del año 155 d.C. en Asia Menor, se convirtió al cristianismo un sacerdote de Cibeles llamado Montano. Decía tener el don de la profecía, que era guiado por el Espíritu, que recibía revelaciones especiales y, además, se proclamaba como la encarnación misma del Espíritu Santo. De acuerdo con el *Dictionary of Pentecostal and Charismatic Movements* [Diccionario de movimientos pentecostales y carismáticos], p. 419, Montano —cuando profetizaba— “perdía control de sí mismo, caía en un tipo de éxtasis en que deliraba y balbuceaba cosas extrañas, contrario a las costumbres establecidas”. El artículo continúa diciendo que Montano “era acompañado por dos mujeres, Maximila y Priscila, que con la aprobación de Montano dejaron a sus esposos para unirse a él, y que fueron poseídas por los mismos arrebatos y también profetizaban”. Por un tiempo esas ideas fueron aceptadas por muchas iglesias con el énfasis especial de las profecías, las visiones, la obra y el poder del Espíritu Santo excluyendo toda otra enseñanza de la Biblia. Muchas iglesias fueron divididas y hubo mucha oposición y condenación del movimiento por sus excesos. La historia indica que el movimiento duró hasta el año 388.

En la era medieval hubo un segundo movimiento algo parecido que comenzó con un monje y abad italiano de Corazzo, llamado Joachim de Fiore (nació en el año 1135). Él fundó la congregación de Fiore en 1196. Le dio por escribir

un comentario del Apocalipsis de San Juan, pero no podía entender los diversos simbolismos. Despertó un día de Semana Santa y se encontró como una nueva persona, con entendimientos espirituales especiales. Todo, creía él, debido al poder que le daba el Espíritu Santo, ahora le era entendible. No sólo podía interpretar los símbolos del Apocalipsis, tenía la habilidad para relacionar aquellas enseñanzas con el resto de la Biblia. Así que Fiore creó lo que llamaba “la analogía de la Trinidad”, una manera nueva de ver la Biblia:

1. La “**Edad del Padre**”, decía, correspondía al Antiguo Testamento, que se caracterizaba por la obediencia de la humanidad a las reglas de Dios.
2. La “**Edad del Hijo**”, correspondía al nacimiento de Jesús y llegaba hasta 1260, representado por el Nuevo Testamento, cuando el hombre llegó a ser hijo de Dios.
3. La “**Edad del Espíritu**”, afirmaba, comenzaría en 1260, cuando la humanidad llegaría a tener contacto directo con Dios, alcanzando la libertad total predicada por el mensaje cristiano. Ese sería el reino del Espíritu Santo, una nueva dispensación de amor universal, que emanaría del evangelio de Jesucristo, pero que lo superaría.

Joachim de Fiore murió en 1202, a los 67 años de edad, sin ver llegar esa “Edad del Espíritu” tan anhelada por él y muchos de sus seguidores. El caso es que sus ideas no sólo causaron mucha confusión sino que, cuando llegó la fecha anunciada, el mundo no cambió, tampoco se cumplieron las profecías ni las predicciones que se habían hecho. Santo Tomás de Aquino refutó las posturas equivocadas de Joachim de Fiore en su *Summa Theologica*, mostrando que

esas ideas eran *modalistas* debido a que proclamaban creer en tres manifestaciones de un Dios, contrarias al concepto bíblico de que Dios es uno y que es indivisible.

Pareciera que hoy nuevamente algunos han llegado a pensar que lo soñado por Joachim de Fiore por fin se ha concretado, que estamos en la **Edad del Espíritu** y que ésta comenzó en 1901 con la emergencia del movimiento pentecostal y del movimiento carismático. La pregunta que nos tenemos que hacer es: ¿Podemos tan fácilmente descartar todo lo que la Biblia nos dice acerca de “un Dios en tres personas” para exaltar solamente al Espíritu Santo?

El problema doctrinal no ha cambiado. Nuestra creencia en cuanto a quién es Dios está en la interpretación que asumimos ante las enseñanzas de toda la Biblia: que tenemos un solo Dios en tres personas. Si exaltamos al Espíritu, el Padre se releva a un lugar secundario y Jesucristo a otro inferior. Cuando se sigue la idea de que ésta es la Edad del Espíritu, reducimos a Dios, y magnificamos sólo al Espíritu Santo. Este hace los milagros, da los dones, oye las oraciones, da el poder, sana y hace milagros, da las bendiciones y representa todo lo que es Dios. Pero esa reducción de Dios es ni más ni menos que la antigua herejía del modalismo o sabelianismo. Así, parecido a los “Sólo Jesús”, ahora nos convertimos en los “Sólo Espíritu”. Tal creencia no concuerda con lo que enseña la Biblia acerca de nuestro glorioso y trino Dios.

Vale repetir lo que la Biblia enseña: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo forman un solo Dios. Siempre están juntos, siempre cooperando uno con el otro —el Padre iniciando, el Hijo consintiendo y el Espíritu ejecutando. Puesto que hay una sola esencia divina indivisible, tomar a una persona de la Trinidad y elevarla para servir y adorarla exclusivamente, es intentar cambiar la gloria del Dios incorruptible, como

nos dice Romanos 1:22.

La consecuencia se ve en el mensaje que se deja de predicar y en las actividades que lo reemplazan. El énfasis ya no es la obra de Cristo en la cruz a favor de todos los pecadores, tampoco es llamar a los pecadores al arrepentimiento, sino que ahora se enfatizan los milagros, señales y manifestaciones del Espíritu. El error es grave, puesto que sin Jesucristo no hay salvación, no hay cielo, no hay vida eterna —no importa cuánto éxtasis ni cuántas manifestaciones haya. Más significativo todavía es que sin Jesucristo no hay acceso ni al Padre ni al Espíritu Santo: *Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1 Timoteo 2:5, y véanse también Hebreos 8:6; 9:15; 12:24).

Por lo que hizo Cristo en la cruz es que obtenemos los beneficios espirituales. Como vemos en Apocalipsis 5:9-14, Él es el que nos salva, perdona nuestros pecados y nos hace aptos para Dios. Para hacer un importante contraste, tomemos lo que ocurre hoy en las iglesias donde se adora al Espíritu Santo, y veamos —al contrario— la adoración que ocurre en el cielo. Allí lo central no es el Espíritu, se está celebrando y alabando al Hijo que el Padre y el Espíritu enviaron al mundo para salvar y rescatar al que se había perdido a cuenta del pecado:

Y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono... y su número era de millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y todo lo creado que está en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado

en el trono [el Padre] y al Cordero [el Hijo] sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder por los siglos de siglos (Apocalipsis 5:11- 13).

Cómo resumirlo todo

Existe una declaración acerca de nuestro glorioso e incomparable Dios que fue escrita en el cuarto siglo por un predicador africano llamado Atanasio (297-373 d.C.). Desde ese entonces nadie ha podido ni negar lo dicho en esa declaración por su biblicidad, ni tampoco mejorarla. Se llama “El credo de Atanasio”. Este fue discípulo del obispo Alejandro en la ciudad de Alejandría al norte de África. Atanasio, junto con otros fieles cristianos, escribió esa declaración para refutar las dañinas y erradas herejías promulgadas por Arrio —otro alejandrino— que negaba que Jesús fuese el eterno Hijo de Dios. Al pasar los años, Atanasio fue nombrado obispo de Alejandría, sufriendo mucho a manos de los arrianos. Cinco veces fue exiliado, por un total de diecisiete años. Sin embargo, sus prédicas, escritos y vida evidenciaron una gran devoción a la Palabra de Dios. Eso se refleja en ese credo que se apega tan fielmente a lo que la Biblia enseña en cuanto a Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios Espíritu Santo:

EL CREDO DE ATANASIO

Veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas ni separar las sustancias. Porque una es la persona del Padre y el Hijo y otra (también) la del Espíritu Santo; pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad. Cual el Padre, tal el Hijo, increado (también) el Espíritu

Santo; increado el Padre, increado el Hijo, increado (también) el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso (también) el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno (también) el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Igualmente, omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente (también) el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente. Así Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es (también) el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios; Así, Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor (también) es el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres señores, sino un solo Señor; porque así como por la cristiana verdad somos compelidos a confesar como Dios y Señor a cada persona en particular; así la religión universal cristiana nos prohíbe decir tres dioses y señores. El Padre, por nadie fue hecho ni creado ni engendrado. El Hijo solo del Padre, no hecho ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho ni creado, sino que procede.

Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres padres; un solo Hijo, no tres hijos; un solo Espíritu Santo, no tres espíritus santos; y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor, sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales, de suerte que, como antes se ha dicho, en

todo hay que venerar lo mismo la unidad de la Trinidad que la Trinidad en la unidad. El que quiera, pues, salvarse, así ha de sentir la Trinidad.

En verdad estos aspectos maravillosos y misteriosos que aprendemos de Dios no deben sorprendernos, puesto que como humanos somos limitados y finitos. Por tanto, tiene que haber una enorme diferencia entre Él y nosotros. Si pudiésemos explicarle y entenderle, verdaderamente tendríamos una deidad pequeña, insignificante, indigna de nuestra adoración y lealtad. Si fuera un Dios sencillo y limitado no podría ser nuestra insondable fuente de toda realidad. Alegrementemente nos quedamos con el Dios de la Biblia. No hay nada ni nadie que se compare a Él.

Aceptamos, pues, que la unidad de las tres personas consiste en la mutua participación de cada una de las tres en el ser de Dios. Están tan unidas que una está en la otra y con la otra a la misma vez, como dice Juan 17:21: *Tu, oh Padre, en mí, y yo en ti.*

A la vez, nos referimos a Dios el Padre como la “primera persona” de la Santa Trinidad. Le decimos “primero” no para indicar un grado de honor ni dignidad especial, sino para indicar que en la Trinidad existe un orden. Al decir que el Padre es primero no queremos expresar que el Padre tiene una perfección más elevada que las otras dos personas. Él no es más sabio, ni más poderoso, ni más santo, ni más omnisciente que las otras dos personas. Se trata meramente de prioridad, de orden y no de superioridad.

Llamamos a Jesucristo “la Segunda Persona de la Trinidad”, el que es enviado por el Padre al mundo con la misión salvadora. Precisamente, porque el Hijo de Dios es una persona distinguible de la Trinidad fue posible que en Él Dios nos amara, que lo enviara a este mundo, que muriera

en la cruz tomando el juicio que nos correspondía y que, por su resurrección, nos garantizara la vida perdurable y una morada eterna en el cielo con Él. Si quitáramos las distinciones que se encuentran en la Trinidad, eliminaríamos de una vez la posibilidad de la redención nuestra, los pecadores, por medio de Jesucristo.

Y, finalmente, designamos al Espíritu Santo, como “la Tercera Persona de la Trinidad”. La Biblia nos dice que es enviado al mundo por el Padre y por el Hijo como el agente divino para permanecer en nosotros para siempre (Juan 14:16-17), para enseñarnos todas las cosas de Cristo (Juan 14:26), para guiarnos a toda verdad conforme Jesús lo dirige (Juan 16:13-15), para dar testimonio de Cristo y glorificarlo (Juan 15:26; 16:14), para enseñarnos las cosas que han de venir (Juan 16:13), convenciendo al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8-11). Sin Él no tendríamos Parakletos^[4] (animador, exhortador, consolador), alguien que tomara el lugar de Jesucristo en nuestras vidas, y nos traspasara todos los grandes beneficios espirituales provistos por el Trino Dios.

^[4] Palabra griega en Juan 14:16; 15:26; 16:7 que se traduce como “consolador”.

Preguntas de estudio

1. ¿Por qué es que nosotros tenemos problemas y nos llenamos de duda cuando se nos presentan “Goliaths modernos”?
2. ¿Cuál es la afirmación básica e importante que el Antiguo Testamento hace en cuanto a Dios?
3. ¿Cuál es el primer error de la historia acerca del concepto de Dios y explique por qué era incorrecto?
4. Según el autor, ¿cuál es el error que hoy en día enseñan en muchas iglesias y por qué es una equivocación?
5. ¿Puede usted nombrar los tres puntos de la Analogía de la Trinidad de Fiore?
6. Después de leer el Credo de Atanasio, ¿cuál es la declaración que más le impresiona? (animador, exhortador, consolador), alguien que tomará el lugar de Jesucristo en nuestras vidas, y nos traspasará todos los grandes beneficios espirituales provistos por el Trino Dios.

Símbolo para ilustrar la Santa Trinidad



Los tallos entrelazados de la triqueta denotan que las tres personas —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— son entre sí indivisibles, coeternos y coiguales.



Capítulo 3
**Tres personas que
son Dios**

¿QUÉ VIENE a su mente cuando piensa en Dios? ¿Será Dios tal como usted piensa? ¿Cómo es Dios? Dice el gran predicador, el doctor A.W. Tozer, “Lo que viene a tu mente cuando piensas en Dios es lo más importante de ti”.

Tengo en mi biblioteca un libro que cuenta acerca de los comunistas franceses de la “Comuna” en el año 1870. No sólo negaban la existencia de Dios, decían: “Si Dios existiese, habría que fusilarlo”. Precisamente, el deseo de fusilar a Dios —de eliminar todo concepto de que existe— es algo que

muchos han anhelado. En nuestros días, por ejemplo, no hay nadie que lo desee más que el “rottweiler de Darwin”, como apodan al científico Richard Dawkins, británico, biólogo y el ateo más célebre del mundo. Él publicó recientemente un libro, *The God Delusion* [El espejismo de Dios], con el cual pretende arrancarle la fe a todo religioso que lo lea. Dice: “No estoy atacando a una versión particular de Dios o de los dioses. Ataco a Dios, a todos los dioses, a todo y cualquier cosa sobrenatural, dondequiera que haya sido o sea inventado”.^[1] En otra parte afirma: “Censuro a todo lo sobrenaturalista en cualquiera de sus formas...”

Neguemos o aceptemos la existencia de Dios, todo ser viviente tiene una idea correcta o incorrecta acerca de cómo y quién es Dios — ¡aun Richard Dawkins! Algunos han decidido mantener ideas negativas, torcidas y obtusas. Por ejemplo, la historia del cristianismo nos trae una lista impresionante de agrupaciones con nombres extraños e ideas acerca de Dios —y muy particularmente de Jesucristo— que de ninguna manera concuerdan con lo enseñado por la Biblia: monárquicos, arrianos, docetistas, apolinarios, nestorianos y eutiquianos. Grandes y valientes cristianos del pasado tuvieron que luchar en contra de cada distorsión para filtrar el error de la verdad. Lo que les interesaba era verdaderamente interpretar lo enseñado por la Palabra de Dios.

Por ejemplo, los monárquicos del segundo siglo citaban textos como Isaías 45:5 para defender la idea que tenían que no hay tres personas en la Trinidad, sino que sólo podía haber una que se llamara Dios. Por su parte, Atanasio —que vivió tras el segundo siglo— basado en estudios serios de la

^[1] Richard Dawkins, *The God Delusion*, Houghton Mifflin Company, Boston, New York, 2006, p. 36.

Biblia los contradijo, mostrando como las palabras: *Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí*, podían igualmente incluir al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ya que —como vimos en el capítulo anterior— las tres personas juntas subsisten en una sola esencia divina infinita. Tales tipos de argumentos eran complicados, y las luchas entre los grupos eran fuertes, pero a la vez fueron muy importantes. Sin esas luchas no tendríamos la claridad que hoy tenemos al hablar del único Dios que se nos presenta en la Biblia.

Otra ilustración, posterior a la monárquica, nos puede servir para mostrar cómo una doctrina falsa lleva a otras. Esta comenzó como una contienda entre amigos, Atanasio y Apolinar, que habían trabajado juntos en el ya citado *Credo de Atanasio*. Allí Atanasio y Apolinar establecieron que la infinita esencia de Dios no era divisible, que para formar una sola naturaleza unida cada una de las tres personas tenía que poseer la total plenitud o perfección de la divinidad. No obstante, Apolinar se puso a pensar en otro tema, el de la Segunda Persona de la Trinidad cuando se humanó. ¿Qué fue aquello que nació de la Virgen María? ¿Era Dios u hombre, o quizás una mezcla? ¿Cómo pudo Jesucristo ser cien por ciento Dios cuando evidentemente nació de una mujer que no era Dios? ¿Sería posible que la Virgen María —una mujer natural— fuera la madre de un hijo que literalmente fuera Dios? ¿No sería, más bien, que lo que nació de María en Belén fue lo más parecido a una mezcla?

Dándole vueltas a esas preguntas, Apolinar llegó a una conclusión errada. Comenzó a enseñar que Jesucristo era una mezcla del Logos (Dios) y del hombre. Decía que ni era

plenamente Dios ni plenamente hombre. Intentó, por tanto, cambiar la naturaleza de la Segunda Persona de la Trinidad. Notemos, sin embargo, el error que cometió. Si el Logos no es cien por ciento Dios, entonces no puede ni tiene derecho de perdonar el pecado de nadie. Por otra parte, ya que el hombre es el que ha pecado y ofendido a Dios, tiene que ser un hombre el que pague las ofensas. Por tanto, si Jesús — sobre quien cae la culpa de nuestro pecado— no es cien por ciento hombre ni cien por ciento Dios, entonces no tendría las cualidades esenciales para ser nuestro representante legítimo.

Apolinar nos presenta un Salvador a medias, totalmente ineficiente. Para obrar nuestra redención —tal como lo mostró Atanasio— sólo uno que fuera totalmente Dios y totalmente hombre pudo haber nacido de la Virgen María. Nuestra fe, fundada en la Biblia, demanda que nuestro Salvador sea nada menos que la Segunda Persona de la Trinidad, y que haya nacido de la Virgen, y que en su carne —como hombre— haya muerto por nuestros pecados en la cruz. Es interesante observar que Apolinar fue condenado por sus errores doctrinales y su amigo Atanasio fue uno de los jueces que lo condenaron.

Estos son sólo dos ejemplos de las muchas y grandes luchas doctrinales libradas en el pasado, pero son suficientes para mostrar lo importante que es tener una doctrina clara y confiable basada en la Biblia. Cada una de esas luchas ha sido crucial e importantísima. Marcan hitos en la historia de la verdadera iglesia cristiana. No creemos estas cosas que tienen que ver con nuestro Trino Dios porque sean fáciles

de creer, sino porque Dios en su Palabra nos lo ha revelado, y allí las podemos confirmar. Como alguien bien ha dicho:

Trata de explicar la Trinidad y te volverás loco.
Trata de negarla y ciertamente perderás tu alma.

El Nuevo Testamento proclama la Trinidad

Ahora nos toca ir a la Biblia. ¿Cómo es que ella nos presenta la doctrina de Dios? Cabe mencionar lo que en cierta ocasión dijo un expositor bíblico inglés, A.T. Pierson: “Cada milagro es una parábola cuya enseñanza es maravillosa, y cada enseñanza es un milagro pedagógico incomparable”. Ha llegado el momento en que necesitamos dar lugar a la Biblia para que nos revele sus ricas aclaraciones en cuanto a la persona de Dios.

Nótese que la primera gran y gloriosa verdad que se nos revela en el Nuevo Testamento es que Dios se ha humanado —la historia de la Navidad. De en medio de la hueste angelical que aparece a los pastores aquella noche palestina se escucha la voz del ángel de Dios que dice: *Os doy nuevas de gran gozo... ¡os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador que es Cristo el Señor!* (Lucas 2:10-11).

La segunda noticia es de parecida relevancia, y se recuenta también a principios de cada uno de los evangelios. Juan el Bautista, un profeta vestido de pelo de camellos, se encuentra bautizando en el Río Jordán. Inesperadamente, llega Jesús (reconocido por Juan como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo) y pide ser bautizado. Es ese acto por el cual el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la

Trinidad, se identifica con la humanidad pecadora que viene a redimir. Es interesante notar que es un acto de tanta trascendencia que Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo se unen a Dios el Hijo públicamente. Es un momento auspicioso, inequívoco en el que por primera vez Dios se quita el velo para evidenciarse pública y abiertamente como un Dios en tres personas. Así lo relata el Evangelio de Mateo 3:13-17:

Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.

*Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al **Espíritu de Dios** que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo **una voz de los cielos**, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.*

Aquí vemos claramente la presencia de las tres personas de la Santa Trinidad. Cada una es obvia, cada una es distinta, cada una es Dios:

1. Jesucristo (el que es bautizado en el Jordán),
2. El Espíritu Santo (que desciende como paloma),
3. El Padre (que hace el anuncio extraordinario acerca del Hijo amado).

Tan importante es este anuncio que cada uno de los cuatro evangelios lo repite: Mateo 3:13-17; Marcos 1:9-11; Lucas 3:21-22; y Juan 1:29-34.

Podemos decir, entonces, que la primera gran enseñanza del Nuevo Testamento es que Jesús —el Hijo de Dios y Salvador del mundo—, por cierto, se ha humanado. Allí en Belén, en un sencillo pesebre, de las entrañas de la Virgen María, encontramos la asombrosa historia de Dios el Hijo que se hace como uno de nosotros —todo con el fin de redimir a esta humanidad perdida. Igualmente, la segunda gran cosa que todo hombre ha de conocer y comprender al abrir el Nuevo Testamento es que en las primeras páginas de los cuatro evangelios se nos demuestra —en el bautismo de Cristo— que Dios es trino: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo —un solo Dios actuando a favor de hombres y mujeres de poco mérito. En otras palabras, el Nuevo Testamento no sólo tendrá que ver con el Hijo de Dios que vino para redimirnos de nuestros pecados, sino que igualmente tendrá que ver con las maravillas de nuestro glorioso Padre celestial y su bendito Espíritu Santo que, junto al Hijo eterno, están igualmente involucrados en nuestra salvación.

La importancia personal de un Dios Trino

Confirmemos la importancia de lo que acabamos de decir al referirnos a otro hecho muy especial y singular en el Nuevo Testamento, en Mateo 28:18-20:

Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Las instrucciones ni son difíciles ni ambiguas:

1. Ir por el mundo (supuestamente a dondequiera que va un creyente, allí ha de contarles a todos acerca de Cristo).
2. Hacer discípulos en todas las naciones (este mandato implica no sólo evangelizar, sino también establecer bases firmes para la fe en Cristo).
3. Bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (claramente implica el deber de entender a quién nos unimos para siempre).
4. Enseñar todo lo que Jesucristo ha mandado (la fe cristiana no se vive en un vacío, el Nuevo Testamento contiene las enseñanzas que debemos conocer).

Debemos entender que el bautismo del que se trata ahora no es el de Jesucristo, sino el tuyo y el mío. Es, igualmente, un acto glorioso e increíble. De inmediato vemos que nuestra salvación —por la cual llegamos a ser “hijos de Dios” por medio de la sangre de Cristo— es un acto que involucra a cada persona de la Santa Trinidad. Fue hecha posible por el amor del Padre, por la muerte de Jesucristo y por la obra regeneradora del Espíritu de Dios. Por eso Jesucristo nos aclara en estas instrucciones finales que para vivir la vida cristiana cada creyente ha de ser bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La enseñanza que contiene este bautismo revela la cobertura total que tenemos en Dios. El bautismo provee para que podamos estar totalmente cubiertos, inmersos, envueltos, rodeados, protegidos, resguardados por cada una de las tres personas de la Santa Trinidad. Tiene que ver con todo el poder y el amor de Dios el Padre, con toda la bondad

y gracia de Dios el Hijo, y con todo el compañerismo y consolación del Espíritu Santo. Pablo resume esta enseñanza en Colosenses 3:1-3, particularmente con la frase: *vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*. Ahí tenemos la figura bíblica del bautismo, la unión perfecta e inquebrantable que el creyente tiene con su Trino Dios.

Algunos beneficios trinitarios

Pero sigamos... Fascina ver toda la enseñanza trinitaria que encontramos en el Evangelio de Juan, especialmente en los capítulos 14 al 17. En ellos leemos: *Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros* (Juan 14:16-17). Está el ruego del Hijo, el Padre que envía, y el *otro* (la palabra griega conlleva la idea de “otro de la misma clase”), el Espíritu Santo que ha de reemplazar al Hijo. Además, esta venida del Espíritu sobre aquellos que aman a Jesús equivale a la venida del Padre y del Hijo. Jesús les explica: *No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros... En aquel día [por la venida del Espíritu Santo] vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros* (Juan 14:18 y 20). En otras palabras, Jesús les informa que en poco tiempo se separará de ellos y regresará al Padre, pero que cuando venga sobre ellos el Espíritu Santo que Él y el Padre enviarán, igualmente tendrán al Hijo y al Padre. Así se repite el concepto de que el Trino Dios es indivisible, o inseparable y vive en nosotros.

Adicionalmente, Jesucristo afirma: *Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho* (Juan 14:26). Nuevamente las tres personas divinas son mencionadas: el Hijo, que es el que ha dicho cosas que necesitan ser recordadas, el Espíritu Santo que es el consolador y maestro, y el Padre que es el que “envía”, o el iniciador de todo. Tengámoslo bien claro, es inconcebible que un creyente piense que puede vivir la vida cristiana sin la asistencia continua del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por todo el Nuevo Testamento, especialmente en las epístolas, encontramos numerables citas enfatizando la presencia del Espíritu Santo en conjunto con el Hijo y el Padre:

Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios (Romanos 15:30).

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo (1 Corintios 12:4-6).

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (Gálatas 4:4-6).

Porque por medio de él [Jesucristo] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre (Efesios 2:18).

Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo... quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu (Colosenses 1:3-8).

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo (2 Tesalonicenses 2:13-14).

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna (Tito 3:4-7).

Quando estudiamos el Nuevo Testamento no hay manera de evitar la importancia con que se repite una vez tras otra que Dios es un Dios en tres personas.

Quando Pablo da su bendición apostólica de nuevo incluye a las tres personas: *La gracia del Señor **Jesucristo**, el*

amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros (2 Corintios 13:14). En la misma conexión y con el mismo propósito podemos mencionar la introducción que hace el apóstol Pedro a su breve epístola: *Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión... elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas* (1 Pedro 1:1-2). Obviamente, no se trata de *sabelianismo*.^[2] No es un Dios que por un tiempo se llamaba Padre, y luego se conoce como Hijo, y que finalmente se manifiesta como Espíritu Santo. El famoso himno, *Santo, Santo, Santo*, establece el corolario apropiado al decir: “Dios en tres personas, bendita Trinidad”.

Todo el Nuevo Testamento presenta a Dios como trino porque: (1) Él así se ha dado a conocer por medio de su santa Palabra y por grandes obras; (2) Él nos ha dado las descripciones detalladas de cómo es cual amante Padre, como Espíritu consejero y compañero, y como Hijo que derramó su sangre para redimirnos; (3) Él, por medio de estas aclaraciones, nos permite conocerle como nuestro Dios, aun revelándonos aspectos de su vida íntima trinitaria. Así llegamos a conocerle y a comprenderle —en parte—, ver cómo actúa y apreciar algunos aspectos de su perfecta y gloriosa unanimidad.

La Trinidad en el Antiguo Testamento

Aun un estudio superficial del Nuevo Testamento nos da a

^[2] Recordemos a Sabelio, calificado como hereje en el tercer siglo, era de Roma. Buscando solución al problema de aceptar la deidad de Jesucristo y a la vez mantener el concepto de un solo Dios, inventó la siguiente idea: Hay un solo Dios (negó a Dios en tres personas), pero a través de las edades ese Dios único se ha manifestado de distintas maneras: primero, en tiempos del Antiguo Testamento, como Padre; luego en el Nuevo Testamento, como Hijo, y finalmente, en Pentecostés se manifestó como Espíritu Santo. Esta herejía — más prevalente de lo que quisiéramos admitir— se llama *sabelianismo o modalismo*; es decir, que Dios se muestra de distintos modos en distintos tiempos. Recordemos que tal cosa es imposible, ya que Dios es el mismo, hoy, ayer y por los siglos (Hebreos 13:8).

conocer que la doctrina de la Santa Trinidad se observa a través de sus páginas. No así con el Antiguo Testamento. Un breve repaso nos indica que acá, en esta parte de la Biblia, no es una enseñanza que resalta, pero si hacemos un estudio cuidadoso encontraremos que la realidad de que Dios es trino es verdadera.

Para comenzar, leamos lo que afirma Isaías en el capítulo 42:1. Notemos, primero, la semejanza de estas palabras con las que leímos acerca del bautismo de Jesús en Mateo 3:17: *He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento, he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones.* Aunque las palabras de Isaías fueron escritas 650 años antes del bautismo de Jesús, no hay duda de que son una profecía de aquel evento. En ella Isaías claramente presenta al Hijo —el escogido—, al Espíritu y al Padre que las habla. Ahí lo tenemos, en el Antiguo Testamento, hay evidencia de la Trinidad.

Una referencia que ha intrigado a muchos estudiosos es el nombre que se usa al referirse a la persona de Dios en los primeros capítulos de la Biblia. En el primer versículo leemos: *En el principio creó Dios los cielos y la tierra.* En la Biblia hebrea dice: “En el principio creó *Elhoím* los cielos y la tierra”. En nuestras Biblias —de Génesis 1:1 a 2:4— en lugar del sustantivo *Elhoim*,^[3] se usa el nombre Dios. Pero como la palabra hebrea, *Elhoím*, equivale a “Dioses” (puesto que está en plural), esto ha dado lugar a introducir el concepto de que *Elhoím* (“Dioses”) sugiere la idea de que hay más de una

[3] *Elhoím* es un compuesto hebreo. *El* es la palabra usada en todas las lenguas semíticas para designar a Dios. *Eloah* es la forma singular. *Elhoím* es la plural. Compárese con otros nombres para Dios: *El elyon*, el Dios altísimo de Gn 14:18-22; *El-roí*, el Dios que todo lo ve de Gn 16:13; *El-olam*, el Dios eterno de Gn 17:1, etc. Los judíos argüían que la forma plural, *Elhoím*, se debía entender como una expresión de Dios en toda su plenitud. Algunos, entre ellos el comentarista S.R.Driver así lo tomaba, hasta que se le hizo ver que en hebreo el plural de majestad no se combina con un verbo.

persona en Dios. Por cierto, tal respaldo al concepto trinitario jamás se hubiera visto por un hijo de Abraham, pero para nosotros que lo hemos visto tan claramente en el Nuevo Testamento, podemos argüir que con la palabra *Elhoím* —aunque de forma sutil pero cierta— se introduce la enseñanza de la Trinidad en el mero principio del Antiguo Testamento.

De forma más clara leemos que cuando Dios propone crear al hombre, dice: *Hagamos al hombre a nuestra imagen* (Génesis 1:26). Habla de su persona en forma plural. Un poco más adelante, en Génesis 11:7, cuando los hombres construyen la torre de Babel, Dios habla de su propia persona y dice: *Descendamos y confundamos allí su lengua*. Otra vez se presenta de forma plural. También en Isaías 6:8, luego de revelarse tan gloriosamente al profeta, Dios hace la pregunta: *¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?* Nuevamente Dios se presenta en forma plural.

Otro ejemplo, más velado, aunque significativo, yace en el interesante uso del vocablo *palabra*. Por ejemplo en Génesis 1:3 leemos: “Y *dijo* Dios: Sea la luz”. Dios dice, Dios habla, Dios manda. Para hacer sólo necesita hablar. En todo este primer capítulo vemos a la palabra en acción. Dios *habla* y toda la creación es hecha; habla, y lo que desea se concreta. Precisamente, una vez tras otra en el Antiguo Testamento se dice:

*Porque él dijo, y fue hecho;
Él mandó, y existió* (Salmo 33:9).

La *palabra* (Génesis 1:3, Salmo 33:6; 9; 148:8; Joel 2:11), entonces, puede ser personificada. Llega a ser otra expresión

para designar a la Segunda Persona de la Trinidad, lo mismo que leemos en Juan 1:1-4:

En el principio era el Verbo [palabra], y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Hay otra palabra parecida que también sirve para el mismo fin: sabiduría. La encontramos en pasajes como Job 2:23-27; Proverbios 8:22; y Jeremías 10:12; 51:15. Esta, igualmente, sirve como personificación de la Segunda Persona de la Trinidad:

*Él es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su **sabiduría**, y extendió los cielos con su inteligencia (Jeremías 51:15).*

Esta *sabiduría* procede de Dios, pero a la vez es independiente de Él. Viene del Siervo divino (Jesucristo), por quien todo es creado y poderosamente sostenido y preservado. Sin duda, es otra referencia a la Segunda Persona de la Trinidad, cosa que Pablo confirma en Colosenses 1:15-17, diciéndonos que Jesucristo es:

la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.

De forma muy parecida podemos encontrar referencias al Espíritu Santo en el Antiguo Testamento. Vemos que no sólo se intima la obra y presencia de esta Tercera Persona de la Trinidad, pero que de forma impresionante se establece su presencia y obra (Génesis 1:2; Salmo 33:6; 104:33; Job 26:13; 33:4; Isaías 40:7; 59:19). Además, tenemos unos cuantos textos en el Antiguo Testamento que hablan de los ministerios especiales del Espíritu. Dice Jueces 3:10 que Él da sabiduría y poder: *Y el Espíritu de Jehová vino sobre él, y juzgó a Israel*. Igualmente, otros pasajes indican que Él da poder físico (Jueces 14:6; 15:14), capacidades especiales (Éxodo 28:3; 1 Crónicas 26:12), habilidad para gobernar (Números 11:17; 1 Samuel 16:13), conocimiento y sabiduría (Job 32:8, Isaías 11:2), y que también da santidad y santificación (Salmo 51:12; Isaías 63:10). En fin, los mismos dones que da en el Nuevo Testamento son también dados por el Espíritu de Dios en el Antiguo.

Al tratarse de algunas de esas menciones y personificaciones —tanto del Hijo como del Espíritu— es necesario dar explicaciones (como hemos hecho aquí), pero no cabe duda de que al hacerlo vemos que a través de el Antiguo Testamento hay muchas, aunque a veces son veladas, referencias tanto al Hijo de Dios como al Espíritu Santo.

La Trinidad en la Biblia

Mientras que en el Antiguo Testamento se enfatiza especialmente la verdad de que sólo hay un Dios, notamos que en sus páginas hallamos amplia evidencia —aunque a veces velada— de la actividad incansable de la Santa Trinidad.

Pero a penas abrimos el Nuevo Testamento y de inmediato encontramos referencias a las tres personas de la Trinidad.

Mirando al Nuevo Testamento desde esta perspectiva trinitaria, saltan cuatro grandiosos anuncios, todos en referencia a la actividad especial de nuestro Trino Dios:

1. Dios se ha humanado —en Belén, de la Virgen María, Dios (la Segunda Persona de la Trinidad) asume forma humana y nace en un pesebre.
2. Dios se revela en tres personas —en el Jordán, en el bautismo de Jesucristo, Dios se da a conocer en tres personas, cuando sobre Jesucristo desciende el Espíritu Santo cual paloma, y la voz del Padre afirma su contentamiento con su Hijo. Luego, se declara en todo el Nuevo Testamento la naturaleza trinitaria.
3. Dios el Espíritu se manifiesta —en el día de Pentecostés, después de la ascensión del Hijo al Padre—, y se cumple la promesa del Hijo: *No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros... En aquel día [Pentecostés] vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros* (Juan 14:18 y 20). (Nótese que el Espíritu Santo equivale a la presencia del Hijo y del Padre, ¡no es Él solo!)
4. Dios el Hijo promete su regreso en el día en que Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) traiga la historia a su culminación: *Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los*

muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Tesalonicenses 4:16-17).

Es obvio que en el Nuevo Testamento, con su historia de la Navidad y del Pentecostés, cambiara por completo el entendimiento que se tenía de Dios. En sus páginas no tenemos dificultad en identificar a la Santa Trinidad. Declaramos que de tal manera nos amó el Padre que envió a su Hijo para salvarnos y proveernos todos los beneficios espirituales. Tan grande fue el amor del Hijo que murió sacrificadamente, resucitó y ascendió al Padre para lograr el perdón total de nuestros pecados. Y, tanto se preocupó por nosotros que —junto al Padre— envió al Espíritu Santo para que fuera nuestro incomparable consolador, ayudador, consejero y maestro. Tres personas, cada una divina, cada una obrando, coordinando, trabajando y ayudándonos a cumplir el plan divino para nuestras vidas.

Asimismo, al llegar a conocer estas verdades acerca de las tres personas que componen a Dios —todas de la misma sustancia e iguales en poder y gloria—, sentimos que hemos profundizado en nuestro entendimiento acerca de quién y cómo es Dios. Al saber que es trino, y la manera en que cada persona se relaciona con la otra, vemos algunos aspectos de Dios que normalmente no se tratan. No hemos tratado aquellas cosas que hablan de la grandeza de su persona y de sus obras (sean ellas las maravillosas obras de la creación o los impresionantes milagros que encontramos por toda la

Biblia). Tampoco nos hemos detenido para investigar sus muchos y variados atributos. Más bien, creo, hemos avanzado para conocer aspectos más íntimos del ser o la esencia de Dios; es decir, cosas sumamente sublimes, cosas que pertenecen a la vida íntima de nuestro todopoderoso Soberano.

¿Será que estos aspectos íntimos no deben ser buscados ni conocidos? ¿Será que son solamente aspectos de Dios para aquellos que lo buscan de todo corazón? No, de ninguna manera. Dios los ha revelado en su Santa Palabra, están allí para quien los quiera conocer, para quien los busque, para quien quiera acercarse más a nuestro glorioso Soberano.

En los próximos capítulos nos dedicaremos a aprender más acerca de cada una de las tres personas de la Trinidad, comenzando con Dios Padre. Examinaremos palabras como las de Jesús: *Yo y el Padre uno somos* (Juan 10:30) y *Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar* (Mateo 11:27). Veremos —Dios mediante— algo de lo que significa tener a Dios como Padre, y la relación íntima y maravillosa que debería existir entre Él y sus hijos.

Preguntas de estudio

1. ¿Por qué dice A.W. Tozer, “Lo que viene a tu mente cuando piensas en Dios es lo más importante de ti”?
2. ¿Cuáles son las dos grandes noticias que se proclaman acerca de la Trinidad los primeros capítulos de los Evangelios.
3. ¿Qué nos afirma el nacimiento de Jesús acerca de Dios?
4. ¿Qué segunda enseñanza nos dan los primeros capítulos de los evangelios en relación a Dios?
5. Mencione algunos de los beneficios trinitarios.
6. ¿Puede dar tres razones por las cuales el Nuevo Testamento presenta a Dios como Trino?
7. Mencione algunos de los ejemplos en el Antiguo Testamento donde vemos referencias Directas a las tres personas de la Trinidad.
8. El autor presenta cuatro grandes anuncios del Nuevo Testamento en relación al punto trinitario. ¿Puede repetirlos?

Somos amados
por el Padre a
cuenta de
todo lo que
su Hijo
hizo a
nuestro
favor.





Capítulo 4

Dios, nuestro padre

¡DÍOS ES UNO! En los primeros tres capítulos lo establecimos. Pero, ¡Dios también es tres!, como lo hemos explicado en los capítulos previos. ¿Qué más hemos de aprender?

Ahora es necesario mostrar que cada una de las tres personas —Padre, Hijo y Espíritu Santo— es Dios. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo describir a cada uno? ¿Cómo apreciar la gloria que les acompaña ya que cada una es deidad? Para darnos una idea del reto que esto representa, cito unas líneas de Jonathan Edwards,^[1] de un artículo que tituló: *La naturaleza de la virtud verdadera*, que escribió allá en los tiempos coloniales:

Dios es infinitamente el Ser más glorioso... es infinitamente el Ser más hermoso y excelente. Toda la belleza que se encuentra a través de

^[1] Jonathan Edwards (1686-1712) fue una de las figuras más reconocidas del mundo evangélico en tiempos coloniales, fundador de la Universidad Princeton.

nuestro vasto universo es sólo el reflejo de algunos rayos difusos de ese Ser tan lleno de esplendor y gloria.

Un solo Dios, tres personas que lo componen, cada una de ellas Dios. Sí, pero como veremos, cada una de ellas es distinta, distinguible de la otra. Por ejemplo, en la bendición apostólica claramente se nos indican las diferencias significativas que marcan a cada persona: *La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo...* (2 Corintios 13:14). Para nuestra comprensión será importante tomar en cuenta tales distinciones —y otras que nos muestra la Biblia— a fin de conocer mejor a nuestro Trino Dios. En los capítulos que siguen haremos un breve análisis —no será exhaustivo— pero por lo menos ha de permitirnos apreciar algunas de las cualidades especiales de Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo.

Desde el mero inicio necesitamos recordar que somos criaturas imperfectas, por tanto incapaces de captar totalmente al que en su inmensidad y perfección es incomparable. Nosotros —por virtud de ser creaciones— apenas podemos reclamar cierto parentesco a la imagen divina, puesto que somos una simple reflexión de su inconmensurable refulgencia. ¿Cómo, entonces, atrevernos a pensar que podemos conocer a Dios con alguna medida de satisfacción? Sin embargo, con amable condescendencia, Dios nos ha suplido abundante información en su Palabra. Si no hubiera sido por tal dádiva, viviríamos sólo conociendo a Dios por medio de aquella limitada información que nos presta la naturaleza: *Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder*

y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas (Romanos 1:20).

Reconozcamos, entonces, que el conocimiento de Dios no nos viene fácilmente. Juan Calvino^[2] decía: “Dios balbucea cuando nos habla, parecido a una madre cuando habla con su bebé. Comprende nuestras limitaciones y adapta la información que nos da acerca de sí mismo a nuestras habilidades comprensivas”. Aun con esa adaptación, encontraremos aspectos de su persona que siempre quedarán en el misterio. ¿Cómo entender, por ejemplo, que cada una de las tres personas son “las mismas en sustancia, iguales en poder y en gloria”?^[3] Pero, como deseamos conocer a Dios, lancémonos a ese mar de información bíblica y echémonos a nadar.

En Hechos capítulo 18 leemos acerca de uno de los más interesantes encuentros que tuvo el apóstol Pablo en su larga y singular vida. Era un discurso que dio sobre la persona de Dios en la ciudad de Atenas, centro de la intelectualidad de aquellos días. El encuentro fue con los célebres y siempre polémicos filósofos griegos. Cuenta la Biblia que mientras Pablo estaba allí,

Su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría. Así que discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían. Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la

[2] Juan Calvino en sus *Institutos*, Primer Libro, capítulo XIII, parte 1, p. 43.

[3] *El Catecismo Mayor de Westminster*, pregunta 9, dice: ¿Cuántas personas hay en la divinidad? Hay tres personas en la divinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; estas tres son un eterno y verdadero Dios, las mismas en sustancia, iguales en poder y gloria, aun cuando se distinguen por atributos personales (1 Juan 5:7; Mateo 3:16,17; 28:19; 2 Corintios 13:16; Juan 10:30).

resurrección. Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto. (Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo.) Entonces Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio.

Pablo entonces hace un resumen fenomenal de la persona de Dios. Tomemos nota de los detalles que nos da:

1. *Dios hizo el mundo y todas las cosas que en él hay.*
2. *Dios no habita en templos hechos por manos humanas.*
3. *Dios no necesita de nada.*
4. *Dios es quien da vida y aliento y todas las cosas.*
5. *Dios, de una sangre, ha hecho todo el linaje humano.*
6. *Dios ha fijado el orden y los límites de todas las cosas.*
7. *Dios es Señor del cielo y de la tierra.*
8. *Dios no es honrado por manos de hombres, como si necesitase algo.*
9. *Dios está cerca, pues en él vivimos, y nos movemos, y somos.*
10. *Dios manda a todos los hombres en todo lugar a que se arrepientan.*
11. *Dios no es un ídolo, producto de la imaginación de hombres.*

12. Dios un día juzgará a todo el mundo con justicia.

Si ocurriera que a usted o a mí nos tocara aparecer en parecida situación a la de Pablo, ¿cómo presentaríamos a ese “Dios desconocido”? ¿Dónde comenzaríamos? ¿Cómo lo describiríamos?

En la Biblia encontramos muchos fascinantes detalles de su esencia y naturaleza. Como ilustraciones escogemos algunos: Mateo 11:26 nos dice que Dios es Señor *del cielo y de la tierra*. El Salmo 33:6 explica que es el Creador de todo: *Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca*. En Mateo 11:26 leemos que suyo es *el reino, y el poder, y la gloria*. Efesios 1:19 nos habla de la *supereminente grandeza de su poder*. En Génesis 18:25 se nos dice que es *el Juez de toda la tierra*. En Deuteronomio 32:4 es descrito como *la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud*. Y añade que es *el Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él*. Juan 17:25 nos declara que es *Padre justo*. Romanos 3:26 añade que Dios el Padre *justifica al que es de la fe de Jesús*. Y Pablo en 2 Timoteo 4:8 lo describe como *el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno*.

También llegamos a conocer distintos aspectos de Dios por sus nombres, algunos de los cuales ya mencionamos: Yahweh, Adonay, Kyrios, Elohím, Jehová, El Elyon, El Shaddai, etcétera. Juan 17:3 nos lo presenta como *el único Dios verdadero*. En 1 Corintios 8:6 y 1 Timoteo 2:5 es distinguido por

ser *un solo Dios*. En Juan 20:17 Jesucristo llama a Dios *Padre*. En Hebreos 1:9 leemos que es *Dios tuyo*. En Lucas 9:20, 1 Corintios 3:23 y Apocalipsis 12:10 Jesucristo interesantemente es llamado: *El Cristo de Dios*. Pero en todas estas menciones, hablamos de Dios en general. ¿Qué acerca de Dios el Padre específicamente? ¿Cómo hemos de pensar al acercarnos a Él?

El amor del Padre al Hijo

Cuando estudiamos el Nuevo Testamento vemos que se le añade un énfasis a Dios el Padre que no se observa en el Antiguo. Ahora su nombre oficial es “Padre”, no en sentido ocasional ni general, sino específico. Es *el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (1 Corintios 1:3; 11:31; Efesios 1:3; 1 Pedro 1:3). Este es el nombre propio por el cual quiere ser conocido, precisamente por la relación tan especial que tiene con su Hijo Jesucristo. Por tanto, no hay tema que más nos intrigue que esta relación de amor especial que la Biblia nos revela que existe entre el Padre y Jesucristo.

La relación del Padre con Jesucristo es única —nadie más la tiene ni la puede tener— y es distinta a la que el Padre sostiene con el resto de la creación en general. También es distinta a la relación humana que existe normalmente entre padres e hijos. Dios no es sexual, por tanto no podemos entender esa relación basados en la experiencia humana, en la que un hombre ama a una mujer, les nace un hijo y el padre —en consecuencia— ama al hijo. No, no es así, porque es de Dios de quien hablamos. Por tanto, es la relación de uno que es perfectamente Dios con otro que también es perfectamente Dios. Ahí no entran en juego

elementos humanos, ni emociones, ni reacciones, ni limitaciones humanas. Es algo entre dos que son Dios, cosa que tenemos que calificar bajo misterio. Lo único que podemos hacer es filtrar lo que se nos dice a través de nuestras experiencias humanas, y describirlas con palabras nuestras de todos los días —“amor”, “padre” e “hijo”.

Sin embargo, al apreciar algo de lo que podría ser tal relación, comprendemos mejor por qué, a los doce años de edad, Jesús les dice a su madre María y a José: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?* (Lucas 2:49). Apreciamos igualmente esa voz en su bautismo que dijo: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia* (Mateo 3:17). Entendemos que le sería natural a Jesús explicar: *Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo* (Mateo 11:27) y hablar del reino especial que el Padre le ha asignado como Hijo (Lucas 22:29). También le encontramos sentido a las palabras del Evangelio de Juan donde se nos cuenta cómo Jesús echó a los comerciantes del templo con aquel reclamo tan propio: *No hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado* (Juan 2:16).

Esa relación del Padre con el Hijo también explica cómo —en obediencia— el Hijo pudo abandonar la posición privilegiada al lado de su Padre, según Filipenses 2:6-8: *El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

Además, esta relación explica la interdependencia que existía entre el Padre y el Hijo, como dice Juan 14:10: *¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?* Hay una incorporación, o una profunda interconexión corporal entre el Padre y el Hijo, cosa que ni permite separación ni independencia. Calvino en su comentario sobre estos versículos del Evangelio de Juan, declara: “Aprendemos que Cristo está totalmente en el Padre y el Padre totalmente en Cristo. En suma, el que cree poder separar a Cristo de la divinidad del Padre no comprende que este [Hijo] realmente es Dios”.

Jesucristo mismo explica esta relación tan única que tiene con su Padre:

No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió (Juan 5:19-23).

Y muestra la total interdependencia que existe entre Él y su Padre:

No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre (Juan 5:30).

El deseo de Cristo es complacer al Padre que tanto le ama:

Así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas... Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo... Este mandamiento recibí de mi Padre (Juan 10:15-18).

A cuenta de esa relación tan única es que en Romanos 15:6; 1 Corintios 15:24; 2 Corintios 1:3; Gálatas 1:3; y Efesios 1:3 Dios es llamado el *Padre de nuestro Señor Jesucristo*.

Es sumamente impresionante esta relación del Padre con el Hijo. Es algo ajeno a la esfera humana. Nosotros —quizás por nuestro orgullo e interés propio— no podemos visualizar tal tipo de amor y devoción tan perfecta. Al considerarla, nos llena de admiración. Nos permite comprender la perfecta cohesión, compañerismo, amor y comunión que existe entre las personas de la Trinidad. También nos permite apreciar que esta armonía, gozo y gloria ha existido en la Trinidad por toda la eternidad. A la vez, crea ansiedad y deseo, ya que queremos experimentar ese mismo tipo de unión y amor tan exaltado (en contraste nuestro “amor” acá, entre humanos, no tiene el mismo brillo ni calor, está tan manchado y carente de calidad y pureza). ¿Será posible que tan exaltado amor por parte del Padre pueda llegar a ser nuestro? ¿Qué comprenderá la frase que encontramos en 2 Corintios 6:18: *Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso?* ¿Será posible que ese amor del Padre se extienda hacia nosotros?

Creados a imagen de Dios

Al tratar el tema del amor del Padre por nosotros los humanos, comenzamos recordándonos que fuimos creados “a imagen de Dios”. Aprendemos que esa creación no fue a la ligera. Hubo primero una consulta: *Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra* (Génesis 1:26). En otras palabras, Dios no nos creó a la ligera, no fue que dijo así en términos generales: “¡Que haya un universo y que contenga gente!” Sino que previo a nuestra creación hubo una consulta, una reflexión divina. Y a pesar de que existen suficientes evidencias de que somos meras criaturas (por ejemplo, fuimos creados del polvo de la tierra, y no hubo un día exclusivo que nos dio Dios a nosotros, sino que fuimos creados el mismo día que los otros animales), sin embargo Dios nos diferencia de toda otra cosa al indicar que fuimos creados luego de una deliberada consulta del Trino Dios.

Y hay algo más, nos dice el texto que fuimos hechos “a imagen de Dios”. Claramente quiere decir que cargamos con la imagen de nuestro Dios —un Dios en tres personas. Implica que, como Dios, nos expresamos en la diversidad, que cada uno de nosotros tiene distinciones particulares, que cada uno tenemos nuestra personalidad. Además, igual que el Dios Trino participa de un compañerismo inquebrantable, porque nos hizo a su imagen, nosotros somos seres sociales, que necesitamos compañerismo, que encontramos felicidad en familia, que la vida monástica no nos es agradable.

Otra cosa, como nos dice la Biblia, que de *una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres* (Hechos 17:26), todos venimos del mismo tronco. No importa si somos varón o hembra, latino o anglo, chino o ruso, blanco o moreno, rubio o trigüeño la misma sangre fluye por todas nuestras venas. Todos sin excepción cargamos con la imagen de Dios, no importa si somos ricos o pobres, libres o esclavos, sabios o tontos, empleados o desempleados, exitosos o fracasados, magnates o mendigos, enfermizos o sanos.

Al leer Génesis capítulo dos es inevitable darnos cuenta de dos cosas: lo que significa haber sido creados a su imagen y cuánto nos ama Dios. Hay índices de esto en todo el capítulo, por ejemplo, no dejó a nuestros primeros padres a la intemperie como a los animales. Vemos que Dios les hizo un hermoso hogar a la orilla de un río, que lo rodeó de increíbles árboles y lo adornó con flores exquisitas y frutas de toda variedad. Luego puso toda clase de animales y aves. Podemos estar seguros de que aparte del paraíso que nos espera allá en el cielo, no ha habido hogar más bello que aquel que les dio Dios a Adán y Eva.

Es importante recordar que para que se dieran cuenta de quiénes eran y a quién le debían todo, les impuso una muy importante restricción: *No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal*. Por algunos años vivieron en ese paraíso sirviendo y adorando al Dios, *que se paseaba en el huerto al aire del día* con ellos (Génesis 3:8).

La Biblia no nos dice cuándo fue que la serpiente tentó a Eva. Quizás fue un día especial cuando la mujer se dejó llevar por su curiosidad y se acercó al árbol prohibido para

examinar su fruta. Sin duda lo que Adán y Eva buscaban era la explicación de la prohibición. Aprovechándose de esa curiosidad Satanás apareció con la tentación. El caso es, como nos cuenta la Biblia, que ella le prestó atención a sus falsas insinuaciones. Eva *vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella* (Génesis 3:6). Y todos conocemos la consecuencia: *el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres... por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres* (Romanos 5:12,18).

La terrible consecuencia —drástica separación de Dios que no puede ver el pecado— la explica Isaías 59:2: *Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro...* El pecado instantáneamente separó a nuestros primeros padres de Dios (igual que nos distancia a nosotros). Como afirma la Biblia: *Muy limpio eres de ojos para ver el mal* (Habacuc 1:13).

Pero por terrible que fuera, el pecado no pudo separarnos del amor de Dios el Padre: *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna* (Juan 3:16). Es a cuenta de ese increíble amor que Pablo da gloria y agradecimiento especial en el primer capítulo de su carta a los efesios:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes

de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predeterminado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado...

Encontramos aquí que la clave para arreglar aquella rota relación con nuestro Padre —la que Adán y Eva rompieron tan abruptamente y que nosotros rompemos por nuestras transgresiones— reside en Cristo Jesús, debido al gran amor del Padre por nosotros que ahora estábamos perdidos. Es decir, una vez que nuestros primeros padres pecaron la consecuencia para ellos y para todos sus descendientes fue la *muerte*. El pecado no sólo obligó a una separación con Dios, ahora el castigo para todo hombre era la *muerte*, es decir: separación eterna de Dios. Dice Ezequiel 18:4, 20: *El alma que pecare, esa morirá*. Por tanto, no había posibilidad de escape de esa condenación para nadie, a no ser que alguien se ofreciera a sufrir el castigo capital en su lugar. Precisamente, eso fue lo que el Padre le pidió a su Hijo que hiciera. Y en obediencia y amor Jesucristo obedeció al Padre y vino a la cruz a morir por nosotros, como dice Isaías 53:5-6: *Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*.

La pregunta que queda es ésta: ¿Y cómo fue todo eso posible? Nos dice 1 Juan 17: *La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado*. ¿Cómo?

Cómo llega Dios a ser Padre nuestro

Hay un dicho romano antiguo que ha sobrevivido los tiempos: *Mater semper certa; pater est quem nuptiae demonstrant* (La madre siempre es cierta, padre es quien el matrimonio demuestre). No hay duda de que por todas partes hay muchos padres que tratan de esconderse y de encubrir su identidad, algunos de ellos solo se descubren con pruebas de su ADN.

No así con Dios nuestro PADRE eterno. Desde toda la eternidad Él se ha identificado como PADRE. Como ya vimos, deliberadamente escogió tomar “PADRE” como nombre propio. Pero no nos olvidemos que ese nombre por encima de todas las cosas corresponde a la relación especial que tiene con su Hijo Jesucristo. Sin embargo, con su paternidad Dios ha querido incluir a todos aquellos que han sido redimidos por la sangre de su Hijo amado.

Al decir esto, aclaremos de una vez que el Dios de los cielos no es el PADRE de todo el mundo. Ni aun de aquella gente que vivía en los días del Antiguo Testamento. De aquellos el mismo Dios por boca de Moisés dijo a Faraón: *Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva...* (Éxodo 4:22-23). Sólo los hijos de Abraham podían proclamar al Altísimo Dios como PADRE. Igual que en el Nuevo Testamento, leemos que hay un grupo específico que puede llamar a Dios Padre: *Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús... porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos... Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois* (Gálatas 3:26-28). Repetimos: la Biblia es enfática al decir

que únicamente aquellos que tienen a Cristo como Salvador tienen a Dios como PADRE. Jesús dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí* (Juan 14:6). Vemos, pues, que para que exista un nexo entre los seres humanos, Dios ha establecido un proceso.

Para decirlo de otra manera, aunque Dios superlativamente es PADRE, no todo el mundo es hijo. Todo el que quiere ser ahijado tiene que pasar por el proceso que se conoce como adopción. La Biblia nos dice en Gálatas 4:4-6: *Dios [el Padre] envió a su Hijo... para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*. El apóstol Juan lo dice con estas palabras: *Mas a todos los que le recibieron [a Jesucristo, el Hijo amado del Padre], a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios* (Juan 1:12). Para tener a Dios como PADRE primero tenemos que haber sido adoptados por Él, y esa adopción viene como resultado de haber proclamado la salvación provista por la muerte sustitutoria de su Hijo en la cruz. En Efesios Pablo repite el mismo requerimiento: *En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo* (Efesios 1:5).

Adopción es el proceso por el cual uno que no es hijo es prohijado, o puesto bajo el cuidado de padres no biológicos. Bíblicamente hablando, de ser hijos naturales de Adán y Eva ahora pasamos a ser ahijados de Dios. De paso, esto nos ayuda a entender por qué aun siendo hijos de Dios tenemos problemas con el pecado. Todos llevamos los genes de Adán: *Porque así como por la desobediencia de un hombre [Adán] los muchos fueron constituidos pecadores* (Romanos 5:19). Eso

explica por qué nos afecta la tentación, los vicios y la maldad. Nos explica por qué tenemos tantos problemas morales. Sin embargo, Dios el Padre nos dio el perfecto remedio: *Así también por la obediencia de uno* [Jesucristo], *los muchos serán constituidos justos* (Romanos 5:19). Ahora que hemos sido adoptados por el Padre celestial —basado en lo que Cristo hizo por nosotros—, hemos recibido la potestad [el poder o la fuerza del todopoderoso Padre] *de ser hechos hijos de Dios* (Juan 1:12). Como dice Colosenses 1:27 en referencia al poder de Cristo para ayudarnos a vencer el pecado: *Cristo en vosotros la esperanza de gloria*, o la idea de que estamos totalmente protegidos por Dios: *Porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Colosenses 3:3). Todo esto nos viene al ser adoptados como hijos de Dios.

El gran expositor bíblico, J.I. Packer,^[4] dice que “la adopción es un concepto relacionado con la familia, concebida en términos de amor, y que ve a Dios como Padre. En la adopción Dios nos recibe en su familia y en su comunión y nos coloca en la posición de hijos y herederos suyos”. Y añade que “la intimidad, el afecto, y la generosidad están en la base de dicha relación”. Ya que hemos apreciado el gran amor del Padre hacia su Hijo Jesucristo, pensemos en lo grandioso que tiene que ser la aplicación de ese infinito amor a nosotros.

Me tocó hace unos años ayudar a una familia en California a adoptar a dos niños chilenos. Me interesó, luego de todo el papeleo legal, observar los cambios radicales que inesperadamente sobrecogieron a aquellos dos niños, un

^[4] J.I. Packer, *Hacia el conocimiento de Dios*, Editorial LOGOI, 1997, p. 235.

varoncito y una niña. Habían estado viviendo en situaciones precarias, sin la debida alimentación, sin recursos, y sin el amor ni el cariño de sus padres. Sin que ellos comprendieran todo lo que les sucedía, los niños fueron arrancados de la penuria a que se habían acostumbrado, sacados de su patria y alejados de todo lo que conocían, para vivir en California, con otro idioma, costumbres y padres. De la pobreza saltaron a la riqueza, de la destitución a un palacio. Ahora, como hijos, tenían amor, hogar, protección, futuro y herencia —sobre todo, padres que les amaban y estaban dispuestos a hacer todo lo necesario para que fueran felices. Ahora el mayor de ellos tiene 23 años de edad, es grande, fornido, educado, con carrera, seguro de sí mismo, y alegre. Hace poco un amigo de la familia le preguntó si se acordaba de sus padres chilenos. “¿Cuáles padres?”, respondió. “Yo solo tengo un padre, que se llama Glenn, y una mamá, que se llama Linda”.

Así de parecido nos ha sucedido a nosotros. Como hijos de Adán vivíamos en el mundo, sin esperanza, sin paz y sin Dios. Ahora, por el proceso de adopción, somos “Hijos de Dios”. Quizás la famosa Confesión de Westminster nos ayude a comprender algo de nuestros muchísimos beneficios. El capítulo 12, que explica la adopción, declara que “Dios se digna conceder a todos aquellos que son justificados en y por su Hijo Jesucristo, que sean partícipes de la gracia y la adopción”, y numera los siguientes beneficios:

1. Por la cual ellos son contados dentro del número y gozan de las libertades y privilegios de los hijos de Dios (Efesios 1:5; Gálatas 4:4-5).

2. Están marcados con su nombre (Romanos 8:17; Juan 1:12).
3. Reciben el espíritu de adopción (2 Corintios 6:18; Apocalipsis 3:12).
4. Tienen acceso al trono de gracia (Romanos 8:15).
5. Están capacitados para clamar: Abba, Padre (Efesios 3:12; Romanos 5:2).
6. Son compadecidos (Gálatas 4:6).
7. Protegidos (Salmos 103:13).
8. Provistos (Proverbios 14:26).
9. Y corregidos por Él como un Padre (Mateo 6:30,32; 1 Pedro 5:7).
10. Sin embargo, no son desechados (Hebreos 12:6).
11. Sino sellados para el día de la redención (Lamentaciones 3:31).
12. Y heredan las promesas (Hebreos 6:12).
13. Como herederos de la salvación eterna (1 Pedro 1:3,4; Hebreos 1:1).

Nuestros beneficios son increíbles. *Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios* (1 Juan 3:1-2). ¡Qué incomparable amor!

La parte que juega el Espíritu Santo

Hay un aspecto de nuestra adopción que no podemos ignorar. Tiene que ver con el Espíritu Santo. Advirtamos el nombre especial que el Nuevo Testamento le da al Espíritu Santo: “Espíritu de adopción”. Leemos en Romanos 8:15: *No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el **Espíritu de adopción**, por*

el cual clamamos: Abba, Padre. La misma idea se encuentra en Gálatas 4:6: Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: Abba, Padre.

Hagamos cuenta de lo que hemos estado diciendo desde el inicio de este estudio, que sólo hay un Dios y que este Dios se revela en tres personas. Al hablar específicamente del Padre, ha sido indispensable tratar con la relación del Padre con el Hijo. Vimos, al ampliar sobre esa relación, que a consecuencia de ese amor se hizo posible nuestra adopción como hijos. Ahora encontramos que también contamos con algo que hace el Espíritu Santo. Él, como “Espíritu de adopción”, lo hace posible. Es decir, aun en nuestra “adopción” obran interrelacionadamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Este concepto es importantísimo, puesto que hay muchos malos entendidos en cuanto a la manera en que el Espíritu Santo hace su obra en nosotros.

Jesús, cuidadosa y detalladamente, especificó cuál sería el ministerio del Espíritu Santo:

1. Enseñar todo lo que Cristo nos ha mandado (*Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho — Juan 14:26*).
2. Convencernos de nuestra pecaminosidad y llevarnos al arrepentimiento (*Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más;*

y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado —Juan 16:8-11).

3. Enseñarnos las verdades que Dios ha revelado en la Biblia para que como iglesia vivamos el evangelio (*Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber —Juan 16:13-15).*

Pero muchos ignoran ese ministerio, quizás pensando que esas cosas que prometió Jesucristo no parecen interesantes, ni lo suficientemente dinámicas y revolucionarias como para motivarles. Quieren que su cristianismo sea algo explosivo, vivo, lleno de poder, con milagros y señales, gozo, excitación y excentricidades. Piensan que vivir en el Espíritu tiene que significar algo sensacional, sobrenatural. Por ejemplo, cuando se les habla acerca de la Reforma Protestante del siglo 16, con Lutero y Calvino, no entienden lo que realmente ocurrió. Les parece que ese período de la historia habla de un cristianismo sin mucho sentido, lo ven como un período en el que todos los creyentes se satisfacían leyendo la Biblia, estudiando doctrinas, escuchando sermones tediosos y viviendo bajo un montón de reglas morales. No pueden imaginarse que aquella gente vivió feliz y satisfecha, con el verdadero significado del evangelio. No pueden imaginarse vivir bajo ese estilo de cristianismo.

En su cabeza tienen la idea de que “vivir en el Espíritu” es algo maravilloso, algo mágico, electrizante, que les da una fuente de poder inagotable, con la que pueden vencer cualquier obstáculo, curarse de cualquier enfermedad, encontrar cualquier cantidad de dinero y escapar a todo tipo de pesadumbre. Así se van en pos de cualquiera que proclama ese tipo de sobrenaturalismo, probando esto y aquello, pero siempre encontrándose desilusionados, como los que han sido engañados por un espejismo.

Precisamente, lo que tienen que comprender es qué fue lo que Jesucristo quiso decirnos cuando nos habló del ministerio del Espíritu Santo. Tienen que entender que el Espíritu Santo nos ha sido dado como el “Espíritu de adopción”. Es decir, que su tarea y propósito es hacernos saber cuál es el significado de nuestra responsabilidad filial con nuestro Padre celestial. Pensemos por un instante en lo que quiere decir Pablo cuando nos indica: *No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el **Espíritu de adopción**, por el cual clamamos: Abba, Padre* (Romanos 8:15).

Hay cosas —especialmente religiosas— que esclavizan. Pero si algo esclaviza, no es obra del Espíritu Santo. La esclavitud es lo que produce una religiosidad falsa. El Espíritu Santo, más bien, nos libera. Especialmente nos libera de las cadenas del pecado y nos da el poder para vencer cualquier hábito y costumbre abrumadora. Nos muestra el gozo y la gran libertad que tenemos ahora que somos “hijos” de Dios, con todos los privilegios que eso implica. Cuando sabemos que somos “hijos”, entonces verdaderamente podemos

llamar a Dios Padre. Cuando de corazón podemos llamarle “Padre” es que comenzamos a sentir su amor y a experimentar los beneficios reales de ser “hijos de Dios”. Nótese que todo esto que acabamos de decir es la obra del Espíritu Santo, de quien Pablo llama el “Espíritu de adopción”.

Esa obra tiene tres aspectos:

1. Mostrarnos que realmente somos “hijos” adoptados por Dios el Padre. Es decir, nos da fe, seguridad y gozo, al convencernos de que hemos sido salvados por la sangre de Cristo, que nuestros pecados han sido totalmente perdonados, y que ahora verdaderamente somos “hijos de Dios” por la gracia de Cristo Jesús —no importa lo que éramos, ni cómo nos sintamos.
2. Convencernos de que Dios es en verdad nuestro Padre, haciéndonos ver que realmente podemos confiar en Él, y llegar a Él con nuestras peticiones, y saber que como Padre nos oye, y amorosamente nos contesta de acuerdo a su perfecta voluntad. Esto es lo que significa *el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre.*
3. El Espíritu de adopción nos va mostrando —al enseñarnos y recordarnos todo lo que nos dice Jesucristo en su Santa Palabra— lo que significa ser “hijo de Dios”. Va obrando en nuestras vidas, conformándonos a la imagen de Cristo, guiándonos por las sendas de justicia y santificándonos. Así, progresivamente, nos da el estilo de vida y la conducta de vida que corresponde a un “hijo de Dios”.

A modo de conclusión

Hay tanto que podemos decir acerca de Dios nuestro Padre. Podríamos escribir un capítulo entero sobre cada uno de sus muchos atributos: su infinitud, su inmutabilidad, su omnipotencia, su trascendencia, su fidelidad, su justicia, su misericordia, su soberanía, su santidad o aun su incomparable amor. Lo que hemos querido hacer en este capítulo es llegar a conocer algo de su paternidad: ¡la maravilla de que nuestro glorioso y majestuoso Dios se haya querido llamar nuestro Padre celestial!

Concluimos con unos pensamientos de Baltasar Estrazo, poeta español que en el siglo diecisiete escribió unas líneas acerca de lo que significa ser amado por Dios nuestro Padre:

Con vuestro amor, es sabio el ignorante;
Sin vuestro amor, es necio el más prudente;
Con vuestro amor, se absuelve el delincuente;
Sin vuestro amor, varía el más constante.

Con vuestro amor, el rudo es elegante;
Sin vuestro amor, culpable el inocente;
Con vuestro amor, festivo el displicente;
Sin vuestro amor, lo humilde es arrogante.
Con vuestro amor, es claro el más oscuro;
Sin vuestro amor, es nada al que más sobre;
Con vuestro amor, es justo el más inicuo.

Sin vuestro amor, es torpe el más puro;
Con vuestro amor, es rico el que es más pobre;
Sin vuestro amor, es pobre el que es más rico.

Preguntas de estudio

- 1 Repita los tres distintivos encontrados en 2 Corintios 13:14 que el apóstol Pablo asigna a cada persona de la Trinidad.
- 2 En Hechos 18, Pablo hace un resumen de la persona de Dios. ¿Puede enumerar algunos de los puntos?
- 3 ¿Por qué cree usted es importante para nosotros conocer la íntima relación que existe entre el Padre y el Hijo.
- 4 ¿Cómo llega Dios a ser Padre de nosotros los pecadores?
- 5 ¿Por qué es importante para nosotros como hijos e hijas de Adán y Eva comprender que nuestra relación con Dios es a través de la adopción?
- 6 ¿Cuáles son algunos de los beneficios de la adopción?
- 7 ¿Cuál es la función del Espíritu Santo en efectuar nuestra adopción?
- 8 ¿Qué hizo Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) para efectuar nuestra adopción como “Hijos de Dios”?
- 9 Mencione algunos de los conceptos nuevos que haya aprendido en este capítulo.



Con amor vino a este mundo para salvarnos de nuestro pecado pero, tristemente, muchos lo rechazaron.





Capítulo 5

Jesucristo es Dios

CUANDO LLEGAMOS A CONSIDERAR A LA PERSONA DE JESUCRISTO, inevitablemente tenemos que comenzar defendiendo su divinidad, puesto que es contra Él y sus seguidores que han venido toda clase de ataques.

Por ejemplo, cuando comenzó a extenderse el cristianismo por el Imperio Romano en el primer siglo, los ataques vinieron de los mismos césares. Hay un relato impresionante contado por un senador e historiador romano llamado Tacitus (56-117 d.C.). Él escribió dos libros y en uno, *Anales*, relata la persecución lanzada por Nerón contra los cristianos. Dice que en el año 64 d.C. hubo un incendio catastrófico en Roma. Se cree que el propio Nerón prendió el fuego y culpó a los cristianos, ya que por su estilo de vida y creencias se habían vuelto impopulares. Tacitus cuenta que Nerón hizo

un deporte de ellos, cubriendo a algunos con pieles de animales y luego echándoles los perros hasta que los mataban. A centenares más mandó a clavar sobre cruces elevadas en las vías más transitadas. Al oscurecerse, los cubrían de aceite y les prendían fuego. Cuenta que muchos terminaron como lámparas vivas alumbrando los jardines alrededor del palacio de Nerón.

Ser cristiano en Roma llegó a ser tan peligroso que comenzaron a hacer sus reuniones secretas en las famosas catacumbas. Para identificarse usaban símbolos que a ojos romanos no fueran evidentes, como el del pez (*ichthys*, en griego). Cualquier interesado en más detalles puede ir al *Libro de los Mártires* por John Fox, o al Internet y buscar detalles de la persecución de los cristianos, en particular las más crueles persecuciones emprendidas por los emperadores romanos: Domiciano, alrededor del año 95; Trajano, en el año 107; Marcos Aurelio, el año 167; Séptimo Severo, año 202; Máximo Trax, año 236; Decio, año 250; Valerino, año 258; y Diocleciano, en el 303, que fue uno de los más crueles de todos.

Los primeros en oponerse a Jesucristo, sin embargo, no fueron romanos sino judíos. En su detallado evangelio Juan el Apóstol lamenta: *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron* (Juan 1:11). Es importante anotar que ese rechazo de Cristo vino a pesar de sus milagros, sus claras proclamas, sus ordenados pronunciamientos y todas las evidencias de divinidad exhibidas. Ciertamente por lo que dijo, por lo que hizo y por su intachable vida, Jesús dio pruebas irrefutables de que era el prometido Mesías, el Hijo eterno de Dios, del cual

todo el Antiguo Testamento había profetizado. Jamás trató de encubrir quién era. Día tras día Jesús hablaba con todos en el templo, explicaba por qué había venido, quién era, incluso la relación especial que tenía con Dios su Padre: *Yo y el Padre uno somos*. La reacción de sus conciudadanos era increíblemente hostil. No podían aceptar que ese Jesús, nacido de María, que vivía entre ellos en el pueblo de Nazaret, cuyos hermanos y hermanas conocían, pudiera ser el santo Hijo de Dios. Lo que reclamaba, para ellos, era blasfemo. Con odio visceral tomaron piedras para apedrearle. Y el texto añade:

Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios (Mateo 10:31-33).

Efectivamente, por ese reclamo, de que era divino, el populacho y el Sanedrín judío lo condenaron ante Pilato. Dice el evangelio que lo mandaron a la cruz porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios (Juan 19:7).

Las preguntas sobre Jesús siguen

En el libro de los Hechos los apóstoles relatan la historia de los comienzos del cristianismo. Allí cuentan que aun después de la muerte, resurrección y ascensión del Señor Jesucristo la oposición siguió. Ahora, sin embargo, fue contra ellos, los seguidores de Jesús. La gente incrédula —tanto judíos como gentiles— rehusaba aceptar sus afirmaciones acerca de Jesús. Nótese que el gran sermón de Pedro en el Día de Pen-

tecostés no fue una defensa del Espíritu Santo sino del mismo Señor Jesucristo (Hechos 2:22-36):

Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; el cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella... Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

Cuando leemos las epístolas de los apóstoles vemos que la oposición siguió durante toda la vida de ellos. Algunos de los mismos opositores seguramente se consideraban cristianos, pero a la vez (quizás clandestinamente) reemplazaban la verdad de Cristo con otras creencias. Tenían, dice Pablo, *la apariencia de piedad, pero negaban la eficacia de ella, añadiendo, a éstos evita* (2 Timoteo 3:5). Escribiendo a los Gálatas, dice: *Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema* (Gálatas 1:6-8). Acerca de otros Juan el Teólogo dijo: *Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron*

para que se manifestase que no todos son de nosotros (1 Juan 2:19). A estos denuncia claramente como anticristos (1 Juan 2:18), y manda a los que son fieles que no tenga nada que ver con ellos: *Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!*

Los ataques contra Cristo han persistido hasta hoy. Tomemos como ejemplo algunos de los teólogos cristianos de la talla de Martín Heidegger (1889-1976), Paul Tillich (1886-1965) y Xavier Zubiri (1889-1983). Ellos hablan de la búsqueda dedicada que hicieron del “Cristo histórico”. Da risa, sin embargo, porque con eso querían decir que cuestionaban la veracidad de lo escrito en el Nuevo Testamento y buscaban información sobre Cristo en fuentes seculares que opinaban eran más fidedignas. Los llamamos a ellos y otros personajes parecidos “liberales”, o los de la “Teología liberal”.^[1] Al leer sus opiniones y conclusiones vemos que son obvias todas las enormes dudas expresadas acerca de la divinidad de Jesucristo y la autoridad de la Biblia.

Bien fresco en nuestras memorias están el libro y la película de Dan Brown, *El Código Da Vinci* (la película se estrenó en mayo del 2006). Bajo un manto de investigación histórica, Brown pretendió contar verdades nunca antes reveladas acerca de Jesucristo. El propósito tanto del libro como de la película, sin embargo, fue desacreditar a Cristo y nuevamente hacer florecer las falsas ideas agnósticas creadas en el segundo siglo. Esta obra de ficción presenta a un profesor de simbología (Robert Langdon) y una miembro del departamento de criptología en Francia (Sophie), que investigan un asesinato (Jacques Saunière, curador del museo del

^[1] La Teología liberal se califica como tal en dos áreas: (1) el rechazo o cuestionamiento a los dogmas tradicionales del cristianismo, y (2) el cuestionamiento de la veracidad de la Biblia (nace con lo que se llama la “alta crítica” bíblica). Pareciera que el deseo de los que siguen esas posturas es una forma de cristianismo sin dogmas, libre de trabas o impedimentos basados en doctrinas o credos tradicionales, a la vez que buscan aceptación como ortodoxos.

Louvre). Lo que hace la trama interesante es la manera en que conectan este asesinato con un supuesto misterio nunca antes revelado en cuanto a que Jesús era casado con la Magdalena y tenía varios hijos.

Para que veamos lo crucial que es tener una doctrina correcta acerca de Jesucristo, al final del capítulo hemos puesto una lista abreviada de herejías históricas. Un repaso rápido de esa lista mostrará lo valioso que es tener un concepto correcto y bíblico de la persona de Jesucristo. Cualquier desviación por ligera que sea puede llevarnos al punto de negar su divinidad, y con esa negación hacer inefectiva la salvación que nos prometió.

¿Qué lugar ocupa Jesucristo?

Al darnos cuenta de toda la controversia que circula alrededor de la figura de Jesucristo, nos percatamos de cuán importante es tener un entendimiento claro y correcto acerca de quién es Jesucristo, y —puesto que creemos que es Dios en verdad— cómo se relaciona con las otras dos personas de la Santa Trinidad. Podríamos añadir algo más: ¿qué lugar debe ocupar en nuestros corazones? Esa es la propuesta de este capítulo.

Me parece ver dentro de la iglesia evangélica hoy una tendencia a jerarquizar a las personas de la Santa Trinidad, dándole a cada una un rango de importancia particular. Por lo que más se oye, pareciera que es al Espíritu Santo el que se considera más relevante. Por doquier se oye hablar de Él y se ve celebrar sus hazañas. Después, en orden de importancia, pareciera estar el Padre —nombre que se repite con

bastante frecuencia. Y, por último, se tendría que colocar a Jesucristo.

Es interesante observar que hay una Biblia dedicada al Espíritu Santo, *La Biblia Plenitud*. ¿Por qué será que no hay una dedicada exclusivamente al Padre? En cuanto al Hijo, muchas Biblias tienen todas sus palabras en rojo, como si las palabras de Él fueran las más importantes o más inspiradas de la Biblia.

Obviamente, hablo con cierto sentido de humor. Al tratarse de la religiosidad popular de nuestros días, no me creo muy fuera de base. ¿Por qué será que a Jesús le dan tan poco énfasis hoy? Al escuchar la radio y ver la televisión cristiana, no hay duda de que el más celebrado y comentado es el Espíritu Santo. Quizás es que se piensa que es el que controla el poder divino, reparte los dones y talentos, y unge a ciertas personas con poder especial para ser exitosos. El Padre, al parecer, lo han colocado en segundo lugar, quizás porque recuerdan que es el Todopoderoso, el dotado de amor, y el que propiamente bendice con sanidad y prosperidad a los que le complacen y alaban con entusiasmo. Pero, ¿por qué colocarán a Jesucristo en tercer lugar? ¿No fue Él el que vino al mundo, murió por nuestros pecados y nos ganó la entrada al cielo? Si la gente quiere que su destino sea el cielo, ¿por qué será que le dan tan poca importancia?

Cuando vamos a la Biblia de inmediato notamos que es Cristo Jesús el que recibe los grandes tributos y honores. No es porque sea más importante que el Padre o el Espíritu. No es porque sea más poderoso, ni más virtuoso, ni más valioso que el Padre o el Espíritu. Es a cuenta de la obra salvadora,

acto tan especial que realizó a favor de la humanidad perdida, obra que sólo como Hijo de Dios pudo haber realizado. Apocalipsis 5:9-14 explica que Jesucristo *es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza*. Y la razón es más que clara. *Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.*

Nuestras bases bíblicas

Bien se ha dicho: “La Biblia es la historia de la redención, de cómo el Hijo de Dios vino al mundo para rescatar y salvar a los pecadores”. Para entender su mensaje y apreciar todo lo que significa Jesucristo para nosotros los pecadores, hay cinco pasajes en el Nuevo Testamento que son clave. Cada uno habla de la importancia de Jesucristo, de lo que significa para nosotros los pecadores, y de lo que ha hecho para merecer tanta gloria. Los pasajes son Filipenses 2:5-11, Colosenses 1:15-20, Juan 1:1-18, Hebreos 1:1-4, y 2 Timoteo 2:11-13.

El primero es Filipenses 2:5-11:

Haya, pues, en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús, el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios

también le exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Hagamos un sencillo repaso de lo que nos dicen estos textos. Comienzan estableciendo la divinidad de Jesucristo (presentándole en el cielo antes de su venida al mundo en forma de Dios e igual a Dios). San Pablo entonces enumera los pasos extraordinarios que dio Jesucristo para lograr nuestra redención:

1. *Se despojó a sí mismo*: esto implicó una humillación tan exagerada que le obligó a abandonar todos sus privilegios divinos. No quiere decir que dejó de ser Dios ni que cambió su divinidad por humanidad, sino que renunció a sus privilegios celestiales —incluso a la gloriosa presencia de su Padre—, para poder asumir el título de Salvador suyo, mío y de todos los pecadores.
2. *Tomó la forma de siervo*: siendo Dios eterno, Jesucristo asumió la actitud de un esclavo, poniendo su vida entera a la disposición de nosotros.
3. *Haciéndose semejante a los hombres*: es decir, para poder dar su vida por nosotros tuvo que hacerse humano, de pura sepa, por eso nació de la Virgen María (de otra forma no pudiera habernos representado ante el Padre).

4. Por último, habla de su condición *de hombre*, porque fue necesario que como hombre obedeciera totalmente a Dios, y que como hombre llegara a la *muerte* como nuestro representante ante Dios. Es fascinante que añada la frase: y *muerte de cruz* (el tipo de muerte más vergonzosa que un ser humano podía sufrir), demostrando hasta dónde llegó por nosotros.

Todo eso lo hizo Jesucristo por nosotros, fueron los pasos indispensables para ganar nuestro perdón y favor ante el santo y puro Padre.

Así, de forma resumida, nos habla este pasaje acerca del glorioso plan de salvación, ampliando detalles sobre el gran sacrificio de Jesucristo por nosotros: una humanidad perdida y sin esperanza. El proceso comenzó debido al amor incomprensible de Dios el Padre que dio a su propio Hijo amado como propiciación por nuestros pecados (Juan 3:16). Y sin esa obediencia por parte de Jesucristo jamás habiéramos encontrado salvación. Este, entonces, fue el plan completo del Padre:

1. Que su Hijo amado diera su vida en sustitución nuestra.
2. Que ese Hijo muriera recibiendo el castigo de muerte que merecíamos.
3. Que esa muerte sustitutoria sirviera para perdonarnos totalmente de nuestros pecados.
4. Que esa muerte nos garantizara (a los que creyésemos en lo hecho por el Hijo) el derecho

de compartir con Dios la incomparable herencia que le pertenecía al Hijo por toda la eternidad.

Por esa incomparable humillación, por esa incomparable obediencia, por ese incomparable amor y por esa incomparable muerte (acto tan extraordinario, tan excelente, tan singular, tan único que cambió por completo toda la historia humana) el Hijo de Dios ha sido incomparablemente exaltado.

San Pablo ahora nos da otra lista, los honores que el Padre ha dado a su Hijo:

1. *Un nombre que es sobre todo nombre.*
2. *La demanda de que toda rodilla... en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra... se doble ante Él.*
3. *El requerimiento de que todos en todo lugar confiesen que Jesucristo es Señor (el Dios eterno que merece toda gloria y honra).*
4. *El deseo de que toda cosa creada reconozca que fue a través de Jesucristo que este plan de redención fue logrado para gloria de Dios Padre.*

El segundo pasaje es Colosenses 1:15-20:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas permanecen. Él es

también la cabeza del cuerpo que es la iglesia; y él es el principio, el primogénito de entre los muertos, a fin de que él tenga en todo la primacía. Porque agradó al Padre que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar todas las cosas consigo, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de su cruz, por medio de él, repito, ya sean las que están en la tierra o las que están en los cielos.

Este segundo pasaje, igual que el primero, vuelve a repetir la extraordinaria relación, única y especial que el Hijo goza con el Padre: *Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.*

Esas dos palabras (“imagen” y “primogénito”) necesitan explicación. La palabra “imágenes” nos hace pensar en los santos colocados en lo alto de una iglesia. Esa idea está muy lejos de lo que quiere decir esto. “Imagen” —*eikón* en griego— significa copia o semejanza. Al usar esa palabra griega Pablo declara que Jesucristo es Dios en todo sentido de la palabra; es uno con el Padre, o igual al Padre, o de la misma sustancia que el Padre. Para decirlo de otra forma, es una copia idéntica del Padre, con todos los atributos que pertenecen a uno que es Dios.

Y, en cuanto al sentido de *primogénito*, esa palabra en griego se refiere a rango o posición. No lleva el sentido de un “primer nacido”, al que el Padre concibió. Eso hubiera dado crédito a la herejía de que ya existía entre algunos en Colosas, de que Cristo no era divino, sino un niño que nació igual que todos los demás (herejía que en estos mismos versículos combatía Pablo al hablar de Jesucristo). Pablo usa la palabra

primogénito como la empleaban los griegos: con el sentido de que Jesucristo es el primero en honra y gloria debido a su rango o posición, que es igual a la de Dios el Padre. (No olvidemos que Pablo es el apóstol que más nos enseña sobre la Trinidad —que cada persona, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es igual en sustancia, en poder y gloria).

Al seguir leyendo vemos que Pablo manifiesta a Jesucristo como el todopoderoso Creador (de paso, si es el Creador no puede haber sido un niño, puesto que algo creado no puede ser su propio creador). Dice: *Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles*. Pablo incluye las estrellas más lejanas y las cosas más pequeñas (átomos, protones y electrones, incluso cosas que tratamos de entender, como la manera en que funcionan nuestros genes). Incluye, también, un rango de seres angelicales creados por Dios de los cuales conocemos muy poco: *tronos, dominios, poderes o autoridades*. Y afirma que *todo ha sido creado por medio de él*.

No hay nada que exista que no haya sido creado por Jesucristo (compréndase que ni el diablo ni sus demonios tienen poderes creativos^[2]—ellos sólo pueden crear problemas). Me encanta la frasecita que añade Pablo: *y para él*. Dios no sólo se agrada con cada cosa que ha creado, sino que la disfruta —sea una mariposa, una rosa, una hormiga o un hipopótamo. Cada cosa tiene un propósito —aun los alacranes y las serpientes (véanse Lucas 11:12 y Números 21:4-9). Y Pablo termina esta sección hablando de la preexistencia de Jesucristo: *Él es antes de todas las cosas*. Establece que es nuestro mismo Señor Jesucristo el que hoy

[2] Si se comprueba la existencia de Dios en base a que es el Todopoderoso Creador, no se puede usar la misma base ni la misma prueba para comprobar la existencia de un ser sobrenatural como lo es Satanás. Tal cosa colocaría a Satanás a la misma altura de Dios. Satanás no crea, es sencillamente un buen imitador, se podría comparar a una mago (véase Juan 8:44).

—en este instante— gobierna, dirige, cuida, mantiene y establece con absoluto detalle todo lo que sucede en el mundo, hasta el último detalle: *en él todas las cosas permanecen*. Vale repetir lo dicho: esta última expresión nos da a entender la SOBERANÍA del Hijo de Dios, el que en este mismo instante (como siempre lo ha hecho) controla absolutamente cada detalle de todo lo que ocurre y existe en el mundo. Nada se le escapa.

Como dice el doctor R.C. Sproul: “Si en el universo existiera un solo átomo que anduviera suelto y fuera de control, Dios dejaría de ser Dios”. A no ser porque Dios controla todo, no podrían encontrarse en la Biblia textos como Romanos 8:28-29; Génesis 50:20; Salmo 33:11; Isaías 46:10; Mateo 11:26; Hechos 2:23; 4:27-28; Romanos 9:11; Efesios 1:5, 9, 11; 3:11; 2 Timoteo 1:9; Hebreos 6:17-20; 1 Pedro 1:1-2.

Pablo, luego de tan exaltadas palabras, nos informa que este mismo Cristo es *la cabeza del cuerpo*. (En 1 Corintios 12:12-27 habla de la iglesia usando la figura de un cuerpo con todas sus partes, y aquí nos recuerda que Cristo Jesús es nuestra “cabeza” —no un Papa, ni uno que se llame apóstol, ni tampoco un obispo, ni aun un pastor). Jesucristo es nuestra cabeza. Recordemos de una vez y para siempre que no es el Espíritu Santo[3] el que dirige la iglesia, es Jesucristo. El Espíritu Santo es el enviado por el Hijo como el agente que hace que la voluntad del Hijo se cumpla. En 1 Corintios 12:27 Pablo lo repite, diciendo: *Sois el cuerpo de Cristo, porque cada uno en particular ha sido comprado por la sangre de Cristo* (1 Corintios 6:20). Jesucristo pagó el precio de nuestra

redención (con su sangre nos lavó, nos limpió y nos hizo aceptables al Padre, dándonos así entrada al cielo). Por tanto, el más interesado en el progreso de la iglesia es el que pagó el precio supremo por ella.

Parecido a lo que estudiamos en el pasaje de Filipenses, aquí Pablo igualmente termina apuntando a la sin igual grandeza de Jesucristo: *Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, a fin de que él tenga en todo la primacía. Porque agradó al Padre que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar todas las cosas consigo, habiendo hecho la paz por medio de la sangre de su cruz, por medio de él, repito, ya sean las que están en la tierra o las que están en los cielos.*

El tercer pasaje es Juan 1:1-5:

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.

El tercer pasaje es mucho más sucinto pero igualmente preciso. También y de forma muy clara identifica a Jesucristo como Dios. Es, sin embargo, un pasaje que algunos, como los Testigos de Jehová, usan para defender la tesis de que Cristo no era Dios.

El primer versículo declara: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.* En la frase *y el Verbo era Dios*, no aparece ni en griego ni en español un ar-

título definido, dando lugar a la posible traducción: *y el verbo era un dios*, traducción preferida por los Testigos. Por supuesto, podemos recurrir a los expertos en lingüística para establecer que se ha hecho una traducción gramaticalmente correcta del griego; ya hemos visto que tenemos muchos otros pasajes que establecen claramente la divinidad de Jesucristo. Vencemos este tipo de argumento fácilmente haciendo referencia a estos otros textos.

Notemos que el versículo habla de mucho más. Por ejemplo, tomando en cuenta que el verbo “era” en el primer versículo (*en el principio era el Verbo*) es imperfecto. Quiere decir que se pudiera haber traducido así: *Cuando todas las cosas comenzaron, ya el Verbo estaba en existencia*. Claramente hablándonos de la preexistencia de la Segunda Persona de la Trinidad, la segunda frase (*y el Verbo era con Dios*) igualmente lo enseña. En la extensa eternidad pasada, Jesucristo, el Verbo, siempre había estado en existencia con el Padre. Y la tercera frase (*y el Verbo era Dios*) nos obliga a concluir que el Verbo no era algo creado, sino que era el mismo Creador, ya que añade: *Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*. Esa frase en sí nos obliga a descartar las conclusiones de los Testigos, puesto que ya que el Verbo fue el mismo Creador, entonces no pudo haber sido un ser creado como ellos procuran establecer.

Finalmente, para que no nos confundamos acerca de quién se trata, el texto nos dice: *Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Claramente

se habla de la encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad. Ya en los dos pasajes previos vimos lo que Jesucristo logró a nuestro favor. Sin embargo, es interesante ver que el apóstol Juan describe nuestra relación con el *Verbo* en términos de “vida” y “muerte”, y de “luz” y “tinieblas”. Aunque usa la palabra vida al referirse a todo lo vivo, se establece que toda vida viene por la palabra de Jesucristo. Muy en especial el apóstol habla de la “vida eterna” que sólo viene como regalo del Hijo: *En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*. Esto hace claro que el que no tiene al Hijo no tiene vida en sentido espiritual. Dice, por ejemplo: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él* (Juan 3:36).

De forma parecida usa los conceptos contrastantes de “luz” y “tinieblas”. En nuestro texto de Juan 1:1-5 nos encontramos que con la venida del Hijo, diciendo: *la luz brilla en las tinieblas*”. Toda la Biblia hace un contraste entre lo que Juan llama “luz” y “tinieblas”. La primera es sinónimo de obediencia, la segunda de desobediencia. Cuando dice: “*y las tinieblas no la comprendieron*”, habla de la dificultad que todo hombre tiene al confrontarse con Dios, entre lo que quiere hacer en busca de su propia satisfacción, y lo que Dios pide que haga. ¡Las dos cosas no encajan! Con increíble claridad el apóstol Juan explica: *Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas* (Juan 3:19-20).

El cuarto texto es Hebreos 1:1-4:

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.

Los primeros pasajes tienen mucho en común. Todos comienzan con Jesucristo en su estado eterno; luego hablan de su venida al mundo y el propósito de su encarnación, y terminan con su incomparable exaltación. Aunque este pasaje de Hebreos nuevamente nos apunta a la suprema importancia de Jesucristo, nos intriga la manera en que lo introduce. Contrasta la gran diferencia que hay entre los dos testamentos. En el Antiguo Dios se nos revela por medio de los profetas. Ahora, en el Nuevo, es por medio del mismo glorioso Dios encarnado —el poderoso Creador y sustentador del universo, el glorioso Dios velado en carne— el Señor Jesucristo, que nos habla y nos revela sus verdades. ¡Qué importante es leer y conocer el Nuevo Testamento!

En esta porción no sólo se nos señala la divinidad de Jesucristo, al indicar que fue Él quien hizo el mundo, sino que relaciona a ese Creador con el que proveyó nuestra redención. Por cierto, de forma tan creativa el Dios eterno

nos abrió —por medio de la muerte de su Hijo— el camino a la salvación. Jesucristo tomó sobre sí nuestras manchas y logró la limpieza total de nuestros pecados. Ya, en los otros escritos, lo hemos visto con toda claridad. Aquí el autor de la Carta a los Hebreos añade un detalle muy significativo. Presenta al Hijo de Dios sentado a la diestra del Padre. Y añade que goza de una gloria muy superior a la de los ángeles. ¿Qué nos querrá decir?

El autor está muy consciente de las ideas que surgían acerca de Jesús: (1) Que no era verdaderamente Dios, sino un hombre excelente; (2) Que no era verdaderamente hombre, sino que solo parecía serlo; (3) Que su muerte fue accidental, que le pudo haber sucedido a cualquiera, y que no tenía ningún mérito especial. Ahora, al decir: *Se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas* declara:

1. Jesús no quedó en una tumba, sino que está gloriosamente vivo.
2. Jesús no es un hombre cualquiera, sino que es el mismo Hijo de Dios, puesto que nadie más tendría el derecho de sentarse al lado de la Majestad divina en el cielo si no fuera el Hijo de Dios.
3. Jesús no sólo cumplió perfectamente todos los requisitos del Padre, sino que se sienta al lado de éste porque el Padre está plenamente satisfecho con todo lo que hizo para redimir a la humanidad.
4. Jesús y sólo Jesús tiene el derecho de ocupar ese trono exaltado. Como dice el texto: *Hecho tanto*

superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. No cabe duda de que el escritor quiere mostrar que Jesucristo es Dios —muy superior a los ángeles.

5. Jesús ocupa ese trono majestuoso no tanto para acomodarse y descansar, sino para gobernar, dirigir, supervisar y gobernar todo lo que Dios ha puesto en sus manos (como vimos en Filipenses 2:5-11).

El último pasaje es 2 Timoteo 2:11-13:

Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará; si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo.

Este pasaje no relata la grandeza de Jesucristo de la misma forma que los otros. Mientras que aquellos hablan de la grandeza de su persona, este se refiere a la grandeza de sus promesas. Nos muestra los increíbles beneficios espirituales y los innegables obsequios que Jesucristo ha hecho llover sobre nosotros por su gracia.

La primera cosa que tenemos que notar es que estos beneficios no son para todo el mundo. Hay una condición, por tanto se establecen sólo *si morimos con él, y si sufrimos con él*. Se trata de una relación especial disfrutada por aquellos que se identifican plenamente con Jesucristo. Cuando se habla de *morir con él* se habla de la identificación que ocurre cuando alguien pide que Cristo le cubra sus pecados. Es decir, se identifica como un pecador condenado ante Dios

por el cual Jesucristo murió como sustituto. Reconoce que Cristo murió en su lugar. Que con esa muerte Cristo pagó la pena de sus pecados, e indica que reconoce que esa muerte fue tan efectiva que era como que si él también hubiera muerto en la cruz con Cristo. Por tanto, la deuda total que le debía a Dios fue pagada. No queda nada más —ni una gran obra, ni siquiera un mínimo esfuerzo— que uno pueda hacer. Jesucristo ya lo hizo todo. Todo, absolutamente todo, lo cubrió.

Pero no solo pagó nuestra deuda, compartió con nosotros de su divina existencia —vida que es eterna, sin fin, para siempre. Cuando dice: *Si sufrimos* sigue hablando aun más de esa increíble identificación con Jesucristo. Quiere decir que a consecuencia de esa identificación se acepta todo lo que tiene que ver con Jesucristo —vituperios, críticas, sufrimientos, dolores, necesidades, privaciones—, cualquier cosa que pueda componer a una vida que fielmente sigue y obedece a Cristo. Los sufrimientos que aquí vienen son resultado de la identificación con Él, no son creados por la persona. Por ejemplo, al principio del capítulo mencionamos persecuciones (malentendidos, rechazos, desprecios) que llegan a los seguidores de Jesús sencillamente porque se han identificado con Él. Otro aspecto se evidencia en el área de los placeres y los gustos. Por amor a Cristo se descarta todo aquello por lo cual él tuvo que morir en la cruz —las cosas pecaminosas de este mundo. A la vez, no quiere decir que toda la vida se viva con dolor, pena y sufrimiento. Hay gozo y gran contentamiento al seguir y vivir para Cristo.

Habiendo explicado lo que implica *sufrir con Cristo*,

miremos más allá para entender el resto de la promesa que Él nos hace. Indica que nuestra identificación con Cristo es para siempre, que la promesa que nos hace de “reinar” con Él tiene que ver con la eternidad. No se trata de fantasías, como saltar de estrella a estrella, de atravesar paredes, de convertirnos en almas flotantes, algo parecido a los ángeles. Dios trata de cosas serias, reales, significativas. Nos habla de “la boda del Cordero” —una fiesta de unión con Cristo tan gloriosa que no tiene comparación. Nos habla de un cielo y una tierra nueva, donde no hay pecado, donde todo es perfección, donde no hay dolor ni lágrimas ni más sufrimiento, donde Cristo es el centro de toda adoración, actividad y gloria, donde “*reinaremos*” con Cristo para siempre.

Entonces viene una frase que es mal entendida por muchos: “*si le negáremos, el también nos negará*”. Piensan que se refiere a una caída, a un fracaso, a un lapso en su vida cristiana. Piensan que con tal fracaso pierden su salvación. No, no es a eso que apunta el apóstol Pablo. Se refiere más bien a los que no creen en Cristo, a los que rehúsan aceptarle como Dios y Salvador. Se trata de aquellos que le rechazan, que niegan su divinidad, que niegan la eficacia de su muerte en la cruz. Es a tales que Cristo le negará la salvación y el perdón. Precisamente la frase que sigue lo aclara, ya que esta es la que habla de fracasos y caídas: “*si fuéremos infieles, el permanece fiel; él no puede negarse a si mismo*”.

Nos da con estas palabras confianza, seguridad de que Cristo nunca nos abandonará, ¡no importa lo que hagamos! Nos ayuda a comprender cuán grande es su salvación, cuán total y comprensivo es su perdón. Que no hay nada—incluso

en nuestros peores fracasos—que nos pueda separar de Cristo.

Esa última frase es la que debe llenarnos de gozo y confianza. Es la más gloriosa de todas—y podemos personalizarla. Es la promesa inviolable de Jesucristo que me asegura a mí que yo le pertenezco a Él. Como Creador del mundo, el que gobierna todo, el que sustenta a todo con el poder de su palabra, el que se sienta a la diestra de la Majestad celestial, ahora promete que nunca me abandonará. El siempre estará a mi lado y vendrá a mi defensa. Es para asegurarme que El es mío y yo soy de El.

Mi todo poderoso Jesucristo nunca me dejará ni me desampará. Siempre y en todo lugar me será fiel. Y lo más significativo e impresionante que me promete sobre toda cosa es que me dice que si yo llegare a fallarle o a serle infiel, él nunca, nunca, nunca me será infiel: *“Si fuéremos infieles, él permanece fiel”*; El no puede negarse a sí mismo. ¡Increíble! Créalo o no, es la palabra del maravilloso Salvador. Nunca ha mentido y no creo que ahora comenzará a mentir. Por lo tanto, acepto su promesa y me glorío en todo lo que significa este glorioso y poderosísimo Salvador para mí ahora mismo y por toda la eternidad.

Concluye el pasaje con otro aspecto de esa identificación —la más gloriosa de todas— y una que podemos personalizar. Esta promesa dada por Jesucristo me señala que si estoy con Él (el Creador del mundo, el que gobierna todo, el que controla todo, el que se sienta a la diestra de la Majestad celestial), Él siempre estará a mi lado y a mi defensa. Es como si fuéramos una sola identidad, Cristo y yo.

Él es mío y yo soy de Él. Mi todopoderoso Jesucristo nunca me dejará ni me desampará. Siempre y en todo lugar me será fiel. Y lo más significativo e impresionante que me promete es que me dice que si yo llegare a fallarle o a serle infiel, Él no me abandonará, pues Él nunca, nunca, nunca me será infiel: *“Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo”*. ¡Increíble! Esa, créalo o no, es la palabra del maravilloso Salvador. Nunca ha mentido y no creo que ahora comience a hacerlo. Por lo tanto, acepto su promesa y me glorío en todo lo que significa para mí ahora y en la eternidad.

El incomparable Jesús

¿Qué o quién se compara con Jesucristo? La Biblia clara y enfáticamente lo declara Salvador del mundo, el que es Dios, el que es coigual con el Padre. Cualquiera que lo quiera negar tiene que contradecir estos pronunciamientos incuestionables de la Biblia. Pablo lo expresa así:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda

sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra (Efesios 1:3-10).

Jesucristo es Yahweh

Hagamos una breve excursión por el Antiguo Testamento. Parecerá una divagación, pero como hay la tendencia a pensar que esta magnificencia de Jesucristo no se encuentra en las páginas del Antiguo Testamento, creo necesario considerar este punto.

Para comenzar, es importante ver cómo la Biblia presenta la exaltación de Cristo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos. Por ejemplo, dice 1 Corintios 12:3: *Jesús es el SEÑOR* (frase que se repite en Romanos 10:9 y Filipenses 2:11). La palabra SEÑOR, cuando se escribe en mayúsculas en el Antiguo Testamento, significa *Yahweh* (en hebreo) y es la palabra *Kurios* en griego. Este nombre SEÑOR (*Kurios* en griego), es el título más usado en cuanto a Jesús en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, cuando los griegos decían: *Kurios Kaisar*, anunciaban: “César es Señor”. Y tiene el mismo significado cuando el título SEÑOR (*Kurios*) se aplica a Jesucristo.

Por su parte, el Antiguo Testamento afirma una vez tras otra que *Yahweh es el SEÑOR*. Exactamente igual a como el Nuevo repite *Jesús es el SEÑOR*. La implicación es obvia: el *Yahweh* del Antiguo Testamento no es ni más ni menos que

el *Jesucristo* del Nuevo. Cuando el Antiguo Testamento habla del SEÑOR (*Yahweh*) se está refiriendo a Jesucristo, al Hijo de Dios, a la Segunda Persona de la Trinidad.

Para más evidencia, tomemos las palabras de Jeremías 23:5-6 que dice:

He aquí, vienen días —declara el SEÑOR [Yahweh/Kurios]—en que levantaré a David un Renuevo justo; y él reinará como rey, actuará sabiamente, y practicará el derecho y la justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel morará seguro; y este es su nombre por el cual será llamado: El SEÑOR [Yahweh/Kurios], justicia nuestra”.

Se entiende claramente la profecía. El profeta declara que el SEÑOR —Dios Padre— anuncia que en el futuro vendrá un Salvador cuyo nombre también será SEÑOR (*Yahweh/Kurios*), es decir, uno que es igualmente Dios. Aparte de ese texto podemos ir a numerosos pasajes del Antiguo Testamento y ver que cuando se cita en el Nuevo se está señalando al SEÑOR Jesucristo. Como venimos estableciendo, el SEÑOR del Antiguo es el mismo Jesucristo del Nuevo. Para confirmarlo, haga las siguientes comparaciones:

- Isaías 40:3 con Mateo 3:3
- Salmo 8:2 y Mateo 3:11-17
- Salmo 110:1 y Mateo 22:44-45
- Malaquías 3:1 y Lucas 1:76
- Salmo 23:1 y Juan 10:11
- Isaías 8:14 y Romanos 9:32-33

- Joel 2:32 y Romanos 10:9-13
- Isaías 45:23 y Romanos 14:11; Filipenses 2:16
- Jeremías 9:24 y 1 Corintios 1:31
- Isaías 40:13 y 1 Corintios 2:16
- Salmo 68:18 y Efesios 4:8-10
- Zacarías 12:10 y Apocalipsis 1:7
- Salmo 62:12 y Apocalipsis 22:12

Jehová (*Yahweh/Kurios*) es el mismo Hijo de Dios, Jesús, el que la Biblia nos dice que es exaltado por encima de los ángeles y los profetas (Mateo 13:32; 21:27; 22:2), el que tiene una relación especial con el Padre (Mateo 11:7), el Hijo con el cual el Padre está complacido (Mateo 3:17; 17:5; Marcos 1:11; 9:7; Lucas 3:22; 9:35), el unigénito del Padre (Juan 1:18; 3:16; 1 Juan 4:9), el Hijo de Dios (Romanos 8:32), el Hijo eterno (Juan 17:5, 24; Hebreos 1:5; 5:5), la imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15; 2 Corintios 4:4), la refulgencia de su gloria (Hebreos 1:3), a quien el Padre le dio vida en sí mismo (Juan 5:26), igual a Dios en conocimiento (Mateo 11:27), en honor (Juan 5:23), en poder para redimir (Juan 1:3; 5:21, 27), en todas sus obras (Juan 10:30), en dominio sobre todo lo que existe (Mateo 11:27; Lucas 10:22; 22:29; Juan 16:15; 17:10), el que será el justo juez de todos los pecadores (Mateo 25:31; Judas 14 y 15), y el que con justicia recompensará a los suyos (Isaías 62:11; Mateo 6:4, y Apocalipsis 22:12).

Jesús, personificación de la gracia de Dios

Verdaderamente seríamos negligentes si al considerar la gloriosa Segunda Persona de la Trinidad no habláramos de

la manera tan especial en que Él manifiesta la gracia de Dios.

Vale mencionar nuevamente la bendición apostólica: *La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén* (2 Corintios 13:14). Como hemos dicho, en esta bendición se nos describe el trato particular que cada persona de la Trinidad muestra hacia nosotros. Dios el Padre nos circunda con un amor inefable. Dios el Espíritu Santo hace que ese amor sea sentido, comunicado, experimentado y disfrutado por todos los que somos sus hijos. Y que por medio del glorioso Señor Jesucristo la gracia infinita, perdonadora, aceptadora, abrasadora —sin la cual nunca jamás habiéramos conocido el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo— nos ha venido gratuitamente (aunque no lo merecíamos).

La palabra para gracia en hebreo es *hen* y en griego es *charis*. En español, en hebreo, en griego —y en todos los idiomas— tiene el mismo significado: el soberano, inmerecido favor que Dios les regala a las personas que realmente merecen su ira. Deuteronomio 9:4-6 nos ayuda a entender que la gracia divina no es una recompensa a las buenas obras humanas, sino que es un regalo de la pura benevolencia de Dios:

No pienses en tu corazón cuando Jehová tu Dios los haya echado de delante de ti, diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra; pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti. No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones Jehová tu Dios las arroja de delante de ti, y para

confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob.

La misma idea la leemos en el Nuevo Testamento, Efesios 2:8-9 y 2 Timoteo 1:9:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.

Nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos. No tenemos que ir más allá de la cruz para ver la manera en que esa grandiosa gracia fue desplegada. En Juan 17:5 Jesús habla de aquella *gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*, gloria que puso a un lado para venir a este mundo y dar su vida en rescate nuestro. No hay mayor evidencia de la gracia divina que esa. No tuvo que venir, pero *de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.*

Es así que a pesar de nuestras injusticias y calamitoso estilo de vida, Dios en Cristo Jesús nos dice: *Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca* (Romanos 9:15; Éxodo 33:19). Nos dice Juan 1:14-17 que esa gracia nos viene por mediación de Jesucristo.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene

después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

Y hay un punto más que debe ser mencionado, por cierto: el perdón de nuestros pecados. Este viene por ese regalo inigualable de gracia, esa gracia perdonadora también ha sido lo suficientemente poderosa para cambiar nuestros corazones. *Por gracia nos hizo aptos para predicar, para hacer obras que complacen a Dios* (Efesios 2:10), y nos dio la habilidad para servir amablemente al pueblo de Dios, como señala Pablo en 2 Corintios 8:9:

Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.

¡Cuánta honra, cuánta gloria, cuánta alabanza, cuánto agradecimiento debemos darle a Jesucristo! Él es el glorioso Hijo a quien Dios el Padre otorgó todo poder y honor para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor.

Lista de ideas, enseñanzas y doctrinas falsas

1. **Adopcionismo:** Niega la naturaleza divina de Jesús; dicen que este se convirtió en Hijo de Dios en el momento de su bautismo en el Jordán.
2. **Apolarismo:** Niega que Cristo tuviera alma y síquis humanas.
3. **Arrianismo:** Niega que el Hijo es de la misma

- sustancia del Padre, ya que este lo engendró. Lo tienen como un dios subordinado o secundario.
4. **Docetismo:** Afirma que el cuerpo de Cristo es sólo una mera apariencia y que su pasión y su muerte no fueron reales.
 5. **Ebionismo:** Cristo es sólo un hombre, hijo de José y de María. Es un profeta, pero no el Hijo de Dios.
 6. **Encratismo:** Creencia que proclama que para ser salvo se requiere la continencia sexual.
 7. **Homeismo:** Doctrina según la cual el Hijo es semejante en todo al Padre, pero no es igual.
 8. **Mesalianismo:** Doctrina de ascetas y místicos que afirman que la presencia de Dios se encuentra mediante danzas próximas al trance y las visiones extáticas.
 9. **Monarquismo:** Enseña que Jesús era humano y llegó a ser Dios; también que Dios se manifiesta en la Trinidad de tres modos: primero como Padre, luego como Hijo y finalmente como Espíritu Santo.
 10. **Monofisismo:** Enseña que Jesús era Dios con atributos humanos, pero tenía una (mono) naturaleza dominante que era la divina.
 11. **Monotelismo:** Una variante del monofisismo, según la cual en la persona de Cristo hay una energía divino-humana, pero no dos voluntades.
 12. **Nestorianismo:** Doctrina que enseña que en Jesucristo coexisten dos personas: el hombre y

el Dios, en lugar de presentarle como una sola persona.

13. **Nosticismo:** Promueve la idea de que hay un conocimiento que es superior e independiente al de la fe. Este conocimiento trascendente se alcanza a través de los medios intuitivos interiores, no por la fe ni por medio de Jesucristo.
14. **Origenismo:** Orígenes interpretó alegóricamente las Escrituras y afirmó que las almas preexisten al nacimiento del hombre.
15. **Pelagianismo:** Enseña la primacía y eficacia del esfuerzo individual por obtener la salvación. En su defensa del libre albedrío niega casi completamente la acción de la gracia divina, y niega la existencia del pecado original, cosa que hace innecesaria la redención. Estas ideas siguen latiendo en las controversias sobre la gracia y la predestinación.
16. **Sabelianismo:** Es la enseñanza que minimiza la distinción entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, declarando que Dios es uno, pero que se manifiesta de distintos modos.
17. **Subordinacionismo:** Enseñanza que subordina el Hijo al Padre, y luego el Espíritu Santo al Hijo.
18. **Traducionismo:** Doctrina según la cual el alma es transmitida por los padres en la generación corporal. Se opone a la doctrina de que el alma es creada directamente por Dios.

Preguntas de estudio

- 1 ¿Por qué, cree usted, ha habido tanta oposición a la divinidad de Jesucristo desde su nacimiento en Belén?
- 2 ¿Está de acuerdo con el autor de que hoy se enfatiza más al Espíritu Santo que a Jesucristo? ¿Cuál debe ser nuestro énfasis y por qué?
- 3 ¿Cuáles son elementos de la oposición?
- 4 Mencione los cinco pasajes bíblicos que tratan el tema de la centralidad de Jesucristo. ¿Cuál de estos pasajes le gustó más?
- 5 ¿Por qué es importantísimo para nosotros siempre recordar la exaltación otorgada al Hijo por el Padre, como expresado en Filipenses 2:5-11 y Colosenses 1:15-20?
- 6 ¿Cómo refutaría la errada interpretación que los Testigos de Jehová hacen de Juan 1:1-5?
- 7 ¿Puede enumerar los cinco puntos resumidos en Hebreos 1:1-4?
- 8 ¿Qué seguridad nos imparte el Apóstol Pablo en 2 Timoteo 2: 11-13?
- 9 ¿Cómo personifica Jesús la gracia de Dios?



Dios nos ha dado un maravilloso Consejero
que representa al Padre y al Hijo y nos ayuda a
obrar como Él pide.



Capítulo 6

El Espíritu Santo es Dios

AÑOS ATRÁS HENRY DRUMMOND (1851-1897), científico, evangelista y autor, afirmó: “Una ciencia que no tenga misterio es desconocida, y una religión sin misterio es absurda”. Buscando entender la Trinidad hemos estado excavando en medio de mucho misterio, buscando entendimiento de lo que Dios en su Palabra nos ha contado acerca de sí mismo. Hemos escalado suficientes misterios para llegar al mismo punto que Pablo:

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Romanos 11:33)

Por cierto, lo que hemos aprendido acerca de la Trinidad nos ayuda a entender muchas cosas acerca de Dios. Por ejemplo, nos dice Juan en su evangelio que *Dios es amor*. ¿Por qué es importante saber que Dios es un Dios en tres

personas para comprender que es un Dios de amor? Supongamos que fuera un ser solo, sin el Hijo y sin el Espíritu Santo, ¿a quién hubiera amado durante toda esa eternidad pasada? Para amar tiene que haber más de una persona. Por tanto, a no ser que Dios sea Trino no podríamos hablar de esa característica suya. Sencillamente decir que es amor porque nos amó a nosotros no vendría al caso, porque nosotros en términos de eternidad somos unos recién llegados. ¿Y qué con el amor en toda esa interminable eternidad pasada? Sin esas tres personas en Trinidad el amor hubiera sido inexistente.

Recordemos lo que nos cuentan los primeros capítulos de la Biblia, que Dios hizo pasar delante de Adán a todos los animales para que les diera nombre. Cuentan que, en el proceso, Adán descubrió que cada animal tenía su pareja, aunque él no. Para que tuviera a quien amar fue necesario proveerle a alguien a su nivel y de su misma clase. ¡Qué alivio cuando Dios creó a Eva! Igual ocurre con Dios. Para amar era necesario que cada una de las tres personas fuera Dios, que fueran de la misma sustancia y esencia divinas. Así es que al entender aspectos como los que estudiamos acerca de su gloriosa persona —aunque siempre permanecerá en misterio— nos es mucho más fácil entender los aspectos de su carácter y sus atributos.

Ahora, al llegar al tema del Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad, nos interesa muchísimo aprender más acerca de esta persona de quien tanto se habla hoy. En el capítulo anterior pudimos apreciar cuánto logró el Hijo de Dios para ganarnos la aceptación del Padre. Su obediencia,

su humillación, su asombroso sacrificio nos deja totalmente maravillado. ¡Qué Salvador y qué salvación! Sin embargo, es al mismo Jesucristo que le escuchamos decir:

Os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré (Juan 16:7).

¿Por qué es el Espíritu Santo tan importante? ¿Cómo complementa y completa esa obra tan perfecta que Cristo hizo a nuestro favor? Comencemos prestando atención a lo demás que dijo Jesucristo acerca del Espíritu Santo:

Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí (Juan 15:26).

El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho (Juan 14:26).

Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (Gálatas 4:6).

En estos textos Jesucristo explica el papel que juega el Santo Espíritu en la vida de cada cristiano. Quizás lo podríamos entender mejor si considerásemos el papel que jugó en la vida de Cristo, tal como lo detalla el Evangelio según San Lucas. Nótese cómo participa el Espíritu en cada aspecto de la vida de Jesús, desde su concepción hasta su ascensión:

1. El Espíritu Santo es el que embaraza a la Virgen María: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder*

del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios (Lucas 1:35 y Mateo 1:20).

2. El Espíritu Santo llena a Elisabet y ella bendice a María, y el hijo en su vientre salta de gozo: *Elisabet fue llena del Espíritu Santo... dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre... Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre* (Lucas 1:41-44).
3. El Espíritu Santo hace que Zacarías profetice acerca de Jesús: *Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó...* (Lucas 1:67).
4. El Espíritu Santo prepara a Simeón para la llegada de Jesús: *Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón... y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo... él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios* (Lucas 2:25-28).
5. El Espíritu Santo anuncia quién es Jesús por medio de Juan Bautista: *Viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego* (Lucas 3:16).
6. El Espíritu Santo desciende sobre Jesús en el bautismo: *Y descendió el Espíritu Santo sobre él*

en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia (Lucas 3:22).

7. Es Espíritu Santo llena a Jesús luego del bautismo: *Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán (Lucas 4:1).*
8. El Espíritu Santo lleva a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás: *Y fue llevado por el Espíritu al desierto (Lucas 4:1).*
9. El Espíritu Santo llena a Jesús de poder para su ministerio: *Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor (Lucas 4:14).*
10. El Espíritu Santo, declara Jesús, es la fuente de su poder: *Entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos (Lucas 14:16-19).*

No hay duda de la importancia de la ayuda, dirección, preparación, presencia, poder y participación del Santo Espíritu en cada aspecto de la vida y ministerio del Señor Jesucristo. Recordemos lo que hemos estado indicando desde el principio de este estudio, que tenemos un solo Dios,

y cada una de las tres personas siempre está íntimamente relacionada, y ninguna de las tres obra independientemente de las otras. Donde está una persona, ahí están las tres.

Y hay otra cosa que nos debe ser bien obvia: si a Cristo le hizo falta la presencia, la fuerza y la dirección del Espíritu Santo, cuánto más a nosotros. Llenémonos de gozo porque esto precisamente es lo que Él nos prometió:

El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho (Juan 14:26).

El gran regalo de Dios

Es de gran satisfacción saber que al tener a Cristo tenemos también al Padre y al Espíritu Santo. ¡La Santa Trinidad ha hecho residencia en nosotros! Como dice 1 Corintios 6:19: *Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo*. Es más, nos informa Jesucristo: *El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan 14:23)*. La promesa se repite en 1 Juan 4:12 y 16: *Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él*. Además, Cristo enfatiza el hecho de que mora en nosotros: *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí (Gálatas 2:20 y se lee algo parecido en Juan 15:4-5)*.

Aun con más insistencia el Nuevo Testamento explica que el Espíritu Santo vive en nosotros: *Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*

(Romanos 8:11). En Juan 14:17 se declara aun de forma más clara: *El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.* Luego otros pasajes explican los detalles de su obra en nuestros corazones: el Espíritu Santo nos *llena* (Hechos 2:4), nos *bautiza* (Hechos 1:5), nos *guía* (Romanos 8:14), y nos *ayuda* (Romanos 8:26).

Personalicémoslo para que lo que acabamos de decir nos impacte en verdad. Acabamos de ver que como cristiano, soy templo de Dios —esta es una gloriosa verdad, una gozosa realidad. ¡En mí vive el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Pero, cuando me doy cuenta de que eso es literalmente cierto, es probable que me sienta incómodo. Es decir, ya que Dios vive en mí, no hay manera que pueda escaparme de su presencia. No puedo decirle: “Por favor, mi querido Dios, sal un ratito de mi vida mientras cometo mi pecado favorito”. No, no es posible. Veinticuatro horas al día vivo en la presencia de Dios. Todo lo que hago, todo lo que pienso, todo lo que digo ocurre directamente delante de sus ojos. Si pecco estoy pecando en su templo. ¿Producirá esto claustrofobia? Lo haría si viviéramos para la carne. Recordemos la forma en que lo describe David (Salmo 139:5,7):

*Detrás y delante me rodeaste,
Y sobre mí pusiste tu mano.
¿A dónde me iré de tu Espíritu?
¿Y a dónde huiré de tu presencia?*

El Espíritu Santo como el “soplo” de Dios

Hablando de otro aspecto de la persona del Espíritu Santo,

es fascinante que la Biblia se refiera a Él como “el respiro de Dios”: *El espíritu de Dios me hizo y el soplo del Omnipotente me dio vida* (Job 33:4). En Génesis 1:2 leemos: *la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas*. Hablando del Espíritu de Dios, nos dice el Salmo 33:6: *Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos, por el aliento [ruah] de su boca*. En el idioma hebreo la palabra que se usa para “espíritu”, “respiro” y “aliento” es una: *ruah*, mencionado unas 90 veces en el Antiguo Testamento. En griego es *pneuma*. Sólo en las cartas de Pablo se usa esa palabra en referencia al Espíritu 115 veces —y hay muchas otras menciones del *pneuma* de Dios que hicieron otros escritores bíblicos.

En Juan 3 el Señor Jesús habla del Espíritu, diciendo: *De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*. Allí apunta a la obra tan especial del Espíritu Santo en la regeneración del pecador. Esto lo enfatiza Pablo en 1 Corintios 12:3: *Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo*. Juan el Apóstol dice lo mismo, pero de otra forma: *Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es* (Juan 3:6).

El Espíritu Santo es comparado con el viento: *El viento [el Santo Espíritu] sopla de donde quiere, y oyes su sonido [voz]; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es [con] todo aquel que es nacido del Espíritu* (Juan 3: 5 y 8). Claramente el Espíritu es soberano.

Viene cuando quiere. Viene como quiere. Viene al que decide venir. Nadie determina su curso, nadie lo obliga,

nadie lo atrae por sus esfuerzos personales, nadie lo retiene a su gusto. Él sopla donde quiere soplar, y con la cantidad de viento que quiere usar. Se puede oír su sonido y se pueden sentir sus efectos, pero la manera en que obra, el modo en que obra, y por qué es que escoge obrar queda todo dentro del predeterminado propósito de su divina voluntad.

En ese sentido es interesante repasar lo que sucedió el Día de Pentecostés. Dice que:

De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen (Hechos 2:2-4).

A veces, como hizo en Pentecostés, el Espíritu llega con una fuerza incontenible, como la de un torbellino, con gran ruido o tremendo estruendo, como un viento recio —quitando toda oposición, eliminando toda barrera, venciendo todo obstáculo. ¡Es Dios, puede obrar como quiere! ¿Quién le puede resistir? En ocasiones apenas se oye, llega silencioso, inadvertido, con gran ternura y amor irresistible. No importa cómo haga su aparición, es el mismo gran Espíritu de Dios que llega como fuego para quemar todo pecado y hacer vivir la gracia y el amor de Cristo en cada vida que toca. Por ejemplo en 2 Tesalonicenses 2:8 se describe el poder absoluto de su “aliento” frente a Satanás: *Entonces se manifestará aquel malvado, a quien el Señor Jesús derrocará con el soplo de su boca y destruirá con el esplendor de su venida.*

Y es ese mismo Espíritu de vida y de poder que recibieron los discípulos por parte de Jesucristo: *Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo* (Juan 20:22). Sí, eso ocurrió varias semanas antes del Día de Pentecostés. Pero, ¿dónde dice que el Espíritu Santo sólo viene a cierto lugar y en cierto día? Recordemos que es Dios, por tanto omnipresente. ¿Fue ese soplo del Espíritu sobre los discípulos diferente al que luego recibirían en Pentecostés? ¿Fue ese un soplo meramente simbólico, cosa que esperaría hasta el día de Pentecostés para cumplirse? De ninguna manera. El “soplo” de Jesucristo sobre los discípulos manifiesta nuevamente la interrelación que comparte la Santa Trinidad en relación a nosotros los hijos de Dios. Ese “soplo” divino imparte el poder especial del Espíritu que necesita el hijo de Dios en todo lugar y en todo momento, y que está a la disposición de toda persona que cree y confía en Jesús. La realidad es que ha venido “soplado”, “obrando” y “llenando” de poder y vigor espiritual a todos los siervos del Señor desde que Dios formó a Adán en el Huerto del Edén y —nótese— allí *sopló en su nariz aliento de vida* (Génesis 2:7).

¿Por qué será que queremos limitar el actuar del Espíritu Santo hasta el día de Pentecostés, o adaptar su manera de obrar a nuestras creencias particulares? Usted y yo necesitamos ese soplo una vez tras otra, todos los días. La llenura del Espíritu Santo no está limitada a ciertos días ni a ciertos lugares. Desde que Dios colocó al hombre creado a su imagen sobre la tierra el Espíritu de Dios ha sido la fuente de regeneración, de piedad, de poder y de toda bendición espiritual. Él es el que el Trino Dios ha designado para asistir

y suplir las necesidades espirituales de cada miembro de la gran familia de Dios.

El Espíritu Santo es Dios

Un cuidadoso estudio del Antiguo Testamento mostrará la presencia y actuación del Espíritu Santo, sin embargo, es en el Nuevo Testamento que vemos la confirmación de su divinidad. Veamos dos textos que abiertamente lo declaran divino. El primero tiene que ver con Ananías y Safira, cuando pretendieron engañar a la iglesia en Jerusalén y mintieron al Espíritu Santo. Con esa mentira al Espíritu Santo, se nos dice, mintieron a Dios. Claramente los discípulos creían que el Espíritu es Dios:

Dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?... No has mentido a los hombres, sino a Dios (Hechos 5:3-4).

Otro texto es 1 Corintios 3:16-17. Allí se explica que si soy hijo de Dios, mi vida es el templo de Dios, y el Dios que vive en mí y al que yo pertenezco es el Espíritu Santo:

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

En Marcos 3:28-29 también tenemos un texto que afirma su divinidad. Este habla de la blasfemia contra el Espíritu Santo —sabemos que una blasfemia siempre es contra Dios, por tanto allí también se establece que el Espíritu Santo es Dios.

Además de estos textos, encontramos varios que asignan al Espíritu Santo atributos que sólo son de Dios:

- es eterno (Hebreos 9:14);
- es omnipresente (Salmo 139:7-10; Hechos 1:8);
- es omnisciente (Isaías 40:13; 1 Corintios 2:10);
- es omnipotente (1 Corintios 12:4-6);
- es sabio (Isaías 11:2);
- es incomprendible (Isaías 40:13).
- es “santo” (Salmo 51:11; Isaías 63:10-11; Lucas 11:13, Efesios 1:13; 4:30; 1 Tesalonicenses 4:8).

Nombres que explican la función del Espíritu

Jesucristo, antes de ir a la cruz, cuando se unió con sus discípulos en el Aposento Alto, tomó esa ocasión como momento propicio para hablarles detalladamente sobre la Santa Trinidad. Así que de forma única e íntima habla del Padre, de sí mismo y del Espíritu Santo. Les informa que, junto con el Padre, Él mandará al Espíritu Santo (uno al mismo nivel que Él y el Padre) para servirles de Consolador —la palabra es *parakletos* en griego— (Juan 14:16; 26; 15:26; 16:7); de Guía (Juan 16:13; Hechos 13:1; Romanos 8:12), y de Maestro (Juan 14:26; 1 Corintios 2: 12 y 13; 1 Juan 2:26 y 27).

Cada nombre que le da al Espíritu Santo tiene mucha importancia. Tomemos, por ejemplo, el nombre **“Consolador”**. En su libro *Fundamentos de la Fe Cristiana*^[1] James Montgomery Boice hace un comentario excelente que nos ayuda a entender el significado grandioso que ese nombre tiene para nosotros:

^[1] Puede encontrar el libro en la página Web de LOGOI: www.logoi.org. Ir a la cabecera DOCTRINAS, y aparecerá el libro. Seleccione el TOMO II, Parte IV-12

En el idioma griego la palabra es *paraklétos*. Esta palabra suele ser traducida como "Consolador" (si bien ésta no es la mejor traducción), "Consejero" o "Abogado". Cristo la usa en sus discursos finales para referirse al Espíritu Santo, cuando habla de "otro Consolador" (Jn 14:16; comparar con 14:26; 15:26; 16:7). También es usada con respecto a Jesús mismo (1 Jn 2:1). El verdadero significado de esta palabra proviene de sus connotaciones legales o forenses. Literalmente *paraklétos* proviene de dos palabras griegas: *para*, que significa "junto con" (la encontramos en las palabras parábola, paradoja, paralelo y otras), y *klétos*, que significa "llamado" (también es la raíz de la palabra griega usada para la iglesia, *ekklésia*, que significa "los llamados"). Un paracleto, por lo tanto, es alguien que ha sido llamado para estar junto a otro a fin de ayudarlo, en otras palabras, un abogado. Es interesante notar que la palabra abogado en castellano antiguo era *advocado*. La palabra *advocado* está compuesta por dos vocablos, *ad*, que significa "a" o "hacia", y *vocare*, que significa "llamar". Por lo cual un *advocado*, o un abogado como diríamos hoy en día, es alguien que ha sido llamado para ayudar a otro. El cuadro que tenemos delante de nosotros por lo tanto, es de algo semejante a lo que podríamos llamar un bufete celestial de abogados donde nosotros somos los clientes. Hay una rama celestial presidida por el Señor Jesucristo y otra rama terrenal presidida por el Espíritu Santo.

El segundo nombre es **Maestro**. Jesús dijo: *Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho* (Juan 14:26). En 1 Corintios 2:12 y 13 encontramos un comentario significativo sobre la manera en que se cumplió esa promesa:

Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual.

El apóstol Juan hace la misma afirmación cuando habla de aquellos que buscaban engañar a la iglesia. Les recuerda al gran Maestro que Jesucristo había enviado, que nos permite reconocer y vencer todo error:

Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él (1 Juan 2:26-27).

¡Qué maravilloso, bendito y eficiente **Maestro** nos mandó Jesucristo para ayudarnos y acompañarnos en nuestra vida cristiana! ¡Cómo nos revela las verdades de la Biblia! ¡Cómo nos ilumina las verdades de Dios! Si no aprendemos, si descuidamos lo enseñado, o si fallamos, la culpa ciertamente no es del Santo Espíritu, sino de la dureza, torpeza y rebeldía de nuestros propios corazones.

Pensemos en lo que significa tener al Santo Espíritu de **Guía**. Dice el Señor:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Romanos 8:14-16).

No se trata de impresiones, ni de emociones, ni de sentimientos vagos, ni de impulsos que seguimos cuando hacemos nuestras decisiones, más bien se nos informa que Dios el Espíritu Santo nos guía. A veces nos guiará a través de circunstancias, como en el caso de Pablo. Este quería ir a Bitinia, pero el Espíritu le cerró la puerta (Hechos 16:7: *Cuando llegaron a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió*). Otras veces nos guiará mediante la iluminación: es decir, nos abre el entendimiento para que comprendamos lo que su Palabra nos dice. Eso fue lo que le sucedió a Pedro el Día de Pentecostés, cuando la gente le pidió que explicara lo que estaba sucediendo. Él se levantó y, por iluminación del Espíritu Santo, mostró cómo la venida del Espíritu Santo complementaba la muerte de Jesucristo. El resultado fue que el Espíritu convenció a tres mil de las personas que escuchaban de que se arrepintieran y se entregaran a Cristo.

Esa “guianza” —o dirección divina— sin embargo, tiene otro aspecto, algo mucho más especial. El texto de Romanos 8:14-16 nos habla de “esclavitud”, de “adopción” y de “hijos

de Dios”. El Espíritu Santo nos despierta a la realidad de que ya no somos “esclavos” —especialmente del pecado. Hemos sido liberados; nuestras cadenas han sido rotas. Ahora somos libres para servir y vivir para Dios. El Espíritu Santo nos lleva a ese reconocimiento y que ahora hemos sido adoptados por Dios. ¡Somos sus hijos! Dios es nuestro Padre, Jesucristo es nuestro hermano; y el Espíritu Santo es nuestro divino compañero. Somos de la familia; pertenecemos a Dios. Tenemos hogar, tenemos Padre, tenemos hermanos, tenemos futuro, tenemos eternidad, tenemos herencia gloriosa. Y sobre todo, ¡tenemos a Dios!

Otro aspecto importante de la obra del Espíritu Santo

Créanlo o no, el problema más grande y grave del ser humano es el pecado, puesto que nos separa irremediablemente de Dios. El problema comenzó cuando Adán y Eva pecaron en el huerto del Edén, y ha persistido en todas las generaciones hasta hoy. Por tanto, la necesidad más grande y urgente de todo hombre es conocer la fantástica solución que Dios ha provisto con su Hijo amado en la cruz del Calvario. Jesucristo nos informa en Juan 16:8-15 que uno de los oficios importantes del Espíritu Santo de Dios es señalar ese pecado en el mundo y en nuestras vidas (a causa del cual viene el juicio de Dios) y apuntar al Hijo de Dios (que *quita el pecado del mundo*):

Y cuando él venga [el Espíritu Santo], convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al

Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

Hay mucha confusión en cuanto a la obra del Espíritu Santo. En muchos lugares el aspecto que acabamos de mencionar es ignorado, puesto que no estamos convencidos de que el problema número uno de todo ser humano es su pecado. Creemos que es la salud o la pobreza o los prejuicios raciales, o la política, o el imperialismo, etcétera. Por tanto, lo que más nos interesa al oír del Espíritu Santo son los beneficios que podría darnos —sobre todo los dones. Queremos tener todo aquello que podamos conseguir del Espíritu que nos pueda traer prosperidad, salud, elevar y dar poder, prestigio y éxito. No nos damos cuenta de que para recibir el primer beneficio de parte del Espíritu Santo primero tenemos que escuchar lo que nos dice acerca de nuestra pecaminosidad. El interés primordial del Espíritu es llevarnos a que respondamos al llamado de Jesucristo como Señor y Salvador de nuestras vidas.

Por su manera de hablar y enseñar hay algunos que parecen creer que el Espíritu Santo apareció por primera vez el Día de Pentecostés y que de ahí en adelante es que

comienza su poderosa obra. Esa es una idea muy, pero muy equivocada. El bendito Espíritu Santo es eterno y siempre, dondequiera que han obrado el Padre y el Hijo, allí ha estado. Notemos algunas referencias al respecto. Nos dice la Biblia que Él fue el agente de la creación (Génesis 1:2; Salmo 33:6; Salmo 104:30). Que es el Espíritu Santo el que da vida espiritual y física (Génesis 2:7; Job 33:4; Salmo 104:30). Fue el Espíritu Santo el que vino sobre los profetas del Antiguo Testamento capacitándoles para hablar la palabra de Dios (Números 11:25; 24:2; 1 Samuel 10:10; 15:10; 19:23; 2 Reyes 2:9; 2 Crónicas 18:23; 24:20; Isaías 61:1; Ezequiel 2:2; Miqueas 3:8).

Los siguientes textos afirman que fue el Espíritu Santo el que habló por medio de los profetas (Mateo 23:43; Marcos 12:36; Hechos 1:16; 28:35; Hebreos 3:7; 10:15; 1 Pedro 1:11; 2 Pedro 1:21). Nótese que fue el Espíritu el que testificó en los días de Noé (1 Pedro 3:19). Fue al Espíritu Santo al que el pueblo de Israel resistió (Hechos 7:51). Es importante reconocer que también fue el mismo Espíritu Santo el que, en la antigüedad, dio dones especiales a los israelitas (Jueces 3:10; 6:34; 11:29). No hay área de la actividad divina en la que el Espíritu Santo no haya sido el agente que llevaba a cabo la voluntad del Padre y del Hijo.

Por supuesto el Día de Pentecostés fue un evento especial. El profeta Joel lo había prometido (Joel 2:28-32):

Después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré

mi Espíritu en aquellos días.

Juan el Bautista había dicho que Jesús bautizaría con el Espíritu Santo (Marcos 1:8 y Juan 1:33). Jesucristo mismo repitió esa promesa en Hechos 1:4-5, y explícitamente en el versículo 8: *Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.* Pentecostés fue el acontecimiento histórico en el que esa promesa especial de Jesucristo se cumplió. El Espíritu de Dios derramó su poder sobre la iglesia como nunca antes para que de allí en adelante testificara efectivamente de Jesucristo, y llegara con el mensaje de salvación hasta lo último de la tierra.

Por cierto, en tiempos del Antiguo Testamento algunos recibieron dones especiales del Espíritu. Sin embargo, la Biblia nos hace claro que ahora, después de Pentecostés, todos los creyentes reciben dones especiales. Dice 1 Corintios 7:7: *A cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.* Efesios 4:7 añade: *Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.* Y en 1 Pedro 4:10 leemos: *Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.*

Obviamente, desde Pentecostés hasta el día de hoy, el Trino Dios ha abierto las puertas del cielo, ha llenado a su iglesia con la verdad y el poder necesario para que el glorioso mensaje de salvación se proclame en cada rincón de la tierra. Ha derramado su Santo Espíritu sobre cada hijo de Dios. ¿Qué diferencia ha hecho?

De Pentecostés en adelante

Después del día de Pentecostés la obra del bendito Espíritu Santo se demuestra de las siguientes formas, mostrando la realidad y la verdad de lo prometido por Jesucristo (véase Juan 14:26; 15:26; 16:5-16).

1. El Espíritu Santo obró *recordando e instruyendo* a los doce apóstoles (incluyendo a San Pablo) los que junto con los escritores del Antiguo Testamento (llamados “profetas”) establecieron las bases para la iglesia, de la cual Jesucristo es la piedra angular (Jn 14:26; 16:13; Ef 2:20; 3:2-6, 1 Ti 4:1).
2. De ahí en adelante, el Espíritu Santo *obra en los corazones* de los hombres para que reciban, entiendan y respondan a lo que escribieron los apóstoles, confiesen el señorío de Jesucristo y experimenten el poder transformador de la salvación por medio de la fe, (Jn 16:8-11; Hch 10:44-48; 1 Co 2:14-16; 12:3; 2 Co 3:4 a 4:6; Ef 1:17-20; 3:14-19; 1 Jn 2:20, 27; 4:1-3; 5:6-12).
3. El Espíritu Santo *une* a los creyentes con Cristo dándoles nueva vida, regenerándoles y haciendo efectivo el hecho de que realmente han resucitado a nueva vida con Él, para que sean copartícipes de su reino (véase Ro 14:17) y miembros de su cuerpo, del cual Jesucristo es la cabeza (Jn 3:5-8; Ro 6:3 al 11 con 7:4-6; 8:9-11; 1 Co 6:17-19; 12:12-13; Gl 3:14 con 26-29; Ef 2:1-10 con 4:3-16; Tito 3:4-7).

4. El Espíritu Santo *asegura* a los creyentes en Jesucristo que en verdad son hijos de Dios y coherederos con Cristo, tanto por el testimonio interno inmediato como por el testimonio indirecto de que son hijos por las nuevas inclinaciones y disposiciones que ahora tienen para obedecer a Dios (Ro 8:12-17; 2 Co 1:22; Gl 4:6; Ef 1:13; 1 Jn 3:24; 4:13; 5:7).
5. El Espíritu Santo es el *mediador* entre el Padre y el Hijo, transfiere a los creyentes el sentir y la experiencia real de que ya están disfrutando de los gozos celestiales, como garantía de la plenitud que gozarán en la vida venidera (Ro 5:5; 8:23; 2 Co 5:5; Ef 1:14; 2:18; 4:30; 1 Jn 1:3 con 3:1-10, 24).
6. El Espíritu Santo es el que *transforma* a los creyentes progresivamente, por medio de la oración y las luchas, hasta transformarlos a la medida moral y espiritual de Jesucristo (2 Co 3:18; Gl 5:16-25; Jud 20-21).
7. El Espíritu Santo *confiere dones* —es decir, da habilidades para testificar y servir— con el fin de que los miembros del cuerpo puedan expresar las verdades acerca de Cristo para su edificación (Ro 12:3-13; 1 Co 12; Ef 4:7-16; 1 P 4:10 y 11) y puedan testificar al mundo perdido acerca de la salvación que hay en Cristo, con el fin de que ellos le conozcan y la iglesia crezca (Hch 4:8, 31, 9:31; Ef 2:18-20).

8. El Espíritu Santo *intercede* eficazmente por nosotros los creyentes, enderezando nuestra oraciones equivocadas, ya que no sabemos cómo orar propiamente (Romanos 8:26-27).
9. El Espíritu Santo *llama y envía* a los que escoge de entre su pueblo para servicio misionero, para ir hasta lo último de la tierra y llevar el evangelio a los que no han oído el mensaje de salvación en Jesucristo (Hch 8:29; 13:2; 16:6-10).
10. El Espíritu Santo, dice Pablo en 1 Corintios 14:26-33, *instruye y corrige* al cuerpo de Cristo para traer bajo un debido control el correcto uso de las lenguas, las profecías y las palabras. Todo lo hecho en su nombre debe ser para edificación del cuerpo (es decir, la iglesia) y no para abusar de los demás. Tal corrección es necesaria para que la Palabra de Dios no sea ni minimizada, ni torcida, ni pervertida, y para que lo enseñado por los apóstoles en las epístolas del Nuevo Testamento sea respetado, y lo falso traído a luz, mostrando claramente que Dios y su iglesia luchan en contra del error (1 Co 12:3; 1 Jn 4:1-6).

Como el Espíritu Santo es el agente de Jesucristo y de Dios el Padre (Jn 15:26; 16:7-11; 14-15), hace que aquí en la tierra se cumpla la voluntad de ellos. Como representa a Jesucristo, lo que hace en la vida de los hijos de Dios es lo que haría el mismo Jesucristo si estuviera en nuestro medio. Es decir, el Espíritu Santo *reside* en el corazón de los creyentes

(Col 1:27 compárese con Jn 15:4-5); **da vida** nueva al que estaba muerto en sus delitos y pecados (Col 3:4); y **santifica** al que ha sido transformado por la sangre de Cristo (Ef 5:26). Este enfoque cristocéntrico apunta al ministerio paraclético del Espíritu Santo tal como fue predicho, enseñado y demostrado en el Nuevo Testamento.

El congénere silencioso y eficiente Espíritu

Al llegar a este punto en nuestro recorrido por el concepto de la Santa Trinidad, debe ya impactarnos fuertemente el hecho de que ninguna persona de la Santa Trinidad obre por sí sola. Es obvio que Dios es uno y que actúa como uno. Ahora nos es palpable la interdependencia existente entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo —cosa que nos asombra, nos hace maravillar y nos llena de agradecimiento a Dios.

En cuanto al Espíritu Santo vemos que, desde las primeras páginas, la Biblia lo presenta como un congénere silencioso pero sumamente eficiente. Lo que propone el Padre y el Hijo, Él lo efectúa con extraordinaria excelencia. Un buen ejemplo lo tenemos en el primer capítulo de la Biblia:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena (Génesis 1:1-4).

Dios habla, el Espíritu hace y el resultado es este mundo glorioso. El Espíritu Santo no es ni egocéntrico ni egoísta, sino que hace de forma perfecta exactamente todo lo que el

Padre y el Hijo quieren, y lo hace de tal manera que cuando el Trino Dios lo evalúa al final, declara: *Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera* (Génesis 1:31). Es este el mismo sentido cooperativo que encontramos en 1 Corintios 12:4-6:

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor [Jesucristo] es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios [el Padre], que hace todas las cosas en todos, es el mismo.

El Espíritu Santo no obra independientemente del Padre ni del Hijo, es el Trino Dios el que obra en nuestro medio. Cada congénere efectivamente aporta su parte a la perfección. Si en lo que se lleva acabo en el cielo o en la tierra faltare al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo, ya tal obra no sería de Dios. Nuestra realidad es un Dios Trino, por lo cual damos infinitas gracias y loor. Confesamos abierta y alegremente que no podemos existir, ni recibir bendiciones, ni disfrutar de la gracia divina sin la dispensación espiritual de cada bendito miembro de la Santa Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Preguntas de estudio

- 1 Dios es amor. ¿Cómo es que la Santa Trinidad refleja ese amor?
- 2 ¿Qué papel jugó el Espíritu Santo en la persona de Cristo?
- 3 ¿Cómo entiende el hecho de ser habitado por la Trinidad?
- 4 ¿Qué significa que el Espíritu Santo es el sopro de Dios?
- 5 Mencione los atributos del Espíritu Santo que le hacen ser reconocido como Dios.
- 6 Explique y mencione los nombres del Espíritu Santo.
- 7 ¿Cuál es la función o ministerio básico del Espíritu Santo como Consolador, Maestro y Guía?
- 8 ¿Puede enumerar las diez tareas que el Espíritu Santo ha venido cumpliendo luego de Pentecostés?
- 9 Escriba un resumen de lo que ha aprendido en este libro.

Como creyentes
vivimos rodeados por
la gracia del Hijo, el
amor del Padre y el
compañerismo del
Espíritu Santo.



Postdata

DE LO QUE HE ESCRITO, me ha quedado sonando y repitiéndose en mi cabeza las palabras de la bendición apostólica como una hermosísima sinfonía betoviana:

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén. (2 Corintios 13:14).

Me parecen una síntesis o resumen exquisito de lo que es nuestro glorioso Dios. La manera cautivante en que esta sinfonía nombra a cada persona de la Trinidad —para luego, y con sólo una palabra, describir la preciosa virtud que el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo derraman sobre nosotros— es maravillosa.

La gracia del Señor Jesucristo

Fascina el hecho de que la bendición comience con la Segunda Persona de la Trinidad, y no con el Padre. ¿Será porque, como raza caída, sin la mediación de Cristo Jesús no tenemos acceso alguno a Dios? En cuanto a nosotros y nuestra comunicación con Dios, absolutamente nada puede ocurrir sin Jesucristo.

También nos detenemos ante el nombre usado. No se le llama sencillamente “Jesús”. Se le da su título completo: *el Señor Jesucristo*. “Señor”, declarando su divinidad, y Jesucristo, recordando la dualidad de su persona (“Jesús”, su nombre humano; y “Cristo”, su nombre divino). No podemos olvidarnos que es el Mesías ungido de Dios.

La preciosa virtud que Jesucristo derrama sobre nosotros es la *gracia* — ¡favor inmerecido! Cuando leemos el periódico, o escuchamos la radio o la televisión, no falta el día en que las noticias no cuenten crímenes horribles y abusos imperdonables. Qué terriblemente nos portamos los unos con los otros. Cuán cierto lo que afirma la Biblia acerca de nosotros:

- *No hay quien busque a Dios.*
- *No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.*
- *Nuestras bocas están llenas de maldición y de amargura.*
- *Nuestros pies se apresuran para derramar sangre;*
- *Quebranto y desventura hay en nuestros caminos;*
- *No hay temor de Dios delante de nuestros ojos.*

Ciertamente merecemos condenación y no misericordia. Pero queriendo allegarse a nosotros —que tanto lo necesitamos—, Jesucristo vino derramando gracia, haciéndonos incomprensiblemente objetos de su favor.

El amor de Dios

Cuando leemos la Biblia, nuestra primera visión de Dios es la de un incomparable Creador que incansablemente formó todas las maravillas que nos rodean en el cielo, la tierra y debajo de la tierra. Pero luego, al pasar unas páginas, lo vemos más bien como un incomparable Amante que no sólo elige a un pueblo, sino que lo ama con un amor inquebrantable. Leyendo lo que dicen los profetas, las expresiones de ese amor nos dejan boquiabiertos. Cuentan que Dios dice: *Cuando Israel era muchacho, yo lo amé* (Oseas 11:1). Asombrosamente continúa diciendo que cuando Israel le fue vergonzosamente infiel, Él —como esposo traicionado que fue— no dejó de amarla. Más bien expresó la agonía y el terrible dolor que sintió:

¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim [pueblos destruidos]? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti (Oseas 11:8-9).

¿Habrá amor comparable? Nos trae a memoria el gran capítulo del amor, 1 Corintios 13. Observemos que ese capítulo es una descripción inmejorable del inquebrantable amor de Dios. Igual que Jeremías, todos podríamos confesar: *Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado* (31:3). Y eso nos lleva a apreciar lo que nos dice Pablo, que a cuenta de ese incomparable amor Dios *nos escogió en él antes de la fundación del mundo* (Efesios 1:4).

Imagínese, Dios, que conoce todas las cosas (incluso nuestras rebeldías y nuestros pecados) nos amó tanto que nos seleccionó y aplicó a nuestro favor todos los beneficios que se encuentran en su Hijo. E hizo eso antes de que el mundo fuera formado. Pablo explica que Dios nos mostró ese amor *para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad* (Efesios 1:4-5).

Apreciando tal amor, entendemos por qué el texto de Juan 3:16 ha llegado a ser el favorito de todo el mundo:

Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.

La comunión del Espíritu Santo

La palabra griega **ΚΟΙΝΩΝΙΑ** es la que en la bendición apostólica se traduce como nuestro vocablo “comunión”. Tiene tres significados. Primero, quiere decir “participación”; segundo, implica “impartir”, es decir, darle a otro de lo que se tiene; y, tercero, habla del “compañerismo” ofrecido. Cuando aplicamos esos significados a la obra que realiza el Espíritu de Dios en nuestras vidas, la declaración es fantástica.

Detengámonos un momento para sencillamente pensar en lo que todo esto significa. Primero, que una de las tres gloriosas personas de la Santa Trinidad ahora participa con nosotros, porque simplemente somos hijos de Dios. Participa en nuestro dolor, participa en nuestros momentos de gran gozo, participa en el trabajo que hacemos, participa

en nuestras luchas y pruebas, participa en nuestros sueños y anhelos, participa en absolutamente todo lo que tiene que ver con nosotros. ¡Qué verdad más alentadora! Sólo con esa parte de la bendición apostólica se satisface plenamente la promesa de Cristo en Juan 14:16-17, que nos mandaría un Consolador de la misma calidad de Él.

Pero adicionalmente, este maravilloso Consolador nos imparte lo que tiene, es decir, su poder, sabiduría, conocimiento y persona. Debido a esas contribuciones tan especiales entendemos por qué Cristo dijo: *Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber* (Juan 16:13-15).

Una cosa más: la bendición apostólica establece la realidad del compañerismo del Trino Dios experimentado a través del Espíritu Santo. Como hijos de Dios, ¡nunca andamos solos en este mundo! En base a esa verdad el apóstol Pablo declara que somos el *templo del Espíritu Santo* (1 Corintios 6:19-20). Ahí, en el barrio, en la calle, en el bus, en el auto —dondequiera que estemos— junto a nosotros está el Espíritu Santo de Dios.

Esa figura de nosotros como el templo del Espíritu Santo es singular. En otras palabras, cuando adoramos a Dios, Él también adora con nosotros. Cuando oramos, Él también ora, pero no sólo se une a nosotros en oración, sino que nos ayuda para saber cómo orar (Romanos 8:26). Cuando leemos la Biblia, Él no sólo la lee con nosotros, nos enseña

todas las cosas que dice y nos recuerda todo lo que dijo Jesús (Juan 14:26). Cuando cantamos, Él canta con nosotros y así realmente podemos adorar a Dios en espíritu y en verdad (Juan 4:23). Cuando servimos a Dios, Él es el que sirve con nosotros y nos ayuda en nuestras debilidades y nos da la fuerza y las habilidades para ser efectivos instrumentos suyos en este mundo (Romanos 8:26 y 1 Corintios 12:4-11). ¡Qué bendito Espíritu!

Una reflexión final

Hemos revisado las tres distintas y maravillosas cualidades que distinguen a cada una de las tres personas de la Santa Trinidad. Cabe ahora preguntar: ¿qué significan estas mismas cualidades si las aplicáramos a Dios?

Entreguémonos a la especulación por unos momentos, como Agustín de Hipona que allá —en el quinto siglo— se preguntó: “¿Qué hacía Dios antes que hiciese el cielo y la tierra?” Por cierto, lo que hacía Dios en la eternidad pasada ni Agustín ni nosotros lo sabemos. Sin embargo, tenemos unos pocos indicios en la Biblia que nos dan a entender que nuestro Trino Dios eternamente estaba muy activo. Por ejemplo, leemos que *nos escogió en él antes de la fundación del mundo... en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo* (Efesios 1:4-5). San Pedro igualmente hace referencia a esa eternidad pasada, informándonos que fuimos *destinados* por Dios *desde antes de la fundación del mundo* (1 Pedro 1:20). Obviamente, en la eternidad pasada Dios estuvo activamente

planificando la creación y la redención de esta humanidad que se rebelaría contra Él.

Con esta bendición apostólica también podemos aseverar que el *amor del Padre, la comunión del Espíritu Santo* y esa obediente disposición del Hijo —que le llevó a entregar su vida por nosotros, pecadores condenados—, se hicieron muy evidentes entre las tres personas de la Santa Trinidad. Podemos deducir que el conjunto trinitario —cada persona cual Dios en todo el sentido de esa palabra— obraba en perfecta armonía y unión. Siempre cada una estaba de acuerdo, cada una contribuyendo con su singular naturaleza, dando su apoyo, asistiéndose uno al otro, promoviendo los deseos de cada uno, siempre obrando en mutua glorificación. Así siempre fue, así siempre ha sido y así siempre será, precisamente porque así es Dios.

En el Evangelio de Juan hay una indicación de lo que acabamos de explicar. Dice ese evangelio que el Padre glorifica al Hijo (Juan 8:50, 54; 12:23. 17:1) y que el Hijo glorifica al Padre (7:18; 17:4), y que el Espíritu glorifica al Hijo (16:14) quien a la vez glorifica al Padre.

No hubo tiempo cuando sólo existía el Padre, ni tiempo cuando existían sólo el Padre y el Hijo. En toda la eternidad han existido el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en una perfección de unidad y gloriosa comunión que nos deja absolutamente maravillados. Y la promesa es que el gozo nuestro será disfrutar de esa asombrosa perfección por siempre y para siempre.

Bibliografía

- Bancroft, E.H., 1977, *Fundamentos de Teología Bíblica*, Editorial Portavoz, Grand Rapids
- Bavinck, Herman, 1977, *The Doctrine of God*, Banner of Truth Trust, Edinburgh
- Bickersteth, E.H., 1980, *The Trinity*, Kregel Publishing, Grand Rapids
- Bloesch, D.G., 2000, *The Holy Spirit*, InterVarsity Press, Illinois
- Boice, J.M, 1996, *Fundamentos de la Fe Cristiana*, LOGOI, Inc., Miami
- Bray, Donald, 1993, *The Doctrine of God*, InterVarsity Press, Illinois
- Bruner, F.D., 1970, *A Theology of the Holy Spirit*, William B. Eerdmans Publishing
- Burges, S.M. Ed. 1988, *Dictionary of Pentecostal and Charismatic Movements*, Zondervan

- Buswell, Oliver, 1979, *Teología Sistemática de la fe Cristiana*, LOGOI, Inc., Miami
- Buswell, J.O., 2000, *Cristo, su Persona y su Obra*, LOGOI, Inc., Miami
- Calvin, John, 1564, *Institutes of the Christian Religion*, Encyclopedia Britannica, Inc.
- Catecismo Mayor de Westminster*, 1996, El Faro, México
- Erickson, M.J., 1998, *Christian Theology*, Second Edition, Baker Books, Grand Rapids
- Erickson, M.J., 1998, *God the Father Almighty*, Baker Books, Grand Rapids
- Ferguson, Sinclair B, 2004, *A Heart for God*, The Banner of Truth Trust, Pennsylvania
- Frame, J.M., 2002, *The Doctrine of God*, P&R Publishing, New Jersey
- Garrett, J.L., 1996, *Teología Sistemática*, Casa Bautista de Publicaciones, Texas
- González, J.L., 1994, *Historia del Cristianismo*, Editorial Unilit, Miami
- Grudem, Wayne, 2005, *Doctrina Bíblica*, Editorial Vida, Miami
- Horton, Michael, 1996, *In the Face of God*, Word Publishing, Texas
- Horton, Michael, Ed., 1990, *The Agony of Deceit*, Moody Press, Chicago
- Lacuela, Francisco, 1998, *Curso Práctico de Teología Bíblica*, Editorial CLIE, Barcelona
- Letham, Robert, 2004, *The Holy Trinity*, P&R Publishing Company, New Jersey
- Macleod, Donald, 1994, *Shared Life*, Christian Focus Publications, Scotland

- Macleod, Donald, 1995, *Behold Your God*, Christian Focus Publications, Scotland
- McConnell, D.R., 1988, *A Different Gospel*, Hendrickson Publishers, Massachusetts
- Murry, Andrew, 1888, *The Spirit of Christ*, Diggory Press, Arizona
- Nyenhuis, Gerald, 1990, *Comentario del Catecismo de Heidelberg*, El Faro, México
- Oates, W.J., Ed., 1992, *Basic Writings of Saint Augustine*, Baker Books, Grand Rapids
- Packer, J.I., 1973, *Knowing God*, InterVarsity, Illinois
- Piper, John, 1991, *The Pleasure of God*, Multnomah Press, Oregon
- Rusch, William G., 1980, *The Trinitarian Controversy*, Fortress Press, Philadelphia
- Southern, R.W., 1990, *Saint Anselm*, Cambridge University Press
- Sproul, R.C., 1996, *The Invisible Hand*, Word Publishing, Texas
- Sproul, R.C., 1995, *The Character of God*, Vine Books, Michigan
- Tozer, A. W., 1992, *The Knowledge of the Holy*, Harper San Francisco
- Winslow, Octavius, 1840, *The Work of the Holy Spirit*, The Banner of Truth Trust
- Westminster Confession of Faith*, 1966, Free Presbyterian Church of Scotland

¡Conozca al Trino Dios!

LA BÚSQUEDA MÁS IMPORTANTE DEL SER HUMANO es el conocimiento de Dios. Así dijo un antiguo profeta:
No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová (Jeremías 9:23-24).

Este libro se ha escrito para ayudarnos a conocer quién y cómo es Dios. Está escrito en lenguaje sencillo, sin tecnicismos gravosos y al alcance de todos. Por su apego fiel a la Biblia es un libro muy confiable. Además, su estilo periodístico lo hace ameno y de fácil lectura.

"Un libro extraordinario, un tema cautivador y un autor destacado. ¡Felicitaciones Les, por esta gran obra! Hoy, con un cristianismo tan superficial, todos debiéramos leer este libro: ¡Lo recomiendo!"

Dr. Alberto H. Mottes

Reverendo Les Thompson, Ph.D.

Cubano de nacimiento y crianza, el Dr. Thompson ha servido al mundo hispano durante cinco décadas, desde Argentina hasta México. Es el fundador de la Universidad FLET y de Ministerios LOGOI, autor de trece libros y conocido a lo largo del continente por sus enseñanzas bíblicas y conferencias para pastores.



Teología


PORTAVOZ

ISBN 978-0-8254-1675-0



9 780825 416750

LA SANTA TRINIDAD

DR. LES THOMPSON

